

CRÓNICAS MALDITAS

I

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
CÁNTICO A UNA NUEVA ERA	3
LA SINFONÍA DE LA HORA FINAL	12
EL EXTRAÑO CASO DEL MANUSCRITO OLVIDADO	18
LA DUDA	32
LA VENGANZA DE BEETHOVEN	36
EL ASCENSOR	48
LA MANSIÓN DE LOS UMBRALES INFINITOS	56
LA ESCALERA	71
EL APARCAMIENTO	74
EL ÚLTIMO TREN	85
LA NOCHE DE TODOS LOS SANTOS	90
LA VERDADERA HISTORIA DE JUAN GARCÍA	99

PRESENTACIÓN

Aunque el grueso de mi producción literaria puede ser encuadrado con mayor o menor precisión dentro de la ciencia ficción, siempre me ha gustado hacer incursiones en el género hermano de la fantasía, entendiendo como tal aquellos relatos en los que la narración responde a planteamientos sobrenaturales que no pueden ser explicados de forma racional. Sí, en la ciencia ficción ocurre algo parecido, se me podrá objetar, pero yo entiendo que en ésta, al menos en la que yo escribo, siempre ha de procurarse recurrir a esquemas cuanto menos verosímiles desde un punto de vista científico, aunque se trate de una ciencia fuera del alcance de nuestra tecnología actual.

La fantasía, por el contrario, queda por definición fuera de toda lógica. Esto nos proporciona una poderosa herramienta, pero al mismo tiempo supone una puerta abierta para que se nos cuele literalmente todo... desde obras magníficas como *El Señor de los Anillos* hasta petardos infumables como la inmensa mayoría de las malas imitaciones suyas que inundan actualmente el mercado.

Ocurre además que la fantasía es a su vez tremendamente diversa, con varias subdivisiones que abarcan desde el terror hasta la fantasía heroica pasando por infinidad de categorías diferentes. Por esta razón me veo obligado a advertir que el tipo de fantasía que a mí me interesa -como lector y como autor- nada tiene que ver con dragones, elfos, magos, forzudos y similares, ni tampoco con reinos maravillosos, princesas encantadas y demás tópicos al uso. Mis fuentes de inspiración hay que buscarlas más bien en obras literarias tales como las *Narraciones extraordinarias* de Poe, las *Leyendas* de Bécquer o los inquietantes relatos de Lovecraft. En esencia, lo que a mí me interesa no es otra cosa que plantear la indefensión de una persona cualquiera -podríamos ser perfectamente ustedes o yo- frente a situaciones insólitas e inesperadas ante las cuales nos encontraríamos inermes. De ahí el título de la antología. Si lo he conseguido, me dará por satisfecho.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en tres volúmenes, siendo éste el primero.

José Carlos Canalda

CÁNTICO A UNA NUEVA ERA

Ser el redactor favorito del director del periódico es innegable que tiene sus ventajas, pero no es menos cierto que te obliga a realizar trabajos que los demás eluden. Lo cierto es que soy el último recurso del viejo ogro y, haciendo honor a la verdad, hasta ahora nunca le he fallado.

Eso no implicaba, claro está, que yo aceptase gustoso todos sus encargos. De hecho, si hubiera podido habría evitado con toda certeza esta entrevista. No, no se crean que soy racista; me parece estúpido serlo con humanoides que quizá nos lleven milenios de adelanto evolutivo. Pero como les ocurre a la mayoría de los terrestres, no acabo de acostumbrarme a la idea de que un pulpo decápodo o una bola encefálica llena de ojos puedan discutir contigo de metafísica o de cosmogonía. Supongo que será cuestión de tiempo; tres lustros escasos formando parte de la comunidad galáctica son en realidad muy poco tiempo para un cambio tan radical en las mentes de todos nosotros.

A pesar de todo no podía quejarme. Rhelt Trepang era nativo de Tasmir IV, por lo que se le podía considerar casi humano. Al menos tenía una cabeza, dos brazos y dos piernas, y no precisaba de ningún alojamiento especial limitándose a residir en una habitación normal de un céntrico hotel neoyorquino; podría haber sido mucho peor.

No obstante, los tasmirianos tienen sus manías. Una de ellas es su obsesiva, casi enfermiza puntualidad. A pesar de estar presente en el vestíbulo desde hacía un buen rato, no fue sino hasta que el reloj dio las cinco en punto (por cierto, el mío se retrasaba) cuando se abrió la puerta de su habitación apareciendo ante mí un estirado mayordomo.

-Su *doctoría* le aguarda -comunicó lacónicamente cediéndome el paso-. Ya sé que el calificativo empleado resulta un tanto extraño, pero es la traducción literal del título que reciben los científicos en su planeta, el cual además se empeñan en recibir.

Rápidamente apuré el enésimo cigarrillo consumido en la aburrida espera aplastándolo contra el cenicero; según mi director, los tasmirianos consideran de muy mala educación echar humo por la boca. Me incorporé, pues, del asiento y seguí al mayordomo hasta el interior de la estancia.

Allí estaba Rhelt Trepang, aparentemente revisando unos papeles colocados encima de su ordenada mesa. Un oportuno carraspeo de mi acompañante le hizo alzar la cabeza. Yo conocía fotografías de compatriotas suyos, pero era la primera vez que me hallaba frente a uno de ellos. Realmente resultaba difícil equiparlo con cualquier especie animal existente en la Tierra; de una envergadura similar a la humana aunque quizá algo más alto, poseía una cabeza totalmente lampiña, carente de orejas y de nariz, provista de una extraña boca y de ojos facetados similares a los de los insectos. Francamente,

ofrecía un aspecto bastante repulsivo; y sin embargo, no ignoraba que se trataba del psicólogo de mayor talla de toda la galaxia, desplazado varios cientos de parsecs con el exclusivo fin de estudiar a nuestra especie. Un verdadero genio, a pesar de todos mis prejuicios.

-Bienvenido, mister Carter -me saludó-. Le esperaba; acomódese.

Obedecí sus deseos sentándome frente a él al tiempo que conectaba la grabadora, sin saber en realidad por donde comenzar. Mucho más avezado que yo en las relaciones con distintas razas galácticas, salió al paso de mi azoramiento tomando la iniciativa de la conversación.

-Sé que le resulto desagradable. No, no se disculpe -me atajó con su particular acento-; ustedes los terrestres todavía no han conseguido liberarse del todo de los prejuicios raciales, lo cual es normal en los planetas recién incorporados a la Federación -concluyó con una mueca que yo asimilé a una sonrisa.

-Doctor Trepang -respondí, ya más calmado-. Mi periódico desea entrevistarle acerca de su trabajo antes de que abandone nuestro planeta.

-Mis trabajos están ya en prensa -me indicó con afabilidad-. Es cuestión de unos pocos meses su publicación.

-Sí, pero... -realmente no era mi día-. Supongo que se tratará de un estudio científico, y yo deseo una explicación para el gran público, algo que comprendan nuestros lectores.

-Bien, lo intentaré -respondió repitiendo aquel extraño gesto-. ¿Le importa? -me preguntó haciendo ademán de colocarse unas extrañas gafas-. Tolero bastante mal la luz de su sol; Tasmir es una estrella más mortecina.

Asentí mudamente, aliviado al perder de vista tan inquietantes ojos, al tiempo que aprovechaba la pequeña pausa para reorganizar el caos de ideas que bullían en mi cerebro. Me incorporé en mi asiento y tome de nuevo el hilo de la conversación.

-Su *doctoría* -¡dichoso título!-, nadie le discute su primacía en el campo de la psicología galáctica. Es para nosotros un gran honor que haya sido usted el primer científico de la Federación que ha decidido visitarnos.

-Tenga usted en cuenta que es muy poco tiempo el que llevan ustedes incorporados a la Federación -me interrumpió-. Pero le aseguro que a partir de ahora su planeta será muy frecuentado por los investigadores.

-¿Se debe acaso a algún hecho especial, o es simplemente el procedimiento habitual con los nuevos miembros? -inquirí, sospechando una posible pista.

-Ambas cosas. No se inquiete, no son ustedes más singulares que cualquier otra raza inteligente. Cada especie tiene sus peculiaridades, sus rasgos propios que la diferencian de los demás. Éste es el gran aliciente de la psicología comparada; cada mundo tiene su propia personalidad.

-De sus palabras deduzco que algo especial ha debido descubrir entre nosotros. ¿Me equivoco?

-En absoluto. Si le he de ser sincero, esperaba esto. Mi experiencia de investigador así me lo dictaba. Ahora bien -matizó-; me sorprendió bastante su naturaleza.

-¿Tan... singulares somos?

-No quisiera expresarme mal -titubeó-. Discúlpeme, pero todavía no domino lo suficientemente bien su idioma como para ponderar debidamente mis palabras. Las singularidades existen, y le repito que esto es absolutamente normal. Ahora bien, hay algo en su comportamiento colectivo que no acaba de encajar en mis esquemas, algo que supone de hecho una novedad única en la historia de nuestra ciencia.

-¿Cuál es esa diferencia? -pregunté intrigado.

-Procuraré ser conciso. Lo que me extrañó sobremanera su radical dicotomía social.

-¿Qué quiere decir con eso?

-Es sencillo. Todos los tipos de inteligencias conocidos se extienden por un amplio espectro social. Existen seres que abarcan un mundo, los cuales constituyen un caso límite del individualismo, y también sociedades colmena perfectamente equiparables a las colonias de insectos sociales existentes en su planeta. En realidad no existe ningún arquetipo válido para una mayoría de culturas, sino que cada estructura social ha creado su propio patrón de desarrollo, todos ellos perfectamente viables y algunos de ellos bastante originales.

-¿Qué tiene de particular nuestra sociedad?

-En sí misma, nada. Aún más, resulta ser bastante convencional. Lo verdaderamente extraño es la disparidad tan brutal que existe entre su comportamiento como individuos aislados y su actitud como colectivo social en las mismas circunstancias. Para mí es un fenómeno realmente insólito.

-Mi opinión personal es que nuestra raza resulta ser bastante insolidaria -apunté.

-Es cierto, pero únicamente para individuos aislados o como mucho a escala de pequeños grupos. He aquí la paradoja: Su rabioso individualismo se difumina como por ensalmo en el momento mismo en que se ven ustedes agrupados. Su instinto gregario anula por completo sus personalidades en vez de reforzarlas como hubiera cabido esperar.

-Es normal -apunté.

-Normal para ustedes, pero completamente extraño para nosotros -puntualizó-. Nunca hasta ahora habíamos descubierto un caso similar.

-Admito que hasta ahora no habíamos tenido con quién compararnos. Pero de todas formas, no acabo de comprender la razón de nuestra... diferencia.

-Me sobreestima usted si piensa que en unos meses he podido ser capaz de analizar en profundidad toda su compleja trama social -respondió halagado-. Por el Creador del Universo, yo también tengo mis limitaciones. Únicamente he abierto el camino estableciendo una serie de esquemas básicos a partir de los cuales se desarrollarán en el futuro unos estudios más completos.

-Pero algún resultado sí habrá obtenido -insistí con tozudez.

-Por supuesto. Pero no se impaciente; no es mi intención ocultarlo. Ustedes son los primeros interesados en conocerse.

Al llegar a este punto se interrumpió nuevamente y, mascullando una disculpa, se incorporó de su asiento -realmente era bastante alto- para manipular el regulador del aparato acondicionador de aire. Estábamos en el mes de junio y el calor era realmente asfixiante. No era de extrañar que mi interlocutor, nativo de un planeta bastante frío, se encontrara incómodo con esta temperatura.

-Disculpe la interrupción, pero este clima es demasiado cálido para mí -me explicó una vez que se hubo acomodado de nuevo-. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Como le decía, su sociedad es bastante singular. No es una comunidad colectiva, sino gregaria. En realidad no existe esa ruptura de que le hablé antes; todo se explica considerando la existencia de una jerarquía incompleta.

-¿Incompleta?

-Sí. Me refiero al hecho de la existencia del líder. En una sociedad no comunitaria todos son líderes. En una colectiva, simplemente no existen. En el primer caso nos encontramos con un grupo de inteligencias individuales. En el segundo existe una fusión de todos sus integrantes para formar lo que denominamos un hiperindividuo.

Pero en ambos la nota dominante es la igualdad, la equidad a la que todos sin excepción están sometidos.

»Por el contrario, su sociedad es decididamente vertical en lugar de serlo horizontal como todas las demás. Y aquí aparece el líder, un jefe relativo y no absoluto puesto que su autoridad está limitada a unas circunstancias muy específicas, precisamente aquéllas que favorecieron su ascensión. Una mínima variación de dicho entorno puede acarrear, y de hecho acarrea, su sustitución por otra persona más adaptada a las nuevas condiciones.

»Todos ustedes, sin la menor excepción, son unos líderes en potencia; esto explica su rabioso individualismo. Y al mismo tiempo, aclara el porqué de su gregarismo. En su sociedad tan sólo una exigua minoría tiene posibilidades de acceder a la cúspide, y de éstos no todos lo consiguen. Al resto de la población no le queda otra opción que la de dejarse arrastrar.

-Me resulta difícil creerlo -comenté.

-Yo no soy infalible -matizó-. Pero no acostumbro a hacer públicas mis conclusiones antes de estar razonablemente convencido de ellas. Además, estará de acuerdo conmigo en que se trata de un caso bastante evidente; basta con estudiar su historia.

-Este razonamiento es bastante aventurado -respondí-. Todas las culturas evolucionan, y no se las puede juzgar por su pasado sino por su presente.

-Me subestima usted si me considera tan ingenuo. No me refiero a su pasado remoto sino a su historia más reciente, a los hechos acaecidos en fechas relativamente recientes.

-¿A qué se refiere?

-Podría citarle varios ejemplos, pero voy a hacerlo exclusivamente con los más patentes. En la primera mitad del siglo XX de su era, aproximadamente hacia 1930, una de las naciones más cultas y civilizadas del planeta, la antigua Alemania, se vio arrastrada por una filosofía, más que una política, predicada por un puñado de fanáticos que inexplicablemente se hicieron con el poder.

-Se refiere usted a los nazis.

-Efectivamente. Nadie duda hoy en día que Hitler no era más que un demente, un paranoico que soñaba con el poder absoluto. Sin embargo, a pesar de todo consiguió arrastrar a su país y al resto del planeta a la guerra más sangrienta de su historia. Eso no es normal -recalcó.

-Hay que tener en cuenta las circunstancias que envolvieron a estos acontecimientos -protesté-. Los nazis se hicieron con las riendas del poder debido a la depresión en que se hallaba sumida Alemania.

-No es excusa. Por muy desesperados que estuvieran los alemanes, no debían haberse dejado arrastrar a un holocausto que no sólo no les benefició en lo más mínimo, sino que además acabó por sumirlos en el caos. Mi pregunta es la siguiente: ¿Por qué no encerraron a Hitler en un manicomio? ¿Por qué al menos no le condenaron al ostracismo? Cualquier ciudadano alemán por separado es seguro que hubiera estado convencido de que una guerra así no iba a solucionar en modo alguno sus problemas. Pero la nación alemana en bloque -recalcó- apoyó a un puñado de locos que por sí solos jamás hubieran logrado sus objetivos.

-Había otros motivos -objeté.

-También es cierto. Los triunfantes aliados humillaron en 1918 al pueblo alemán en el tratado de Versalles; exactamente igual que hicieron Bismark en 1871 con Francia o Napoleón Bonaparte a principios de ese siglo con los estados alemanes. Pero esto tampoco justifica la llegada al poder de Hitler, el cual por cierto ni ha sido el único loco de su historia ni desgraciadamente me temo que sea el último.

-Creo que es usted demasiado pesimista -le interrumpí-. Han cambiado mucho las cosas en la Tierra en estos últimos veinticinco años, y nuestra sociedad ha sufrido la transformación más radical de toda su historia. Pienso que el episodio de la Segunda Guerra Mundial está ya muy lejos, y que jamás volverá a repetirse; no habrá más Hitlers -concluí.

-Lamento ser agorero, pero yo no estaría tan seguro. Es cierto que la situación de su planeta ha evolucionado muy favorablemente, pero precisamente por ello su sociedad se ha vuelto más vulnerable. Recuerde un episodio más reciente: la revolución islámica.

-¿Está usted pensando en el Irán de Jomeini?

-En ello y en todo lo que siguió. En la década de los setenta de su conflictivo siglo XX la sociedad occidental se mostraba muy segura ante una situación que creía dominar plenamente. Solamente temían al otro coloso, el bloque socialista capitaneado por la Unión Soviética, ya que el resto del planeta, denominado despectivamente Tercer Mundo, era considerado por ambos bloques como un vecino pobre incapaz de ensombrecer el menor de sus proyectos.

»Y paradójicamente no fue de aquí de donde surgió la gran amenaza que casi logró su propósito de humillar a los orgullosos occidentales. Fue el mundo musulmán quien despertó de su letargo barriendo las etiquetas de decadente e inofensiva con las que se le había catalogado. Primero fueron los países árabes los que descubrieron que gracias al

petróleo podían tratar de tú a tú a todos los grandes del planeta. Unos años más tarde un pueblo no árabe, pero sí islámico, los iraníes, se dejaron arrastrar por un fanático religioso, el imán Jomeini. Podían haberle ignorado; su pretensión de retornar a la Edad Media era sencillamente absurda, por no decir descabellada. Pero no lo hicieron. Ni los turcos, los árabes, los paquistaníes o los malayos. La situación empeoró todavía más a raíz de la segunda Guerra del Golfo y de la implantación en Afganistán del régimen talibán, a cuyo lado la teocracia iraní podía pasar casi por un régimen liberal, mientras el inacabable conflicto palestino envenenaba todavía más la problemática relación entre occidente y el islam.

»No mucho después, los sectores musulmanes más radicales y antioccidentales desataron una despiadada actividad terrorista que cometió atentados tan brutales como el que causó la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York a principios del siglo XXI, o los posteriores no menos sangrientos en diferentes lugares del mundo. Mientras tanto las grandes potencias mundiales, cada vez más ciegas, seguían echando leña al fuego con disparates tales como la invasión de Irak, una desdichada aventura que lo único que acarreó fue una desestabilización todavía mayor de Oriente Medio, allanando el camino a un régimen tiránico y brutal que intentó retroceder mil años implantando un anacrónico remedo de califato. Pese a tratarse de una espantosa aberración, una parte significativa del mundo musulmán fue seducido por la llamada a una nueva Guerra Santa contra el infiel occidental y... en fin, no creo que sea necesario continuar, ya que son hechos que usted conoce perfectamente al haberlos vivido.

-Por fortuna fue entonces cuando llegaron ustedes, los miembros de la Federación Galáctica, a poner un poco de orden. En cualquier caso -porfié, comenzando a sentirme incómodo-, me resisto a creer que éste sea un fenómeno exclusivo de nuestro planeta.

-Lamento desilusionarle, pero hasta el presente así es. Voy a relatarle una antigua leyenda de mi planeta -hizo una breve pausa y prosiguió-. Hace mucho tiempo hubo en Tasmir una persona que soñaba con ser el dueño de todo el planeta. Recorrió las ciudades reclutando un pequeño grupo de acólitos a los que armó, creando de esta manera el único ejército que ha existido nunca en Tasmir. Se apoderó por fin de una ciudad proclamándose rey, y exigió a sus nuevos súbditos que le rindieran vasallaje. Éstos se negaron, siendo entonces amenazados con la muerte si no se plegaban a los deseos de su nuevo amo. No lo hicieron, y pocos días después la ciudad entera era pasada por las armas; no hubo ningún superviviente.

»Ahora era rey, pero de una ciudad vacía. Se trasladó a otra población cercana pensando que lo sucedido serviría para convencer a sus habitantes de que aceptaran su soberanía. No fue así, y el tirano obtuvo el mismo resultado negativo. Cegado por la ira exterminó a toda la población, pero seguía sin ver hechos realidad sus propósitos. Poco después, cosechaba su tercer fracaso. Cuenta la leyenda que no hubo un cuarto intento;

desesperado por no poder lograr sus propósitos, el tirano se suicidó. Desde entonces, nadie en Tasmir ha intentado hacer algo en contra de la voluntad de los demás.

-¿Insinúa usted que los terrestres jamás podremos librarnos de esta pesadilla?

-Ustedes pueden hacerlo -respondió-; basta con que tomen conciencia de ello. Ya ha habido precursores: Gandhi, Martin Luther King y Nelson Mandela, entre otros, fueron capaces de hacerlo, y su esfuerzo no resultó baldío; basta con que alguien recoja el testigo. Un Gandhi puede lograr mucho más que un Hitler, recuérdelo. -concluyó profético.

* * *

TRIBUNAL PARA LA REPRESIÓN DE LA DISIDENCIA

Acta número 23/5.437 - N.Y.

Acusado: David Carter.

Pruebas aportadas: Extracto adjunto de su diario personal.

CONSIDERANDO

Que el acusado David Carter, súbdito de Su Serenidad el Jerarca, ha contravenido las disposiciones vigentes del Código Terrestre en los apartados XXVII-3 y XLII-17 referentes a la infabilidad del Jerarca como jefe supremo del estado y a la perfección inviolable del vigente Código Terrestre.

Que el acusado ha atentado contra la seguridad del estado utilizando métodos subversivos e intentando corromper a súbditos de Su Serenidad el Jerarca.

Que existen pruebas fehacientes de su actividad política, como demuestra el documento adjunto cuya fecha de redacción, anterior en algunos años al Glorioso Alzamiento, no exime al acusado de su responsabilidad penal.

ESTIMANDO

Que constituye delito de lesa majestad atentar, de palabra o de obra, contra el Régimen instaurado en el planeta.

Que todo intento de retornar a situaciones anteriores al Gran Alzamiento está penado por la ley.

Que mantener contactos con agentes de los corrompidos gobiernos galácticos está asimismo penado tal como consta en el vigente Código Penal.

RESOLVEMOS

Que el acusado David Carter es culpable de los delitos probados sin que le sea aplicable ninguno de los atenuantes previstos por la ley. Por lo tanto, en virtud de la autoridad que nos ha sido conferida,

CONDENAMOS

Al acusado David Carter a la pena capital sin que pueda ser beneficiario de ningún tipo de amnistía o conmutación de pena dada su condición de delincuente político en el más alto grado.

La sentencia se cumplirá en el plazo máximo de cuarenta y ocho horas de acuerdo con los métodos utilizados habitualmente. Se adjuntará al presente documento un certificado del médico forense de la prisión en el que conste la fecha y hora de la ejecución así como el fallecimiento del condenado.

Nueva York, 16 de diciembre del año 4º de la Nueva Era.

Robert Schaum, Comisario Político del 23º distrito de Nueva York, capital de la Tierra.

LARGA VIDA AL JERARCA

LA SINFONÍA DE LA HORA FINAL

Tocó el primer ángel la trompeta y hubo granizo y fuego mezclado con sangre, que fue arrojado sobre la tierra.

Apocalipsis, VIII - 7

Dirijo este escrito a... nadie. Ningún sentido tiene que yo relate esta terrible experiencia que me ha tocado vivir, puesto que muy pocos seres vivos deben de existir en toda la redondez del planeta y a los que aún lo estén no les quedará ya mucho tiempo. Sé que voy a morir y lo deseo, puesto que ningún tormento sería peor para mí que relegarme a una vida de silencio en un mundo en el que hasta la última brizna de hierba habrá de sucumbir bajo el peso de la maldición divina. No, sería demasiado cruel.

Pero a pesar de todo describiré hasta el final este postrer avatar de la especie humana. ¿Por qué lo hago? Quizá por presunción, quizá porque en el fondo estoy convencido de que la Providencia me ha otorgado la penosa misión de ser el cronista póstumo de la humanidad... Siento que debo hacerlo, aun cuando nadie pueda leer ya mi triste historia. La historia del fin de la humanidad.

Mi nombre es... ¿Qué importa eso? ¿Qué significan ahora unos apellidos? Tan sólo soy uno más entre los miles de millones de seres que hasta no hace mucho poblaban este planeta. El único que ahora sobrevive en el mundo calcinado y desierto que veo a mi alrededor. Pero debo darme prisa; ya siento cercana la llamada de la muerte, que reclama a sus últimas víctimas, y no deseo en modo alguno evitarla.

Antes, cuando la vida bullía y la gente se afanaba en conseguir sus pequeñas o sus grandes ambiciones diarias, yo era un hombre feliz, entendiendo como tal a alguien razonablemente satisfecho de su vida, alguien a quien se podría describir como un profesional liberal soltero y sin hijos, dispuesto a apurar hasta las heces la agridulce copa de la vida. Huelga decir que el ambiente social en el que me desenvolvía, ambiente libremente elegido por mí, se mostraba acorde con mis gustos y actitudes. Médicos, abogados, artistas... y un músico del que volveré a hablar por ser él el causante indirecto de mi actual situación, eran quienes componían mi mundo, un mundo alegre y despreocupado ajeno por completo a las miserias y penalidades que atenazaban a la mayor parte de la población del planeta. Un mundo, en suma, egoísta y despreocupado que no merecía en justicia un fin distinto del que tuvo, víctima de la implacable justicia divina.

Mi amigo el músico, al que llamaremos Juan, era un fanático de este bello arte. Más aún: era un auténtico obseso, perseguidor hasta la irracionalidad de lo que él denominaba la música perfecta. Porque la historia de la música, afirmaba, no era sino una carrera en pos de una utopía, la sinfonía postrera tras la cual ya nada habría, puesto que nunca se podría emular algo que de por sí sería intrínsecamente perfecto. Y pretendía ser él quien compusiera esta suprema obra maestra, como no se recataba en afirmar una y otra vez a todo aquél que aceptara escucharle.

-Palestrina, Bach, Beethoven, Sibelius... Tan sólo han sido unos eslabones en el camino hacia la perfección -explicaba presa de una extraña fiebre que le investía de todos los atributos que siempre se han considerado connaturales a los profetas-. Perfección truncada bruscamente por esos nefandos seguidores de las teorías dodecafónicas; perfección que ha de salvar el pozo en que se haya sumida la aberrante música contemporánea; perfección que se ha de conseguir volviendo a la senda de los grandes maestros no para imitarlos, sino para superarlos.

-La música tonal no está acabada -continuaba enfático-. Muchas veces se ha acusado a Wagner de ser el asesino de la música tradicional y todo ¿por qué? Porque después de él no ha surgido aún ningún otro genio capaz de desbancarlo... ¡Pero eso no significa que su música represente el cénit del arte! Llegará un nuevo genio que será capaz de conseguir una música más perfecta; sólo es cuestión de tiempo. Y yo seré ese hombre, el hombre que consiga alcanzar la gloria de haber compuesto la música total.

Al margen de su delirante paranoia, es justo reconocer que la labor de Juan como compositor era realmente aceptable... Me refiero, claro está, a sus obras *normales*, aquéllas conocidas por nosotros; y encuentro necesario matizar esta afirmación debido a que todos sus esfuerzos estaban volcados en la composición de una gran obra, una importante sinfonía en la cual había invertido varios años de incesante trabajo manteniéndola en el más riguroso de los secretos aun para sus más íntimos, como si temiera que la sola visión de sus inconclusas notas por parte de alguna persona pudiera acabar con el carácter sobrenatural y mágico de ésta.

Al igual que Leonardo con su eterna Gioconda, Juan jamás se separaba de su inacabable obra, en un intento aparente de aprovechar hasta la última gota de inspiración se encontrara donde se encontrara. A nuestras no siempre sinceras preguntas sobre la marcha de su composición respondía siempre con la misma frase hecha:

-Progresas. Va lento, pero seguro; lo acabaré, no temáis. Tened en cuenta que componer una obra perfecta exige mucho tiempo, quizá toda una vida.

Porque a pesar de todo, estaba convencido plenamente del carácter extraordinario de su composición. Un único temor le embargaba: la posibilidad nada remota de que fuera incapaz de terminarla. En una ocasión en la que su estado anímico le había

predisuesto a las confidencias, me confesó su miedo a que el tiempo necesario para la creación de una obra perfecta fuera necesaria e intrínsecamente infinito. Pero pasada las momentáneas depresiones volvía de nuevo a su interminable tarea con mayor ímpetu si cabe.

Pasaron lentamente los meses, los años. La sinfonía proseguía su lento proceso de gestación, siempre celosamente mantenida en el secreto más absoluto. En un círculo en el que salvo fútiles y triviales anécdotas todo seguía igual, mi amigo proseguía incansable su magna obra, aquélla que según sus propias palabras le proporcionaría una fama inmortal. Y por fin, tras largos años de espera, su composición quedó felizmente concluida bajo el pretencioso título de *Sinfonía de la Hora Final*, colofón lógico a una obra de tales pretensiones; porque según él, no hubiera sido posible ningún otro título toda vez que nada compuesto con posterioridad sería capaz de emularla.

Acostumbrados a su aparentemente interminable proceso de creación, el hecho fue celebrado de una manera sincera e ilusionada por nuestro grupo de amigos. A pesar de su egolatría y de sus evidentes delirios de grandeza Juan era una persona apreciada por nosotros; aquella obra representaba la culminación de su larga carrera como compositor, y su alegría era la nuestra.

A pesar de nuestros insistentes requerimientos, Juan se mantuvo inflexible en su determinación de mantener incógnita su sinfonía hasta el mismo momento de su estreno. Nuestros ruegos, nuestros razonados argumentos de que era muy probable que pasaran años antes de que la obra pudiera ser ejecutada en una audición pública, no hicieron variar un ápice su terca decisión: La sinfonía se conocería con la pompa acorde con su importancia, y nunca antes.

Para nuestra sorpresa las gestiones de Juan dieron, por lo breve de la espera, un inesperado fruto: El anquilosado y conservador mundo musical, tan reacio a las innovaciones, no resultó ser, ni mucho menos, la traba que nosotros esperábamos para el estreno de la ya famosa, aunque todavía desconocida sinfonía; el innato afán de popularidad de nuestro amigo, unido al éxito evidente con el que manejaba el tortuoso mundo de las relaciones públicas, tuvo la virtud de obrar el milagro en forma de promesa formal de un solemne estreno al inicio de la nueva temporada de conciertos.

Y por fin el ansiado día llegó. Ni aun los más allegados al compositor conocíamos todavía una sola nota de la sinfonía; tanto el director como los profesores de la orquesta encargada del estreno, que ya habían ensayado la obra, guardaban un mutismo total de acuerdo con lo impuesto por el autor. Tan sólo éramos conscientes del extremo entusiasmo con que éstos profesionales, nada sospechosos de parcialidad, habían acogido la ejecución de la misma, ya que en palabras del satisfecho director, *no se había compuesto nada igual desde tiempos de Beethoven*.

Todo parecía augurar, pues, una favorable acogida de la sinfonía por parte del público, muy al contrario de las airadas reacciones, oscilantes entre la irritación y la más olímpica de las indiferencias, suscitadas por el común de las composiciones contemporáneas encuadradas en las tendencias musicales presuntamente avanzadas. Con tan esperanzadores presagios no era de extrañar que el día del riguroso estreno el auditorio se encontrara repleto a rebosar de un público entusiasta, repitiéndose el otrora frecuente y ahora olvidado ambiente de los grandes estrenos.

Por supuesto en el local, ocupado hasta el último asiento, no cabía un alfiler. Lógicamente nosotros nos encontrábamos en un lugar de honor al lado del protagonista de la velada, nuestro amigo Juan, rodeados de toda la élite intelectual de la ciudad que con su presencia contribuía a crear un ambiente solamente visto en las grandes (casi me atrevería a afirmar históricas) ocasiones. La sinfonía sería ejecutada en la segunda parte del programa precedida de un estudiado cartel: la obertura de *Tannhäuser* y el concierto *Emperador* de Beethoven... Se mantenía así hasta el final la incógnita de la nueva obra.

Conforme se acercaba el inicio del concierto, el ambiente se fue calmando y distendiendo al tiempo que el minucioso e inalterable ritual se iba poniendo en marcha. A la hora en punto el director, saludado con una fuerte salva de aplausos, hizo su aparición en el escenario; el concierto comenzaba ya.

Precedida de un respetuoso silencio la orquesta acometió los primeros compases de la inmortal obra de Wagner que abría el programa. Según Juan las tres obras -la obertura, el concierto y la sinfonía- seguían una línea estilística coherente, siempre según sus originales teorías sobre la evolución musical. El único e importante fallo, siempre de acuerdo con su criterio, consistía en la ordenación dada a estas obras: Puesto que Wagner era cronológicamente posterior a Beethoven la obertura de *Tannhäuser* representaba una etapa musical más avanzada que el concierto *Emperador*, por lo que ambas obras deberían haber sido programadas justo en orden inverso para respetar la evolución natural de la música. Al final se había impuesto el criterio pragmático del director, poco dispuesto a alterar la estructura tradicional de los programas de concierto, consiguiendo a la larga la aceptación del inicialmente irritado Juan.

Anécdotas aparte todo el mundo convino, al concluir la primera parte del concierto, que éste estaba resultado un rotundo éxito. En el breve tiempo del descanso no se oían en los pasillos otros comentarios que los referentes al inminente estreno de la *Sinfonía de la Hora Final*, sin ninguna duda el secreto musical mejor guardado de los últimos años. No faltaba quien apuntaba con malicia que Juan había jugado con fuego al aceptar semejante programación atreviéndose a ser comparado con dos genios tales como Beethoven y Wagner, aunque la principal polémica se reducía a un enfrentamiento dialéctico entre quienes pensaban de la sinfonía salvaría airosa su difícil reválida y aquellos otros escépticos que opinaban justo lo contrario.

Pronto saldríamos todos de dudas. De nuevo nos encontrábamos instalados en nuestras respectivas localidades, con la orquesta aprestándose a ejecutar la esperada sinfonía. Cuando la batuta del director se alzó por fin sobre su cabeza, un silencio sepulcral casi irreal se apoderó de la totalidad del auditorio, silencio roto instantes después por el arrebatador preludeo del primer tiempo de la sinfonía, un *allegro obstinato* que nos hizo emerger sensaciones insospechadas desde lo más hondo de nuestras almas.

Conforme avanzaba el desarrollo de la sinfonía quedaba totalmente claro el carácter de obra maestra de la misma, siendo patente que su autor no había exagerado en sus afirmaciones que en su día tacháramos de disparatadas. Embriagado totalmente por el embrujo de sus notas, sintiéndome ridículamente cercano a un éxtasis que mi mente racional se mostraba reticente a aceptar, comprobaba estupefacto cómo mis sentidos se cerraban a todo estímulo extraño a la música que tanto me embargaba. Como en un caleidoscopio multicolor descubría reminiscencias de Bach, de Beethoven, de Bruckner y de tantos otros compositores que contribuyeron a la creación de la cultura musical de occidente, de la Música con mayúsculas. La sinfonía era un crisol en el que se fundían siglos y siglos de evolución musical, era la misma esencia del más abstracto de todos los artes, era todo y era una. Era, en definitiva, un sublime canto al universo, un emocionado saludo al Dios creador del infinito.

Una vez que el último acorde hubo concluido, las mentes de todos los allí presentes, incapaces de abandonar el peculiar estado anímico en el que la audición de esta obra maestra les había sumido, reaccionaron torpemente frente al repentino silencio en que se había trocado aquella increíble explosión de sonidos. Lenta, pero decididamente, se desató la estruendosa ovación, esta vez no limitada a un puro acto protocolario sino convertida en un sincero y pobre homenaje del entusiasmo público. Vinieron luego los inevitables actos sociales: los comentarios, unánimes en sus elogios; las felicitaciones, el febril acoso al atribulado compositor, triunfador para siempre en el difícil mundo del arte.

Poco a poco la gran fiesta fue tocando a su fin. Yo, como es natural, fui de los últimos en abandonar el ahora vacío y diríase muerto auditorio. En nuestro grupo tan sólo quedábamos los amigos íntimos de Juan, aún acosado por los inevitables críticos musicales; y fue uno de ellos quien sin saberlo puso de relieve la terrible clave que entonces todavía nadie sospechaba:

-Magnífica. Realmente magnífica -se deshacía en elogios-. Y lo más acertado es el título; estoy seguro de que nada será capaz de igualarla. Realmente es digna de anunciar el Apocalipsis.

¡Cuán cerca estaba de la verdad, aunque él no lo supiera! A la mañana siguiente, velada aún mi mente por las brumas del último sueño, al sintonizar la radio con objeto

de escuchar las primeras críticas a la labor de mi amigo una noticia, repetida insistentemente por la totalidad de las emisoras, me heló bruscamente la sangre: La Tercera Guerra Mundial, durante tanto tiempo temida, había comenzado ya. Aquella madrugada cohetes rusos y americanos surcaban el aire, ansiosos de muerte y de destrucción; la compleja maquinaria puesta en pie por el hombre comenzaba su mortífera e irreversible marcha.

La Hora Final había llegado; los Cuatro Jinetes galopaban ebrios de sangre por toda la faz de la Tierra y el tiempo concedido a la humanidad por el Divino Hacedor tocaba definitiva e inexorablemente a su fin mientras la muerte se aprestaba a cobrar su postrer y definitivo tributo.

Nada queda ya por relatar en este triste momento en el que sólo me resta esperar a que se cumpla mi destino, el triste destino de toda una humanidad arrasada en el holocausto atómico. Tan sólo una duda anida en mi anquilosada mente: ¿Se trató de una increíble, disparatada casualidad, o se debió a una cruel disposición de la Providencia? ¿Sabía mi amigo que el Destino le había reservado el papel de anunciador de la catástrofe final? ¿Era sincero cuando afirmaba que después de su sinfonía no podría haber ya nada más? Esta respuesta, hipotético lector, jamás podrá ser conocida por nadie de este mundo.

EL EXTRAÑO CASO DEL MANUSCRITO OLVIDADO

El libro que ahora tienen en sus manos es producto de una extraña y quizá irrepetible casualidad. El autor del manuscrito original hace ya muchos años que falleció; sólo de esta manera ha podido ser rescatado del olvido el relato de un acontecimiento insólito que fue deliberadamente silenciado por su autor, el cual lo ocultó una vez escrito de manera tan eficaz que únicamente ahora, más de un siglo después de ocurridos los hechos, han podido éstos ser dados a conocer sin que el tiempo transcurrido desde entonces le haya hecho perder un ápice de su interés.

Encontré el manuscrito original escondido entre las páginas de un Quijote de finales del siglo XIX que poco antes había comprado en una librería de viejo. Se trataba de un amarillento fajo de cuartillas repletas con una apretada escritura que, aunque constituían un relato completo, era evidente que habían sido arrancadas de un cuaderno mucho más amplio, quizá un diario.

El Quijote tenía un ex-libris con un nombre impreso: Andrés de Buitrago y Céspedes. Movidio por la curiosidad, y sospechando que el dueño del libro pudiera ser también el autor del manuscrito, comencé a investigar sobre la biografía del antiguo dueño del Quijote. Ya desde un principio supuse que debía de tratarse de una persona culta y probablemente acaudalada; la cuidada encuadernación del libro, la elegante letra del manuscrito y la delicada filigrana del ex-libris, así parecían indicarlo. Como comprobaría más tarde, acerté plenamente en mis apreciaciones.

Lo más inmediato para averiguar el origen del libro era contactar con el librero que me lo vendió; así lo hice y, no sin vencer su reticencia inicial a suministrarme los datos que yo le pedía, pude saber que este profesional lo había adquirido algunos meses antes, procedente de la biblioteca en venta de una familia venida a menos, como parte integrante de un lote de varias docenas de libros antiguos. No era un ejemplar excesivamente valioso, por lo que mi informador se mostró extrañado al comprobar mi inusitado interés por el mismo ya que, obviamente, había evitado comentarle la verdadera razón de mi búsqueda.

El resto resultó sencillo. Por mediación del librero pude contactar con Juan Alberto Sánchez Contreras, un hombre de mediana edad que me confirmó la venta del libro al tiempo que se me presentaba como el nieto de una hermana de Andrés de Buitrago. Según mi interlocutor su tío abuelo falleció víctima de un accidente de tráfico en mil novecientos veintitrés y, al estar soltero y carecer de descendencia, su importante patrimonio había sido repartido entre varios sobrinos. Uno de ellos, el padre de Juan Alberto Sánchez, había heredado la biblioteca, la cual pasó a ser propiedad suya tras el fallecimiento de su progenitor quince años atrás.

La biblioteca era importante y, sin ser excepcional, también era valiosa. Juan Alberto Sánchez puso en un principio todo su interés en conservarla, pero sus dificultades económicas en los últimos años le habían obligado a vender parte de la misma incluyendo el Quijote que ahora era de mi propiedad; en cuanto al resto de la historia, ya me era conocido.

Puesto que no tenía ningún objeto ocultar las verdaderas razones de mi interés, le interrogué acerca del manuscrito encontrado dentro del libro; y en contra de lo que yo esperaba mostró tal sorpresa, que no me cupo la menor duda de su sinceridad al afirmarme que nada sabía al respecto, aunque me confirmó que había sospechado su existencia desde hacía varios años atrás sin que lo hubiera conseguido encontrar.

Como yo había supuesto su tío había llevado un diario que él conservaba y en el cual se apreciaba una mutilación que había hecho desaparecer varias hojas, precisamente las que correspondían cronológicamente con uno de los numerosos viajes realizados por su tío abuelo, y más en concreto el efectuado por toda la cornisa cantábrica a principios de la primavera de mil ochocientos noventa y siete.

A pesar de sus esfuerzos Juan Alberto Sánchez no pudo descubrir estas hojas, por lo que supuso que su tío abuelo las debía de haber destruido. Tampoco halló la menor referencia a ese viaje en el resto del diario, lo que le hizo pensar que algo desagradable le debía haber sucedido en el transcurso del mismo, algo lo suficientemente incómodo como para que ni tan siquiera su familia alcanzara a conocer lo acaecido en aquellos dos largos meses durante los cuales estuvo vagabundeando sin rumbo fijo entre Navarra y Galicia.

Por otro lado todos los familiares y amigos de Andrés de Buitrago, escasos ambos, estaban ya acostumbrados a las excentricidades de éste, por lo que no extrañaban sus largas ausencias. Moderadamente rico y liberado de toda clase de cargas familiares (su soltería era asociada maliciosamente a un turbio suceso de su juventud que él nunca se molestó en desmentir), se había dedicado desde muy joven a practicar uno de los deportes favoritos de la gente ociosa de su tiempo: viajar. Su inquietud le había llevado a recorrer, más por afán de aventuras que por sed cultural, todas las rutas que conducían a los más remotos rincones del planeta.

Eran frecuentes sus viajes a lugares entonces tan exóticos como Egipto, la mortecina China imperial o la decadente Turquía; viajes alternados con breves recorridos por las regiones más recónditas de España, que entonces eran todavía muchas. De todo ello dejaba constancia en un prolijo diario, el cual era de hecho una crónica ágil y veraz de sus largos periplos por toda la faz del planeta... Con la única excepción del consabido viaje por el norte de la península, del cual había hecho desaparecer hasta el menor rastro, perdurando el recuerdo del mismo entre sus familiares y amigos sólo gracias a los breves y escuetos comentarios realizados por el impenitente viajero antes de su partida; porque a su vuelta, inexplicablemente, ni una sola palabra había salido de su boca.

El hallazgo de las hojas perdidas del diario de su antepasado interesó tan vivamente a Juan Alberto Sánchez que por un momento llegué a temer que éste las reclamara alegando el carácter privado de las mismas, a pesar de que se había cumplido con creces el plazo concedido por la ley para el disfrute de los derechos de autor... O al menos eso creía yo, que nunca me he caracterizado por un conocimiento demasiado profundo de la normativa legal. Lo cierto era que, de ocurrir como yo me temía, se verían trastrocados todos mis planes, ya que por entonces yo había decidido publicar el relato dentro de mi línea de investigación de las realidades heterodoxas. Sin embargo, y a pesar de mis temores, Sánchez Contreras accedió a la publicación del manuscrito consciente de la importancia de lo ocurrido a su tío abuelo en aquella lejana primavera de finales del siglo pasado, sin más condición que la de colaborar en la misma.

No fue difícil comprobar que efectivamente las hojas encontradas por mí en el viejo Quijote correspondían a las arrancadas del diario; eran el mismo papel y la misma letra, y la coincidencia cronológica era absoluta. Todo lo demás fue, pues, sencillo. Entre mi compañero, y ya amigo, y yo estudiamos exhaustivamente el manuscrito hallándolo extraño quizá, pero perfectamente coherente; Andrés de Buitrago podía ser una persona extravagante, pero no quedaba la menor duda acerca ni de su inteligencia ni de su cultura. Resultó, de hecho, una persona totalmente digna de confianza en sus apreciaciones, hecho éste no demasiado frecuente en su época.

De común acuerdo ninguno de nosotros dos ha querido modificar ni comentar el relato original limitándonos a transcribirlo, tal como aparece redactado, sin más rectificación que la supresión de las ligeras diferencias de puntuación y acentuación con respecto al idioma actual; dejamos que sean ustedes quienes obtengan por sí mismos sus propias conclusiones acerca de un texto que, a pesar de pertenecer a un diario personal, está redactado en forma novelada, lo que le hace si cabe más ameno y moderno. Lean, pues, la extraña historia de Andrés de Buitrago.

* * *

Quando hoy, transcurridos ya varios meses desde que ocurriera el suceso, escribo este relato refugiado en la tranquila soledad de mi gabinete, no tengo por menos que sentir un escalofrío al recordar lo sucedido aquel gélido día todavía invernal... A través de la ventana veo brillar ahora el apacible y cálido sol septembrino, recio sol castellano que hace dudar de la posible existencia de otros climas diferentes del nuestro... Climas que a pesar de todo existen, y no todos tan bonancibles como el que hoy caldea mi habitación de una manera quizá excesiva para mi gusto, pero indudablemente plácida.

No; todo fue muy distinto cuando tuvo lugar mi viaje por todo el Cantábrico español, y no me cabe la menor duda de que, de no haber ocurrido aquel fuerte temporal, hoy no estaría escribiendo estas líneas, porque nada fuera de lo normal habría entonces sucedido. La verdad es que, pese a todo, encuentro muy dudosa la necesidad de dar cuerpo a este

desagradable y caluroso relato... Quizá fuera mejor dejar que su recuerdo se sumiera en el oscuro anonimato del olvido; pero hace ya bastantes años tomé la decisión de llevar cumplida cuenta de todo lo acontecido en mi agitada vida... Interrumpir esta autodisciplina aun cuando fuera por una única vez sería para mí una auténtica felonía, cosa que nunca podré consentir.

Retomo así la pluma no con tanta repugnancia como para impedirme cumplir con mi labor, pero sí con la inquietud que me supone tener que volver a recordar acontecimientos que desearía ver enterrados para siempre en lo más profundo de mí mismo. Sin embargo, soy plenamente consciente de que ésta es mi obligación, y la asumo con todas sus consecuencias. Quizá lo que aquí relato sea objeto de repudio, por extraño a la razón, por parte de toda persona medianamente ilustrada... Confieso que éste es mi propio caso y que, de no haber vivido personalmente la experiencia, yo mismo dudaría de su veracidad. Ahora bien, puesto que no escribo esto para nadie sino solamente para mí, y quizá ni tan siquiera eso, no me siento obligado a buscar la menor justificación... Si es que acaso esta justificación existe.

Todo comenzó una fría mañana de marzo en las proximidades de un pequeño pueblecito perdido en la costa asturiana. Hacía ya tres semanas que había partido de Pamplona iniciando un recorrido que me llevaría hasta Galicia después de recorrer toda la cornisa cantábrica de este a oeste... Curiosamente, a pesar de haber visitado lugares tan remotos como la India, Argentina o Rusia apenas si conocía algunas regiones de mi propio país; por tal motivo a mi vuelta de Italia, y casi sin descansar, me dirigí junto con mi criado hacia la capital del antiguo reino de Navarra. Una vez allí compré -hubiera sido inútil alquilarlo para un viaje tan largo- un pequeño coche con su correspondiente caballo. Puesto que mi criado iba a ser quien oficiara de cochero no habría más viajeros que él y yo, cosa ésta por lo demás bastante habitual en la mayor parte de mis viajes. Yo pretendía en esta ocasión ir evitando las grandes ciudades, en el fondo todas iguales, trazando mi ruta sobre la marcha en busca de los innumerables pueblecitos y aldeas que jalonaban el verde territorio de estas provincias norteñas... Daba por supuesto que el hospedaje tendría que tener lugar, en la mayor parte de las ocasiones, en fondas y mesones carentes por completo de las comodidades más elementales; pero esto, para una persona que como yo había recorrido más de medio mundo en condiciones muchas veces precarias, no suponía mucho más allá de una leve molestia.

Apenas nos quedaría un kilómetro para alcanzar las primeras casas de un pueblecito cuyo nombre no consigo recordar, cuando tras saltar sobre un enorme bache el coche se inmovilizó al tiempo que emitía un crujido que no hacía presagiar nada bueno. Bajé a la carretera al tiempo que Juan, mi criado, descendía del pescante tras haber inmovilizado al animal, bastando unos breves segundos para constatar la naturaleza del daño sufrido por nuestro vehículo: a consecuencia del fuerte golpe recibido, el eje delantero se había partido por la mitad.

Estábamos, pues, inmovilizados puesto que en esas condiciones no podríamos recorrer con nuestro vehículo ni tan siquiera unos pocos metros; pero por otro lado, tampoco podíamos quedarnos allí de brazos cruzados ya que el cielo estaba encapotado y el fuerte viento reinante hacía presagiar la cercanía de una tormenta. Hicimos, pues, lo único que podíamos en aquellas circunstancias: recorrer a pie la distancia que nos separaba de la aldea.

Por fortuna, ésta quedaba cerca. Una vez en ella nos resultó fácil encontrar a un artesano (en realidad, el único) que nos pudiera reparar el coche... Aunque inevitablemente tendríamos que pernoctar en la aldea, lo cual aun sin tenerlo previsto en un principio tampoco resultaba una grave alteración de mis planes. Dejé, pues, que Juan, acompañado por varios mozos de la aldea, fuera a recoger el abandonado coche y al caballo, dedicándome yo a la tarea de buscar alojamiento para ambos. Esto no resultaría demasiado difícil ya que, según me informaron, tan sólo había una fonda en el pueblo, la cual además hacía las funciones, también únicas por cierto, de tienda y de taberna.

Al franquear la puerta de entrada me encontré en el interior de una típica taberna marinera: el local, grande y destartado, estaba en esos momentos semivacío, apenas ocupado por un reducido grupo de madrugadores parroquianos, evidentemente pescadores a juzgar por sus trazas, los cuales se encontraban sentados en torno a una gran mesa de mármol situada en un rincón de la vasta sala.

Ignorándolos por completo, cosa que por cierto no hicieron ellos, me dirigí hacia la persona que parecía ser el dueño del local, un orondo cincuentón embutido en un no muy limpio delantal que fregaba con parsimonia una gran pila de vasos detrás del mostrador. El acuerdo fue rápido y, tras reservar un par de habitaciones y con un generoso vaso de sidra en la mano, me dispuse a aguardar la vuelta de mi criado.

Me dirigí hacia una de las mesas vacías con la intención de sentarme en ella, pero al pasar junto al grupo de pescadores éstos interrumpieron su conversación para dirigirse a mí con esa espontaneidad que sólo se puede encontrar lejos de las grandes ciudades. La pregunta resultó ser, como cabía esperar, la solicitud de la confirmación de mi carácter de forastero... Como si no resultara evidente que yo no tenía absolutamente nada que ver con ellos.

Rápidamente me hicieron sitio en su propia mesa por lo que, con no demasiado interés por mi parte, me vi obligado a relatarles mis circunstancias personales, las razones de mi viaje y los motivos por los que me había visto obligado a detenerme allí. Como era natural mi afán viajero fue algo que les sorprendió; no resultaba nada habitual encontrarse, en un ambiente tan provinciano como aquél, con una persona capaz de relatar experiencias personales acontecidas en el otro extremo del planeta, algo tan lejano para ellos como si se tratara de la propia Luna.

Por su parte, ellos también me contaron su historia. Como había supuesto todos eran pescadores, pero aquel día habían desistido de salir a la mar debido a que ésta se encontraba muy picada esperándose la aparición de una galerna para aquella misma noche. Así pues, mataban su tiempo libre en la taberna contándose mutuamente las ingenuas mentiras que, desde tiempos de los fenicios, solían ser habituales entre la gente de la mar.

Por lo que pude colegir, la interrumpida conversación había estado versando sobre la naturaleza (la existencia la daban por supuesta) de los diferentes tipos de monstruos marinos: ballenas gigantes capaces de tragar barcos enteros, pulpos de enormes tentáculos y refinados gustos alimenticios (al parecer el plato fuerte de su dieta solían ser los marineros arrancados de la cubierta de sus embarcaciones), y un largo etcétera de seres tan increíbles como terroríficos empeñados al parecer en disputar a los hombres el dominio de las vastas extensiones marinas.

Huelga decir que apenas saciada su curiosidad sobre mi persona, y aceptado ya como tertuliano presuntamente experto en la materia, la conversación retorno rápidamente a sus primitivos cauces. Yo me encontraba entonces muy divertido al comprobar la vehemencia infantil con que eran aceptados estos delirantes relatos, y no pude evitar adoptar el papel de abogado del diablo cuando fui interrogado sobre los distintos tipos de seres marinos que con toda seguridad debía haber avistado en el curso de mis numerosos viajes.

Como cabía esperar, mi respuesta les decepcionó. No, nunca había visto a ninguno de esos espeluznantes seres... Todo lo más, había alcanzado a vislumbrar algún que otro delfín, numerosos tiburones (ninguno de ellos de talla mayor de lo habitual), una ballena apenas avistada de lejos y, en una ocasión, una manta de varios metros (pero no más de cinco o seis) de envergadura.

Pero convencer a tan obstinados sujetos de un hecho tan científico como prosaico como era la inexistencia de monstruos marinos, quedaba mucho más allá de lo que yo podía (y quería) hacer. No cabe duda de que la superstición en cualquiera de sus múltiples vertientes es una de las palancas que mueven el mundo... Y que apenas un par de siglos de progreso científico poco pueden hacer frente a varios milenios continuados de ignorancia y barbarie; y está muy claro, lamentablemente, hacia que lado acostumbra a decantarse la balanza.

-Pero, ¿y las sirenas? -me espetó con tozudez uno de los marinos más jóvenes- Usted si que las habrá visto; aunque la verdad es que suelen ser las más difíciles de ver. -se corrigió- Pero a pesar de todo...

-Mi querido amigo, le puedo asegurar que nunca jamás, en ninguno de mis numerosos viajes, he tenido ocasión de ver ninguna sirena... -respondí divertido- Y nunca las podré ver, puesto que se trata de unos seres mitológicos que no existen en la realidad... Y ni tan siquiera eran mujeres con cola de pez.

-¡Alto ahí! -me interrumpió mi interlocutor- Las sirenas siempre han tenido cola de pez. Yo vi una vez una lámina en la que...

-Sí, esos seres existen en la mitología griega. -concedí al tiempo que sonreía- Pero no se llamaban sirenas, sino nereidas. Las sirenas tenían cabeza de mujer y cuerpo de pájaro.

-¡Cuerpo de pájaro! ¡Bah! -exclamó despectivamente el pescador al tiempo que recogía con la mirada la unánime aprobación de sus incultos compañeros- ¿Dónde se ha visto eso? Las sirenas siempre han sido así... Y siempre lo serán. Yo lo he visto.

Era tan inútil como intentar derribar un muro de piedra a cabezazos. Desistí de convencerlos.

-Nereidas o sirenas; ¿qué más da? -concedí resignado- Tan irreales son las unas como las otras.

El orgullo es el orgullo, pero la tozudez es la tozudez. Los lugareños seguían en sus trece.

-¡Pues yo digo que existen! -insistió el grandísimo cabezota- Yo vi una hace dos años.

-¡No me diga! -respondí con sorna- ¿Y cómo era?

-¿Cómo va a ser? Como todas. Pero las sirenas son muy pocas, y normalmente no se dejan ver. Viven en sus maravillosas cuevas submarinas excavadas en coral -evidentemente mi interlocutor quería dar la versión completa de la historia- y sólo salen a la superficie una vez cada varios años, siempre en las noches de tempestad en las que el mar está solitario y oscuro. Salen a la orilla en los acantilados y se sientan en las rocas para contemplar cómo las olas rompen con furia a sus pies... Bueno, a su cola, y esperan en silencio hasta que empieza a amanecer. Entonces vuelven a sumergirse en las profundidades, quizá para no volver a salir hasta pasados muchos años.

Realmente la historia era curiosa y, por lo que yo sabía, completamente original: nunca en mis numerosos viajes me había encontrado con una leyenda similar a ésta, la cual no coincidía tampoco con lo relatado en los mitos clásicos. Me preguntaba de dónde habría obtenido una persona tan inculta como este pescador un relato tan elaborado; y a pesar de todo, su fábula comenzaba a interesarme. Por mimente pasó fugazmente la idea de intentar convencerle de que poco coral podría haber en un mar tan poco cálido como el Cantábrico; pero después del fracaso cosechado tras mi anterior intento de aclaración, estimé que lo más prudente era desistir de ello.

-¿Y para qué salen del mar precisamente en las noches de tempestad? -pregunté con un tono no exento de malicia- ¿A qué esperan hasta el amanecer?

-¿Qué van a esperar? -la ingenuidad de la respuesta me hizo sonreír- La llegada de los marineros.

Hasta aquel mismo momento el resto de los contertulios habían guardado un respetuoso silencio mientras escuchaban con interés nuestro duelo dialéctico; pero fue ahora un veterano marinero de tez curtida por el sol y la brisa del mar quien intervino planteando una objeción que, por obvia, a mí me había pasado inadvertida.

-¡Pero Antonio! -por fin sabía cuál era su nombre- Tú mismo has dicho que salían a la superficie tan sólo en las noches de tormenta; ¿cómo van a encontrar a alguien en tales ocasiones? Hace falta estar loco para echarse a la mar en esas condiciones.

-Te equivocas, Tomás. -respondió el aludido- No son sólo los locos los que salen a navegar en medio de una tempestad; también lo hacen los audaces, los que no temen a la muerte... Los únicos dignos de unirse con las sirenas.

-¡Un momento! -interrumpí yo, molesto por haber perdido la iniciativa- ¿Para qué quieren las sirenas a los marinos? Aún no ha contestado a mi pregunta.

-¿Para qué va a ser? -se sorprendió Antonio- Las sirenas son eso... Sirenas. Mujeres en suma. Y, puesto que no existen hombres de su especie, nos necesitan a nosotros para...

Aun cuando no concluyera la frase, su gesto fue tan expresivo que hizo estallar en un coro de risotadas a sus zafios compañeros. Yo, por mi parte, opté por mostrarme dignamente inexpresivo.

-Se equivoca usted. -insistí de nuevo olvidándome de mi anterior fracaso a la hora de explicarle la mitología clásica- Existen los tritones, que son el equivalente masculino de las sirenas y que, por lo tanto, también tienen colas de pez.

-¿Los tritones? -me interrogó dubitativo- Nunca había oído hablar de ellos. ¿Y vosotros?

El apagado coro de negativas me hizo ver bien claro que no contaba, como era de esperar, con el menor apoyo; por lo tanto, tampoco habría tritones... ¡Qué se le iba a hacer!

-Como iba diciendo. -No cabía duda de que Juan era tesorero- Las sirenas no son inmortales... Viven cientos de años, mucho más que nosotros, pero también acaban muriendo. Necesitan reproducirse, y lo consiguen así.

-Curiosa pareja. -respondí con sorna; la bola de nieve de las incongruencias y los despropósitos continuaba engordando, pero a pesar de ello en vez de irritación o incomodo sentía, para sorpresa mía, tan sólo un divertido interés- Ahora bien, suponiendo que estas

uniones pudieran tener descendencia, ésta estaría constituida tanto por varones como por hembras.

La objeción era intachable, o al menos así lo creía yo, pero para sorpresa mía también fue refutada.

-Así es. Pero mientras los niños nacidos de estas uniones son completamente humanos, las niñas son, por el contrario, sirenas al igual que sus madres.

-¿Y qué pasa con los niños?

-¡Oh! Está bien claro. Como es natural -yo no veía que lo fuera- estos niños nacen bajo el agua, y al no poder respirar se ahogan. Las niñas, sin embargo, sobreviven ya que son unos seres marinos.

-¿Cómo sabe usted eso? ¡Ah, se me olvidaba! Usted vio una.

-Ya se lo he dicho. -respondió ingenuamente Juan, incapaz de captar la ironía- Fue hace algo más de dos años, para el mes de noviembre. Yo había salido en una barca para pescar... con caña. Era domingo, tenía la tarde libre y tan sólo deseaba descansar un rato. La mar estaba tranquila y el cielo, aunque cubierto, no parecía amenazar lluvia. Sin embargo, bastaron unos minutos para verme en mitad de la tormenta más salvaje que jamás he conocido. ¿Os acordáis? -preguntó a sus compañeros, los cuales como era de suponer se apresuraron a afirmar vigorosamente con la cabeza.

-Mi barca no tenía velas, y con los remos poco podía hacer. Durante varias horas me vi zarandeado de un lado para otro temiendo que mi barca naufragase; confieso que sentí miedo. En una ocasión las olas me arrastraron hasta muy cerca de los acantilados; apenas un poco más y me hubiera estrellado contra las rompientes. Gracias a Dios de repente cambió la corriente y me vi llevado de nuevo mar adentro. Y entonces -aquí su voz se tornó trémula- la vi.

-¿Cómo era? -preguntó ansiosamente uno de los marineros.

-Bellísima. La mujer más hermosa que jamás haya visto hombre alguno. Estaba sentada sobre una roca en actitud pensativa, y miraba hacia el mar. De repente me vio; y me llamó.

-Al menos en eso sí concuerda con la Odisea. -rezongué sin poderlo evitar- Aunque las de allí tenían alas.

-¿Y fuiste? -indagó otro de los contertulios haciendo caso omiso de mi impertinente comentario.

-Lo intenté, os juro que lo intenté con todas mis fuerzas. Pero no pude hacer nada. La corriente me arrastraba mar adentro, y poco después la vi desaparecer tragada por la oscuridad. Media hora más tarde mi barca encallaba en la playa; yo me había salvado, pero desde entonces no hago sino lamentarme de mi mala suerte. Si yo hubiera podido arribar a aquel arrecife... -concluyó lastimero.

-¡Pero usted habría fallecido ahogado o destrozado contra las rocas! -exclamé estupefacto.

-Sí, hubiera muerto con toda seguridad. -respondió el pescador con una gravedad que me heló la sangre- Pero antes habría disfrutado de algo que muy pocos mortales pueden llegar a alcanzar: el amor de una sirena, infinitamente más placentero que el que se pueda obtener con una mujer normal.

-¿Cree usted que hubiera merecido la pena? -insistí perplejo.

-Por supuesto. -Juan no dudó un solo instante en contestarme- Cuando se alcanza un placer tan elevado todo lo demás, incluso la propia vida, está de sobra. Le aseguro que es la muerte que desearía cualquier marino.

-Si usted lo dice... -me rendí.

-¿Y no podrías volver a verla? -medió otro de los pescadores el cual, al parecer, no compartía mi escala de valores.

-Nada hubiera deseado más en este mundo. -confesó escuetamente Juan- Pero nunca desde entonces me he atrevido a desafiar de nuevo a la mar... Quizá no sea digno de ella. -musitó con amargura.

-Quien sabe... -comenté en un deliberado intento de echar agua al fuego- Quizá tan sólo fuera una alucinación.

-¡No! -exclamó con rabia- Era real, tan real como usted y como yo... Y me llamaba, me llamaba por mi propio nombre.

-Fuera lo que fuese, lo cierto es que ya no tiene remedio. -apacigüé.

-Quizá todavía pueda subsanarse. -masculló entre dientes- Esta noche habrá tormenta, y esta misma noche volveré a la roca. Estoy seguro de que ella me estará esperando.

Tras pronunciar tan rotunda frase la práctica totalidad de los contertulios prorrumpieron en exclamaciones de horror mientras yo optaba, por el contrario, por guardar un sepulcral silencio. Estaba convencido de que el pescador no era sino un pobre

desequilibrado mental, y lamenté sinceramente haber sido yo quien de forma involuntaria le hubiera inducido a su pueril arrebató.

-¡Pero Antonio! -gimió Tomás leyéndome aparentemente el pensamiento- ¡Tú estás loco!

-Puede que sea así. -respondió el aludido- Pero hay ocasiones en las que la cordura está de más, y estoy convencido de que ésta es una de ellas. Iré a buscar a mi sirena; tan sólo os pido que recéis por mí.

Todo lo sucedido a continuación aparece en mis recuerdos de una manera borrosa. La discusión alcanzó rápidamente unos tonos bastante elevados, por lo que opté por escabullirme de la mejor manera posible; la oportuna llegada de mi criado, solucionado ya el traslado de nuestro coche, me proporcionaría la excusa perfecta para abandonar el local.

El resto del día, olvidada por mí la conversación mantenida en la taberna, transcurrió con suma rapidez. Acompañado de Juan visité el cobertizo donde se encontraba guardado el coche, ajustando con el herrero el importe de la reparación al tiempo que éste nos confirmaba la imposibilidad de concluir el trabajo antes del mediodía del día siguiente; estuvimos también en el establo donde habíamos dejado nuestro caballo y, puesto que entonces ya había comenzado a llover, retornamos a la taberna para almorzar. Según pude observar cuando llegamos allí mis interlocutores ya se habían marchado... Y no me molesté en preguntar por ellos.

La tarde discurrió con placidez en el interior de nuestro refugio mientras afuera la tormenta arreciaba. Llegó por fin la hora de acostarnos, pero no habían transcurrido ni tan siquiera treinta minutos, cuando me despertó un gran revuelo organizado, al parecer, en la taberna. Tanto Juan como yo bajamos apresuradamente a la planta baja comprobando cómo aparentemente la mayor parte de la población de la aldea se hallaba reunida en el interior del amplio local. No resultó difícil enterarnos de lo ocurrido: Antonio había desaparecido del pueblo y, puesto que también había sido echada en falta su barca, todo era suposiciones acerca de la posibilidad de que hubiera llevado a cabo su infantil idea.

Como era fácil de suponer se estaba organizando la búsqueda del marino y, por ser la taberna el lugar de mayor capacidad del pueblo, había sido convertida ésta en el cuartel general de la operación de rescate. Lamentablemente la galerna se encontraba ahora en todo su apogeo, lo que dificultaba enormemente las labores de rastreo. A pesar de todo se habían comenzado a organizar batidas por toda la costa, lo único que en tales circunstancias se podía hacer ya que el hacerse a la mar en tales condiciones hubiera supuesto un suicidio seguro.

Juan y yo colaboramos en todo lo que pudimos, aunque nuestro desconocimiento del terreno hizo que nuestra utilidad resultara más bien escasa. Por tal motivo ambos nos

quedamos en la misma taberna ayudando en las labores de coordinación de los distintos grupos de rescate, lo cual nos permitió librarnos de pasar a la intemperie una noche realmente infernal.

Lentamente fueron desgranándose las horas. La tormenta seguía descargando auténticas montañas de agua y Antonio continuaba sin aparecer. Para entonces ya no cabía la menor duda de que, cumpliendo con su amenaza, el pescador se había echado realmente a la mar; pero, en tan adversas condiciones climatológicas, sería muy difícil, por no decir imposible, encontrarlo antes de que amainara el temporal, lo que reducía hasta niveles mínimos las posibilidades de hallarle con vida.

Eran casi las cinco de la madrugada cuando un muchacho de unos catorce años entró gritando en la taberna, tan empapado de agua que, de haberle podido escurrir como a una esponja, se hubieran podido llenar con él varios cubos. Pero esta circunstancia resultaba completamente trivial en aquella situación ya que, al escuchar sus entrecortadas palabras, todos nos dirigimos hacia él como movidos por un resorte: acababan de encontrar el cadáver de Antonio.

Todo lo demás está grabado en mi mente de una manera tan confusa que me resulta muy dificultoso separar lo real de lo imaginado... Como si estos hechos no hubieran ocurrido apenas unos meses atrás sino hace muchos, muchos años. Pero continuaré. De repente, y sin saber como, me encontré junto a la playa aguantando estoicamente bajo la torrencial lluvia mientras miraba atónito hacia el inerte bulto que, hasta pocas horas antes, fuera un fornido mocetón lleno de vida.

La búsqueda había concluido. Retornamos al pueblo en silencio, cabizbajos e insensibles a todo, llevando con nosotros el cuerpo del infortunado pescador. Por el camino, no obstante, pude recabar algunos datos sobre las circunstancias del accidente: A pesar de la fuerte marejada Antonio había conseguido cruzar los varios kilómetros de mar que separaban al pueblo de los arrecifes: su cadáver había sido encontrado sobre una gran roca plana, arrojado allí sin duda por las encrespadas olas.

Pero había, a pesar de todo, algunos detalles que convertían en singular aquel suceso. En primer lugar el cuerpo había sido hallado completamente desnudo, hecho éste que en condiciones climatológicas tan desfavorables resultaba ser, cuanto menos, extraño. Pero además quedaba aún otro factor todavía más intrigante incluso para una persona tan poco versada en temas marinos como yo: Su rostro mostraba no el rictus crispado que cabría esperar en un ahogado, sino una pasmosa expresión de paz y tranquilidad insólitas en tan dramáticas circunstancias.

A mediodía del día siguiente, apenas estuvo reparado nuestro carruaje, abandonamos la aldea dejando atrás el recuerdo de este insólito y desagradable suceso; o al menos, así lo creía yo. Porque cuando paramos para almorzar, ya cruzado el límite con la provincia de

Lugo, mi criado Juan me hizo una pregunta que a pesar de todo mi racionalismo me dejó completamente helado.

-Don Andrés. -me espetó- ¿Usted recuerda de qué color era el pelo del muerto?

-¿Cómo no? -respondí extrañado- Era muy oscuro, prácticamente negro. ¿Pero por qué me preguntas eso?

-¿Vio usted a alguna persona rubia en la aldea? -insistió, haciendo caso omiso de mi observación.

-No, creo que no... -comenté- Todas las personas a las que yo vi eran morenas. No había ninguna rubia... ¿Acaso importa ahora eso?

-Tenga, señor. -zanjó él mostrándome su mano abierta- Estaba en el puño del muerto cuando lo trajimos de la playa, y tuve que recurrir a todas mis fuerzas para poderse lo arrebatar.

Intrigado, acerqué mi vista hacia aquello que mi criado me enseñaba en la palma de su mano... Y al instante mi curiosidad morbosa se trocó en horror: Ante mis ojos tenía un puñado de largos y sedosos cabellos dorados.

* * *

El relato original de Andrés de Buitrago termina aquí, pero apenas transcurridas algunas semanas después de que yo efectuara mi hallazgo Juan Alberto Sánchez Contreras me comunicó que, revolviendo entre los documentos personales de su tío abuelo, había encontrado un curioso recorte de periódico que creía pudiera tener alguna relación con el hecho aquí narrado.

Lamentablemente el recorte carece de toda indicación acerca del nombre del periódico en el que fue publicado y la fecha en que apareció; pero merced a una serie de criterios indirectos que sería demasiado prolijo describir aquí, tanto el señor Sánchez como yo creemos, casi con toda seguridad, que debe de tratarse de un ejemplar de principios de siglo publicado probablemente en Madrid. De ser cierta esta suposición la noticia sería posterior, y muy próxima, a los hechos descritos por Andrés de Buitrago en su diario. También la localización de los dos sucesos es muy próxima al haber ocurrido ambos en la costa asturiana, aunque al no conocer el nombre del pueblo descrito por Buitrago tampoco podemos precisar si se trata de la misma localidad.

De cualquier forma estos detalles no afectan en lo más mínimo a la innegable relación entre ambos hechos, como podrán ustedes comprobar tras la lectura de la transcripción del aludido artículo.

¿UN MONSTRUO MARINO EN EL CANTÁBRICO?

Según noticias recogidas por nuestro corresponsal en Oviedo, el pasado día 27 unos pescadores de Ribadesella recogieron en sus redes el cuerpo semidescompuesto de un extraño animal marino. De acuerdo con las manifestaciones de estos pescadores, este ser tendría una longitud de aproximadamente un metro y medio y pesaría alrededor de unos cincuenta kilogramos. A pesar de que se avanzó al estado de descomposición impedía efectuar un estudio detallado del cadáver, sí se pudo comprobar la existencia de dos extremidades superiores mientras la parte inferior del cuerpo terminaba en una larga cola similar a las de los delfines. En lo que respecta a la cabeza, ésta se hallaba tan deteriorada que no se pudo observar ningún rasgo en ella, aunque lo que más sorprendió a los pescadores fue la existencia de una larga melena de color dorado.

Debido al fuerte hedor que desprendía los pescadores se vieron obligados a arrojar de nuevo el cuerpo al mar, con lo que la ciencia ha perdido la oportunidad de estudiar detenidamente a este extraño animal. Consultados varios profesores de la universidad de Oviedo, éstos manifestaron su creencia de que debía de tratarse del cadáver de algún mamífero marino arrastrado por las fuertes corrientes desde las frías aguas del Océano Ártico, lugar en el que estos animales habitan. Carecen pues, de todo fundamento los rumores aparecidos por todo el litoral del Principado acerca de la existencia real de seres marinos desconocidos por la ciencia, rumores que propalados por personas de escasa formación científica no hacen sino confundir a los supersticiosos habitantes de nuestra costa cantábrica.

LA DUDA

Soy plenamente consciente de que, cuando escribo estas líneas, corro el riesgo de ser tachado de loco. Incluso yo mismo, a pesar de mi formación científica y, por ende, cartesiana, he llegado a dudar en más de una ocasión de mi integridad mental; pero los hechos son tozudos y, aunque las conclusiones extraídas de los mismos puedan ser tachadas de subjetivas y equivocadas, lo cierto es que siguen estando allí... Por lo cual me veo obligado a relatar lo sucedido tal y como realmente ocurrió, sin añadir ni quitar una sola coma; quizá en el futuro sea posible interpretarlo a la luz de los nuevos descubrimientos científicos, pero entonces ya no viviré para comprobarlo.

En honor a la verdad, he de reconocer que el verdadero protagonista de la historia no soy yo sino Antonio, mi hijo. Quizá debiera decir Antoñito, pero ocurre que, a pesar de sus tres años recién cumplidos, nunca hemos sido partidarios ni su madre ni yo de los diminutivos... Antonio, pues, es un crío de tres años completamente normal para su edad excepto en una cosa: su precocidad, insólita en un niño tan pequeño. No, no voy a contarles la larga lista de anécdotas que acostumbra desgranar con orgullo cualquier padre; no son éstos ni el momento ni el lugar más apropiados para hacerlo, amén de que a buen seguro a ustedes les interesarán más bien poco las monerías de mi hijo. Sin embargo, sí será preciso tener en cuenta este destacado rasgo de su carácter a la hora de relatar, simplemente relatar, lo sucedido hace tan sólo unos pocos meses.

Antonio, ya lo he dicho anteriormente, es un niño extraordinariamente precoz y despierto para su edad. Su madre y yo, ambos con formación universitaria y con unos cocientes de inteligencia bastante por encima de lo normal, dicho sea esto sin el menor engreimiento, tenemos muy claras las ideas en lo referente a la educación de nuestro por ahora único hijo, dándole un papel fundamental al desarrollo de su inteligencia.

No, reconozco que no somos precisamente una familia típica; pero nos limitamos a actuar tal como somos sin sentir la menor vergüenza (lo que sería absurdo) ni el menor reparo (lo que sería peligroso) en hacerlo así; puede que la educación que estamos dando al chico no sea la más frecuente en una sociedad como la nuestra que tanto tiene de mediocre... Pero el crío se lo merece, y por ello no estamos dispuestos a malograrlo dejando que se convierta en un mero saco de reflejos condicionados.

Por otro lado, Antonio responde satisfactoriamente a todos nuestros estímulos, lo cual es amén de una satisfacción un gran acicate para nosotros. No es de extrañar, pues, que le sometamos deliberadamente a toda una serie de situaciones que podrían chocar en un chico de su edad... Pero nuestro hijo está muy por encima de ese mediocre nivel. Y, conforme a nuestras ideas, un buen día le llevamos a un concierto de música clásica; él ya estaba

acostumbrado a oírlo habitualmente en casa, pero queríamos estudiar sus reacciones ante un concierto en directo.

La experiencia resultó ser todo lo satisfactoria que podría esperarse; a Antonio le gustó el concierto y en especial la *Sinfonía del Nuevo Mundo* que ya conocía, aunque lógicamente acabó cansándose. Pero lo más importante de todo, es que la experiencia generó en él toda una serie de nuevas inquietudes que rebasaron con creces todas nuestras expectativas.

Hasta entonces Antonio había aceptado como algo completamente natural que cualquier obra musical pudiera estar recogida (*guardada*, decía él) en un disco o en una cinta; pero a raíz de que tuviera la oportunidad de contemplar una gran orquesta sinfónica al completo, comenzó a preguntarnos cómo era posible que en un disco tan pequeño pudiera haber tanta gente junta.

Su madre y yo, tras divertirnos con su ocurrencia, intentamos explicarle que, en realidad, no había ninguna persona dentro de los discos ya que éstos eran tan sólo un simple registro de lo que un día interpretara una orquesta. Él no quedó nada convencido con nuestras argumentaciones porfiando una y otra vez con la tozudez que le era característica, pero al final tuvo que rendirse ante nuestra autoridad paterna dejando, eso sí, bien patente que no se creía lo que le habíamos explicado y que estaba convencido de que en el interior de los discos debía de haber orquestas en miniatura que tocaban la obra en cuestión cada vez que los poníamos en el equipo de música. Nos reímos nuevamente de él y le mandamos finalmente a la cama, sin sospechar siquiera remotamente la idea que estaba maquinando ya entonces.

Ocurrió apenas unos pocos días después, cuando tanto Isabel como yo habíamos olvidado por completo su pregunta; nos encontrábamos viendo la televisión cuando, tras oír un ruido procedente de la habitación de al lado, descubrimos con alarma que Antonio no estaba con nosotros.

No es nuestro hijo amigo de hacer trastadas y generalmente podemos confiar bastante con él, pero no por eso deja de ser un niño, si no travieso, sí cuanto menos inquieto; por ello, tanto Isabel como yo fuimos rápidamente a ver en qué había consistido el presunto desaguisado... Y no nos equivocamos en nuestros temores. Sentado en el suelo al lado del equipo de música y con el ceño fruncido en un gesto de preocupación, nuestro hijo estaba enfrascado en la absorbente tarea de ordenar, como si de un rompecabezas se tratara, los distintos pedazos de uno de mis discos. Cómo pudo romperlo en tantos trozos es algo que nunca fuimos capaces de averiguar; simplemente, lo hizo.

Evidentemente, hubo bronca; los discos de buena calidad son hoy en día lo suficientemente caros como para que resulte molesto tener que comprarlos de nuevo. Además, el muy condenado había ido a escoger precisamente uno de los mejores que tenía,

una excelente versión de la *Sinfonía del Nuevo Mundo*; evidentemente su elección no había debido al azar como él mismo se encargó de explicar, ya que era esta misma sinfonía la que tanto le había gustado el día del concierto. He de aclarar que, a sus tres años, Antonio es ya capaz de leer razonablemente bien, por lo que no le fue demasiado complicado buscar el disco en cuestión entre todos los de mi colección.

Las razones que nos dio para justificar su tropelía fueron tan ingenuas como sorprendentes: Primero adujo que quería liberar de su estrecho encierro a los pobrecitos músicos, los cuales según su implacable lógica infantil deberían de estar muy aburridos allí dentro dado que hacía mucho tiempo que no poníamos el disco... Pero, una vez que Isabel y yo estrechamos el cerco, acabó confesándonos que en realidad lo que quería era comprobar con sus propios ojos nuestra afirmación de que en el interior del disco no había efectivamente ningún músico.

Hasta aquí todo habría podido quedar en una simple travesura infantil, y de hecho así lo entendimos en ese momento... Pero cual no sería mi sorpresa cuando al día siguiente leía en el periódico que un avión se había estrellado en el norte de Francia pereciendo la totalidad de sus ocupantes. Nada de particular hubiera tenido este lamentable accidente de no haberse dado un hecho de singular relevancia que le había hecho saltar a los titulares de todos los medios de comunicación: Entre las víctimas se contaban los miembros de una de las más famosas orquestas sinfónicas alemanas, la cual se dirigía a París en el avión siniestrado con objeto de ofrecer un concierto extraordinario cuyo plato fuerte debería haber sido, precisamente, la *Sinfonía del Nuevo Mundo*.

Sintiendo cómo un extraño escalofrío me recorría la espina dorsal, volví rápidamente a casa (era domingo) comprobando que no me había equivocado en mis sospechas: El disco que mi hijo había roto la víspera era una reciente grabación de esta misma orquesta... Y lo más sorprendente del caso era que ambos acontecimientos, la rotura del disco y el accidente aéreo, habían tenido lugar exactamente a la misma hora con una precisión que, según pude calcular, llegaba hasta el minuto.

¿Casualidad? Eso mismo pensé yo en un principio, pero lo más increíble estaba aún por llegar. Varios días después, leyendo una información complementaria del accidente, tropecé con el comentario de un periodista acerca del presunto maleficio que parecía haber sacudido a la desaparecida orquesta: Tres profesores de la misma que, por distintas razones, no habían podido acompañarla en el viaje fatal, habían fallecido asimismo de forma prácticamente simultánea al accidente, dos víctimas de un accidente de circulación y el tercero a causa de un fulminante infarto.

¿Qué quieren ustedes que les diga? Después de todo lo ocurrido, tanto mi como yo comenzamos a temer que hayamos engendrado a un monstruo, a uno de los primeros integrantes de una nueva raza destinada a dominar el mundo frente a la cual nosotros, simples humanos, no tengamos otro futuro que la simple extinción. Sí, sé que parece

absurdo, ya que no ignoro que todos los días se rompen infinidad de discos, libros y objetos de toda clase sin que nada en absoluto les suceda a los intérpretes o a los autores; pero conviene no olvidar que muchas cosas que en su día fueron consideradas asimismo absurdas se mostraron con el tiempo susceptibles de ser explicadas de una manera lógica... Y es que, a pesar de todo, desde entonces tenemos miedo por más que Antonio continúe comportándose como un niño completamente normal.

Pero Antonio crecerá, y no sabemos cómo podrá esto afectar a sus presuntos poderes. De momento, y a modo de precaución, le hemos prohibido terminantemente romper cualquier objeto por insignificante que éste sea; y por lo que pudiera ocurrir, hemos optado por poner fuera de su alcance cualquier tipo de retrato, incluyendo, claro está, también a los nuestros. El tiempo, en definitiva, será quien nos diga si nuestros temores han sido infundados.

LA VENGANZA DE BEETHOVEN

Todo comenzó, al menos en lo que a mí respecta, aquel día en que aburrido decidí oír de nuevo la novena sinfonía de Beethoven; hacía bastante tiempo que no la escuchaba, y realmente me apetecía hacerlo. Cogí, pues, el disco compacto y lo coloqué en el reproductor; y cual no sería mi sorpresa, cuando comprobé que por los altavoces no salía el menor sonido.

Como es natural mi primera reacción fue la de comprobar que los mandos del amplificador estuvieran en la posición correcta; a veces pienso que sería necesario seguir un cursillo de manejo de tan complicados aparatos... Pero los mandos estaban en la posición correcta, o al menos así me lo pareció a mí; sin embargo, la persistente ausencia de sonidos me hizo dudar de lo que parecía evidente.

Manipulé, no obstante, los mandos sin obtener el menor resultado; sin duda algo debía estar averiado. Pero cuando puse otro disco distinto, éste funcionó con toda normalidad; lo mismo ocurrió con la radio, el tocadiscos y el reproductor de cintas.

El fallo debía de estar, pues, en el propio disco; pero no alcanzaba a entender la naturaleza del mismo: los discos compactos se podían deteriorar, por supuesto, pero nunca había oído hablar de uno que se borrara... Y sin embargo, al menos aparentemente era esto lo que había ocurrido. Lo miré al trasluz, en una reacción tan refleja como inútil, para comprobar que su aspecto era de lo más normal... Pero cuando volví a ponerlo, siguió empeñado en no funcionar.

Irritado apagué el aparato y, disco en ristre, me dirigí hacia la casa de Luis, un amigo mío que, además, era mi vecino. Él tenía un equipo de música similar al mío, y con él podría comprobar si, efectivamente, era mi disco el que por una u otra razón estaba deteriorado.

-¿Y dices que no se oye nada en absoluto? -se extrañó mi amigo cuando, entre sorbo y sorbo de cerveza, le expliqué lo que ocurría.

-Así es... Por extraño que parezca. -respondí- Si fuera una cinta, diría que se había borrado, o que estaba sin grabar; pero es un disco, ¡maldita sea!

-Déjame que vea... Parece estar bien. -masculló- Vamos a probarlo. Puede que la culpa la tenga tu equipo; a veces los reproductores no leen un disco aunque funcionen perfectamente con el resto.

Iba a responderle que ese disco había funcionado siempre sin problemas; pero ya lo había introducido en la bandeja, por lo que me limité a esperar sin decir nada.

El tiempo pasó sin que se iniciaran los acordes de la sinfonía, a pesar de que la espera fue más que suficiente para ello. Intrigado, Luis optó por cambiar de pista saltando hasta la mitad del disco; mas el aparato persistió obstinadamente en su mutismo.

A pesar de todo Luis no daba su brazo a torcer; paró el reproductor, sacó el disco y lo volvió a meter seleccionando una por una todas las pistas sin conseguir el menor resultado.

-Pues ya lo ves... No funciona. -Se rindió al cabo.

-¿Dónde tienes tu novena sinfonía? -le espeté, asaltado de repente por una insólita idea.

-Allí está, donde todos los discos; ¿pero qué pretendes hacer?

-Es una corazonada. -respondí escuetamente mientras buscaba el disco.

-Bien, no te voy a privar del gusto, pero no creo que sirva para nada. -respondió adivinando mi intención.

Sin prestar atención a sus palabras coloqué el disco en la bandeja y seleccioné el *Himno a la Alegría*; y, por insólito que parezca, tampoco en esta ocasión pudimos oír la conocida melodía de Beethoven.

-No puede ser... -farfulló Luis- ¡Si ayer mismo estuve oyendo este disco!

-Pues ya lo ves; -sonreí débilmente- ahora no se oye ni una sola nota.

Pero mi amigo se encontraba ya rebuscando en el interior de un cajón; era evidente que había logrado que se interesara por el tema.

-¡Aquí está! -exclamó al fin con satisfacción.

-¿Qué es lo que has estado buscando? -pregunté.

-Esta cinta. -me respondió al tiempo que me la mostraba- Es una grabación bastante antigua de la novena sinfonía de Beethoven; la tenía arrinconada desde que compré el disco, y casi me había olvidado de ella. Ya verás como ésta si funciona.

-Esperémoslo. -exclamé dubitativo, sin saber exactamente por qué.

Pero la cinta, como ya subconscientemente había temido yo, hizo causa común con los discos. En el colmo de la desesperación Luis probó con otras grabaciones, tanto en cintas o en discos convencionales como en compactos; absolutamente todas funcionaron sin el menor problema excepto las tres consabidas versiones de la novena sinfonía de Beethoven, las dos suyas y la mía.

-¡No puede ser! -exclamó mi amigo hundido en su sillón favorito- Es la cosa más extraña que he visto desde que comencé a oír música.

-Pues ya lo ves... Es un hecho cierto. -remaché- ¿Tienes alguna otra sugerencia?

-No lo sé... ¡Espera! Podríamos ir a la tienda de música del final de la calle; el dueño es amigo mío, y nos podrá explicar que es lo que ocurre...

El dependiente no tenía la menor idea de lo que podía ocurrir; pero ofreció prestarnos un disco nuevo con objeto de que pudiéramos comprobar donde radicaba el fallo.

-Es una grabación nueva que nos acaban de traer. -nos comentó éste al tiempo que buscaba uno de los discos- Es digital, y a mí me parece muy buena.

-Pero te vamos a obligar a desprecintarlo... -objetó Luis- Luego no podrás venderlo.

-No te preocupes; lo he abierto esta misma mañana para ponerlo en el tocadiscos de la tienda; por eso estoy seguro de que funciona bien.

-¡Oh!, no creo que sea necesario que nos lo llevemos; -insistió mi amigo al tiempo que rechazaba con un ademán el disco que le ofrecía- bastará con probarlo aquí.

-Como quieras. -respondió el vendedor encogiéndose de hombros- Pero si lo que funciona mal son vuestros aparatos, dudo mucho que así podáis comprobarlo.

Pero los hechos a veces tienen la mala costumbre de ser tozudos, y al parecer este caso era uno de ellos. Con gran asombro del dueño de la tienda, y con una extraña y por supuesto totalmente fuera de lugar expresión de alivio por parte nuestra, el disco se empeñó en no funcionar; o, mejor dicho, en no emitir el menor sonido, puesto que por todo lo demás parecía estar en perfecto estado.

-No puede ser... -balbuceó el propietario- Si esta misma mañana... -continuó al tiempo que comenzaba a abrir nerviosamente una nueva caja.

Bastó con media hora escasa para que no tuviéramos otro remedio que rendirnos a la evidencia: Todas las grabaciones de la novena sinfonía de Beethoven existentes en la tienda, absolutamente todas (y eran bastantes procedentes de distintos lotes), aparecían completamente borradas... Resultando todavía más insólito el hecho de que, en todos los casos en los que existía un álbum con ésta y otras composiciones, se habían conservado perfectamente todas las demás mientras que la novena sinfonía, y sólo ésta, había desaparecido sin dejar el menor rastro.

Cuando, perplejos, regresamos Luis y yo a casa de éste, el atribulado comerciante comenzaba a llamar frenéticamente, una tras otra, a las principales casas discográficas... Nunca llegamos a saber si el pobre hombre alcanzó a recobrase del susto.

De momento ahí terminó la cosa; llegados a casa de Luis recogí mi inútil disco y, tras despedirme de él, me fui a casa. Lo que había sucedido me intrigaba sobremanera, pero no me quitaba el sueño; suponía que, a pesar de todo, debería haber una explicación racional para ello.

El tiempo se encargaría de sacarme de mi error. A la mañana siguiente, aprovechando que era sábado, me dirigí a unos grandes almacenes a comprar un nuevo disco; no solía hacerlo así ya que allí eran muy caros, pero después de lo ocurrido en aquella pequeña tienda prefería dirigirme a un establecimiento que me mereciera una mayor garantía.

Sin embargo, y para mi sorpresa, el atribulado dependiente me manifestó la imposibilidad de atender mis deseos; según me dijo, todos los discos disponibles de la novena sinfonía de Beethoven habían resultado estar defectuosos, por lo que me rogaba que aguardara algunos días hasta que les llegara una nueva partida.

Otra casualidad, me dije; yo nunca había creído en nada que no fueran las inflexibles leyes de la físicas. Cogí, pues, y me marché hacia otros grandes almacenes cercanos, encontrándome con una respuesta similar aunque ampliada: el defecto se extendía a todas las existencias de la novena de Beethoven que en estos momentos poseía la cadena en toda su red nacional.

Si a estos hechos sumamos que, camino de casa, intenté infructuosamente comprar el dichoso disco en otras dos tiendas especializadas, no tuve por menos que acabar reconociendo que, pese a todo, tan extraño suceso estaba acabando por intrigarme, y aun con toda mi buena voluntad tuve que conceder que ya iba empezando a ser mucha casualidad. Pero pese a todo, yo estaba aún muy lejos de sospechar todo el alcance del acontecimiento.

Así quedaron las cosas hasta que a la siguiente mañana, domingo, compré como siempre el periódico descubriendo en él una absurda e increíble noticia: una orquesta alemana que tenía previsto interpretar la víspera la novena sinfonía de Beethoven, se había encontrado con la desagradable sorpresa de comprobar cómo la totalidad de sus partituras habían aparecido repentinamente en blanco o, mejor dicho, con los pentagramas completamente limpios de notas. Podía haberse tratado de una broma pesada, argumentaba el periodista (aunque los alemanes jamás se permitirían bromear de esta manera), pero lo más curioso del caso era que absolutamente todos los profesores de la orquesta, incluido el propio director, se mostraron incapaces de recordar ni tan siquiera una nota a pesar de que el último ensayo lo habían ejecutado sin el menor problema el mismo viernes por la mañana.

La noticia venía recogida sin grandes alardes tipográficos en las páginas centrales que casi nadie suele leer detenidamente, y a buen seguro que me hubiera pasado desapercibida de no haber estado yo previamente sensibilizado ante este tema. Yo, la verdad, me suelo

fiar muy poco de lo que dicen los periodistas en lo que respecta a estos temas, al menos desde que oí decir en televisión (dado como una noticia seria) que se había conseguido obtener un híbrido de perro y gato... Pero esta vez todo coincidía con mi experiencia personal, y no precisamente de una manera demasiado lógica.

De repente recordé que contaba en mi biblioteca con una aceptable enciclopedia de la música y que en ella, como cabía esperar, había un amplio capítulo dedicado a Beethoven y, como no, a su novena sinfonía. Era absurdo, me repetí una y mil veces; pero cuando tomé en mis manos el tomo correspondiente, no pude evitar una extraña sensación de pánico.

Y lo impensable ocurrió. Aparentemente todo estaba en orden; la biografía del músico de Bonn, la descripción de sus obras... Pero todo, absolutamente todo lo referente a la novena sinfonía aparecía con las páginas en blanco como si jamás hubiera sido impreso; hasta un pentagrama en el que se recogía, según recordaba yo, la melodía principal del Himno a la Alegría, aparecía totalmente limpio de notas, tan virgen como lo estuviera antes de que la inspiración del genial músico le gara a la humanidad uno de los pasajes musicales más transcendentales de toda la historia de la cultura.

Afortunadamente para mi integridad mental, a partir de ese momento los hechos se aceleraron de tal manera que pude dejar de sospechar acerca de una supuesta falta de raciocinio por mi parte. Una semana después, tan sólo siete días más tarde, la desaparición de la novena sinfonía no era ya una escueta reseña perdida entre las páginas centrales de un voluminoso diario; era, para bien o para mal, noticia de primera página en la práctica totalidad de los medios de comunicación europeos y norteamericanos. La absurda, la increíble pero no por ello menos cierta noticia estaba allí: la novena sinfonía de Beethoven había desaparecido como por ensalmo del patrimonio cultural de la humanidad.

Todas las partituras, absolutamente todas, aparecían con sus pentagramas en blanco. Las grabaciones no habían corrido mejor suerte, y hasta las matrices utilizadas como primera etapa del proceso de elaboración de discos y cintas aparecían misteriosamente borradas... Hasta los libros que hablaban de una u otra manera de la novena sinfonía mostraban en blanco las hojas correspondientes a este tema.

Conforme pasaba el tiempo se fue descubriendo como este extraño e inexplicable suceso alcanzaba términos difícilmente concebibles: un anuncio de televisión que utilizaba como sintonía el tema principal del Himno a la Alegría apareció con la filmación intacta, pero sin sonido. Un fabricante de cajas de música se vio obligado a cambiarles el mecanismo musical cuando se descubrió que todas ellas se habían quedado repentinamente mudas; y hasta unas antiguas grabaciones de un aberrante *arreglo* musical que aprovechaba a una versión bastante libre -más bien libertina- del Himno a la Alegría como tema de fondo para una anodina canción de temporada, se empeñaron en olvidarse de los sonidos que tenían registrados.

Pero lo más sorprendente de todo fue el hecho constatado de que, aparentemente, ninguna persona en todo el planeta conseguía recordar ni tan siquiera unas pocas notas de tan celeberrima composición... Desde afamados directores de orquesta, que juraban y perjuraban haber conocido de memoria la totalidad de la sinfonía hasta aquel fatídico viernes, hasta los simples aficionados que se veían incapaces de tararear siquiera someramente su tema principal, absolutamente nadie era capaz de reconstruir siquiera someramente un solo compás de la citada obra.

Como puede fácilmente suponerse, nadie fue capaz de encontrar una explicación mínimamente consistente, al menos bajo los parámetros impuestos por la metodología científica... Al investigar los expertos las pruebas materiales del suceso, se encontraron frente a conclusiones cada vez más extrañas. Las cintas magnéticas, sencillamente, se habían borrado, al igual que las bandas sonoras de las películas. Aunque era bastante inverosímil esto podía técnicamente ocurrir, pero lo realmente extraño era lo que les sucedía a los discos ya fueran convencionales o compactos: estudiados bajo lentes de aumento, se pudo comprobar que, aunque conservaban los microsurcos o las perforaciones, ni los unos ni las otras portaban ya la menor información sonora. Tanto libros como partituras, sin olvidarnos de los manuscritos, se resistieron absolutamente a todos los intentos tendentes a descubrir siquiera un rastro que permitiera reconstruir, al menos parcialmente, lo que en ellos había estado escrito. A modo de remate, se descubrió que en los tambores metálicos que constituían el elemento central de las cajas de música habían desaparecido misteriosamente las perforaciones que permitían reproducir los sonidos.

Pasó el tiempo. La humanidad, dando una vez más muestras de sus singulares reacciones, encajó el hecho convirtiéndolo en una auténtica manifestación de histeria colectiva. En el mundo había en esos momentos cinco o seis guerras declaradas, una o dos docenas de conflictos internos (léase guerrillas), hambre en varios países de África y Sudamérica y una grave inundación en el subcontinente indio; pero los periódicos occidentales dedicaban su atención casi exclusivamente a lo que algún afortunado periodista había acertado en calificar como “*el síndrome de Beethoven*”.

Nuestra sociedad, conservadora al fin y al cabo, se encontraba de hecho totalmente desquiciada: eran varios los siglos de cartesianismo continuado venidos repentinamente abajo, y esto era sin duda mucho más de lo que la orgullosa civilización occidental estaba dispuesta a admitir.

Sí, siempre había habido heterodoxos... Pero habían sido engullidos sin apenas dificultades por nuestra versátil sociedad de consumo, siempre dispuesta a devorar a sus propios hijos; y, en los pocos casos en que esto no había podido ser posible, se les había dejado existir siempre y cuando en el fondo no fueran demasiado peligrosos... Sólo en casos muy contados, como ocurrió con la aberración nazi, nuestra sociedad se despojó de

su careta de seudotolerancia para combatir algo que, no obstante haber surgido en su propio seno, amenazaba realmente su existencia.

Había resultado extremadamente fácil rechazar *científicamente* fenómenos tales como los ovnis o las enigmáticas ruinas del altiplano boliviano, y se había conseguido que estupideces tales como la astrología o el espiritismo acabaran siendo tan sólo unos saneados e inofensivos negocios... Las sectas, por otro lado, eran toleradas siempre y cuando sus adeptos no incordiaran demasiado, mientras que en definitiva tanto científicos como filósofos continuaban ejerciendo, con la aquiescencia de todos, como sacerdotes de la siempre infalible Diosa Razón.

Pero ahora era todo muy distinto. Todo el mundo sabía perfectamente que Beethoven había compuesto una novena sinfonía que había resultado ser su obra maestra, y no hubo la menor dificultad a la hora de recordar cual había sido su génesis y su historia; incluso se descubrió, para alivio de los estudiosos de la literatura, que se había conservado íntegro el texto de Schiller que había sido utilizado por Beethoven en su famoso Himno a la Alegría. Sin embargo, y a pesar de todos los esfuerzos realizados, absolutamente nadie fue capaz de recordar ni un solo compás del cuarto movimiento de la citada sinfonía, aunque este fracaso pudo ser en parte paliado gracias a la reconstrucción parcial y aproximada, pero reconstrucción al fin y al cabo, que se pudo hacer, recurriendo a los dispersos recuerdos de los músicos profesionales, de los tres primeros movimientos de la citada sinfonía.

Por otro lado, si los músicos estaban desolados los científicos se encontraban literalmente al borde mismo del precipicio. Allí estaban los discos borrados, las partituras en blanco, las memorias con sus recuerdos olvidados... La propia magnitud del fenómeno invalidaba cualquier recurso fácil: En esta ocasión no se trataba de alucinaciones ni de falsificaciones, y por supuesto tampoco cabía recurrir a la manida excusa de que todo era consecuencia de una ingeniosa broma. Era bien patente que lo ocurrido había tenido lugar de una manera real, y no era menos cierta la imposibilidad científica de que hubiera sucedido así... Lo que llevaba indefectiblemente a los atribulados científicos a un callejón sin salida al cual no podían, por mucho que lo intentaran, ni eludir ni rodear.

Explicaciones las hubo, evidentemente, para todos los gustos... Aunque no fueran precisamente demasiado ortodoxas. Pero ante la total postración en que continuaban sumidos los hasta entonces sacrosantos sacerdotes de la ciencia, los oportunistas de rigor se encontraron con el terreno abonado para la divulgación de sus disparatadas teorías, teorías que no obstante eran ávidamente escuchadas por una multitud que precisaba llenar desesperadamente ese gran vacío que se había formado en nuestra aparentemente sólida sociedad, lo cual les empujaba hacia la mística al no hallar la menor respuesta en la fracasada razón.

La mayor parte de las sectas religiosas, por supuesto, encontraron rápidamente una explicación *lógica* al problema: el fin del mundo estaba muy cerca, y comenzaban ya a ser

patentes las muestras de la ira divina. Pero puesto que la mayor parte de los ciudadanos de a pie no acababan de entender muy bien la posible relación que podía tener la furia del creador con la a cumbre del bueno de Beethoven, estas teorías no alcanzaron, al fervor con que fueron difundidas, demasiada difusión; un del mundo sin plagas, epidemias ni terremotos, ni tan siquiera con alguna que otra explosión atómica, era en definitiva un fin del mundo bastante descafeinado.

Más suerte habría de correr la hipótesis postulada por los espiritistas: El alma de Beethoven, hastiada de tanta estupidez, había optado por privar a la humanidad de un bien cultural que no se merecía, su celeberrimo Himno a la Alegría. La teoría conectaba extremadamente bien con el agrio y desabrido carácter del genial músico, que pasó gran parte de su vida amargado y que, pese a contar con sobrados motivos para aborrecer a la ingrata sociedad de su tiempo que en bien poco se diferenciaba de la nuestra, por cierto, tuvo la gallardía de enriquecernos con una de las más sublimes composiciones de toda la historia de la música. Transcurridos ya más de ciento cincuenta años desde su muerte, Beethoven se habría hartado de esperar a que el hombre se volviera más juicioso. Como no había ocurrido así, y puesto que todo canto a la fraternidad universal estaba fuera de lugar por completo, el espíritu irritado del gran músico alemán habría borrado concienzudamente todo recuerdo de su obra en el seno de una sociedad que seguía sin merecérsela.

Por supuesto tal teoría fue rechazada de plano por todos los representantes de la ciencia oficial; pero resultaba tan coherente en su irracionalidad, explicaba tan bien unos sucesos de por sí inexplicables, que fue aceptada sin reparos por amplios sectores de población muchos de los cuales ni tan siquiera habían escuchado una sola vez la controvertida obra. De hecho, aun la desconcertante realidad de que hubiera desaparecido hasta el más mínimo vestigio del Himno a la Alegría sin que por ello se hubiera borrado el recuerdo de la misma (todo el mundo sabía perfectamente que la sinfonía había sido compuesta en su totalidad y era plenamente consciente de su importancia capital en la historia de la cultura), era uno de los aspectos que mejor justificaba las tesis espiritistas: Tan sólo podríamos lamentarnos de algo de cuya pérdida fuéramos plenamente conscientes, ya que no había en el mundo nadie más feliz que los ignorantes; y nunca habríamos encajado como un castigo la pérdida de una obra maestra cuyo recuerdo se hubiera perdido por completo. ¿Quién lamentaba hoy en día la pérdida del Mausoleo o la desaparición de la Biblioteca de Alejandría, salvo los estudiosos? Debíamos purgar nuestro delito, y sin duda la mejor manera de hacerlo era recordando nostálgicamente la belleza perdida.

Pero la humanidad no se resignaba. Eran legión los científicos y los músicos que se afanaban buscando algún retazo, siquiera mínimo, de la desaparecida composición, sin que esta concienzuda labor se viera premiada con el más mínimo logro. Las grabaciones seguían estando todas borradas, continuaban apareciendo partituras en blanco y ni aun la hipnosis más profunda consiguió despejar las espesas brumas que velaban los recuerdos de

todos aquéllos que en su día habían recordado hasta la última nota de la misma. El gobierno alemán, desesperado, había prometido una cuantiosa recompensa a todo aquél que pudiera aportar alguna información provechosa, por mínima que esta fuera, que permitiera recuperar total o parcialmente el recuerdo del Himno a la Alegría. Esta iniciativa había sido secundada por numerosas instituciones de todo el mundo e incluso por algunos otros gobiernos occidentales; pero el tiempo transcurría y nadie había podido cobrar ni un solo céntimo de esta astronómica cantidad a pesar de que habían sido numerosos los falsarios que habían intentado colocar mediocres y por supuesto falsas composiciones, todas ellas fácilmente descubiertas por los expertos encargados del tema.

Así estaban las cosas cuando de una manera involuntaria fui protagonista principal de tan desagradable asunto. Ocurrió en una soleada tarde de primavera en la que yo, siguiendo con mi costumbre habitual, paseaba plácidamente por las calles de la ciudad. En esa ocasión había encaminado mis pasos hacia un barrio de casitas bajas relativamente cercano a mi domicilio, barrio que me agradaba sobremanera debido a que hasta él no había llegado aún la degradación de un progreso mal entendido... Allí al menos me encontraba alejado, siquiera por unas horas, de las inhumanas colmenas en que se habían convertido la mayor parte de los barrios de la gran urbe; allí me podía permitir el ya difícil placer de pasear apaciblemente por las tranquilas calles sin oír otros sonidos que los gorjeos de los pájaros y sin notar otros olores que los perfumados efluvios procedentes de los pequeños y cuidados jardines... Éste era mi oasis particular en mitad del vasto y árido desierto de asfalto en el cual me veía obligado a vivir bien a mi pesar.

De repente llegaron a mis oídos unas notas bien distintas a los familiares trinos de los pájaros, unas notas que yo creía haber olvidado por completo... Alguna mano desconocida estaba desgranando lentamente en un piano los anhelados compases del Himno a la Alegría. Era absurdo, tan absurdo que durante un instante me quedé inmóvil escuchando extasiado aquella sublime música que ahora retornaba a mi memoria; música que, pese a haberla olvidado por completo, había identificado sin la menor vacilación.

Apenas unos segundos me bastaron para hacerme cargo de la situación: la fuente de donde surgían tan agradables sonidos era con toda seguridad una pequeña casita de aspecto modesto que se encontraba justo frente a mí, al otro lado de la calzada. Sin pensarlo dos veces crucé en dos zancadas hasta la otra acera, sorprendiéndome poco después aporreando ferozmente la puerta. Labor inútil, puesto que estaba abierta.

Entré. ¿Cómo podía dejar de hacerlo? Tras el pequeño vestíbulo se entreveía en la penumbra un estrecho y oscuro pasillo que se hundía en el interior de la casa. Y no había duda: el sonido del piano se oía cada vez más fuerte; ¡y era la novena de Beethoven! De eso no me cabía la menor duda.

Sintiendo cómo mi corazón me latía desbocado, crucé los largos y eternos metros que me separaban de mi meta abriendo con brusquedad, casi con salvajismo, la puerta de la

habitación. La música, como es natural, cesó como por ensalmo mientras el asombrado rostro del pianista se volvía hacia mí.

La situación era francamente embarazosa. Yo había penetrado en aquella casa sin permiso y de una manera realmente violenta... Pero mi grado de excitación era tal (y eso que normalmente soy una persona realmente flemática) que no me preocupé lo más mínimo por lo inusitado de mi acción.

-¡Usted... Usted tiene la novena sinfonía! -balbuceé.

-Eso parece. -sonrió con timidez el desconocido.

-¿Conoce acaso la importancia de lo que tiene entre sus manos? -continué sin dejarle hablar- Tenemos a medio mundo buscando desesperadamente el menor retazo del Himno a la Alegría y lo tiene usted aquí tan... tranquilo.

-Por supuesto que sí. -respondió con una afabilidad que resultaba extraña y por completo fuera de lugar dado lo singular de nuestra situación- Conservo esta reducción para piano desde mis tiempos de estudiante, y la he tocado cientos de veces en estos últimos años.

-¡Pero todos los registros de esta sinfonía se han borrado! Todos... -dudé- menos el suyo.

-Sí, confieso que mi caso es bastante singular. -concedió al tiempo que acariciaba lánguidamente las teclas del piano.

-¿Y está aquí tan tranquilo? -exclamé con exasperación al tiempo que me acercaba a él con ademán amenazador- Tiene en su poder la composición musical más valiosa de toda la historia de la humanidad y sólo se le ocurre responder eso... ¿Sabe cuánto dinero ofrecen como recompensa por recuperar esta sinfonía?

-¡Oh, claro que sí! -bostezó al tiempo que ponía más distancia entre él y mi amenazante figura- Pero no soy ambicioso.

-¿Que no es ambicioso? -exploté; la verdad era que no me estaba comportando de una manera demasiado educada- Tiene usted la que probablemente debe de ser la última partitura intacta de la novena sinfonía de Beethoven y está ahí tan tranquilo...

-No es la sinfonía completa; -protestó débilmente- sino tan sólo su cuarto movimiento.

-¡Y aún le parecerá poco! -su tranquilidad me exasperaba ¿No se da cuenta de que está privando a toda la humanidad de uno de sus más preciados bienes culturales?

-Escúcheme quien quiera que sea. -el fiero tono con que escupió las palabras tuvo la virtud de recordarme la poca solidez de mi posición- Esta partitura es mía, lo es desde hace muchos años, y a nadie le tengo que dar cuentas de lo que haga con ella. Además, -continuó impertérrito-. ¿no cree usted que si la humanidad ha perdido todo recuerdo del Himno a la Alegría ha sido precisamente porque se lo tenía bien merecido?

-¿No me dirá usted que cree esas patrañas propaladas por toda esa turba de charlatanes baratos? -comenzaba a sentir un sordo malestar en mi interior, pero en esta ocasión mi asombro era auténtico.

-Ni lo creo ni lo dejo de creer; me limito a considerar la posibilidad menos ilógica de entre todas las posibles.

-De todas formas, y sea cual sea la razón de lo ocurrido, usted tiene la responsabilidad ética de donar esta partitura. -insistí, esta vez más tranquilo.

-¡Eso nunca! -exclamó ferozmente al tiempo que aferraba la partitura entre sus crispadas manos-. La sociedad la perdió a causa de su mezquino proceder, y no he de ser yo quien apunte su ruin comportamiento.

-¿Acaso me va a decir que de entre todos los miembros de la especie humana es usted el único que ha merecido el favor del alma de Beethoven? -me mofé cruelmente- ¿Cómo puede ser tan engreído?

-Yo no soy engreído. -farfulló al tiempo que estrechaba aún más entre sus brazos la valiosa partitura- Pero el hecho está ahí: Yo conservo el Himno a la Alegría y los demás no.

-Y con su actitud egoísta impide que los demás podamos disfrutar de él. -había vuelto a recobrar mi aplomo- Por cierto... Yo podría arrebatársela la partitura; dudo mucho que las autoridades me castigaran por ello.

-Inténtelo; no le iba a servir de mucho. ¡Ande, tome! -se burló al tiempo que me alargaba la misma- Antes de que traspase esa puerta las notas habrán desaparecido.

-¿Es un truco? -pregunté con desconfianza.

-No. Es tan sólo una certeza. -respondió con gravedad- Salga de aquí con esta partitura en la mano y será tan inútil como todas las demás.

-Luego es cierto... -sentía como si un dogal me hubiera atenazado la garganta- Es cierto.

-Es lo más probable. -concedió el músico.

-Pero usted conserva la partitura; -insistí confundido- Alguna razón tiene que haber para ello.

-Yo no soy mejor que nadie. -sonrió con amargura- Pero creo en la fraternidad mundial y no odio a mis semejantes.

En aquel instante algo se abrió en mi interior. Miré en torno mío y ya no vi una modesta habitación con un vetusto piano como único mobiliario; ahora estaba, y de ello tenía una total certeza, en el que quizá fuera el último reducto de la esperanza en nuestro planeta. Y vi la luz, una luz que no era real y que sin embargo era más intensa que todo cuanto yo había conocido hasta entonces.

-La sinfonía volverá. -me explicó suavemente mi interlocutor- Pero no lo hará hasta que los humanos no lo merezcan.

-Pero yo... -balbuceé.

-Usted es bastante afortunado; llevo varios meses tocando este piano y hasta ahora nadie había sido capaz de reconocer la sinfonía perdida. Usted ha sido el primero; enhorabuena.

A partir de este momento mis recuerdos se tornan borrosos. Me consta que me marché sin despedirme de aquel misterioso lugar; sé que volví a mi casa y que me abandoné a mis propios pensamientos. Hoy, varios meses después, la recompensa ofrecida por el gobierno alemán continúa sin ser entregada; pero yo ya soy capaz de recordar algunos fragmentos del todavía perdido Himno a la Alegría, y sé que con el tiempo seré capaz de conocerlo por completo... Pera nunca se me ha pasado por la imaginación reclamar la recompensa; no se lo merecen... Por ahora.

EL ASCENSOR

A pesar de sus largos años de residencia en la gran urbe, José Luis Ortega no pudo evitar un fugaz estremecimiento una vez que se encontró de nuevo en la superficie tras abandonar el cálido y protector refugio que le brindaba la cercana estación de metro. Cierto que el tiempo, frío y lluvioso, contribuía a hacer desahagible ese típico día de enero en el que lo más apetecible era quedarse recluso en casa; pero lo que a José Luis le molestaba no eran las inclemencias del tiempo sino antes bien el tráfico hostil de la metrópoli colapsado aún más a causa de la persistente lluvia.

Armándose de estoicismo, José Luis cruzó la ancha avenida sorteando coches y charcos al tiempo que mascullaba alguna que otra maldición dirigida a todos aquellos a los que no parecía importarles vivir en condiciones tan degradantes. Por fin, tras aguardar de mejor o peor grado en dos semáforos que se interponían en su camino, se encontró frente a su destino: Un edificio, informe en su verticalidad, que se ubicaba en la confluencia de la gran avenida con una de las calles transversales que justo allí formaba una pequeña glorieta.

Era la primera vez que José Luis estaba allí, y ciertamente su aspecto no contribuyó demasiado a calmar su desazón: Nunca le habían gustado los rascacielos en los que la altura constituía la dimensión predominante, y a éste le calculó no menos de veinte pisos alzados sobre un solar que en comparación parecía ser inverosímilmente pequeño. En fin... tan sólo se trataba de recoger un paquete.

Como era de esperar, el portero no se encontraba en su puesto; lo que bien mirado era en realidad una ventaja, dada la probada incapacidad de estos empleados para apreciar la sutil diferencia existente entre una custodia discreta y una impertinente curiosidad. Tampoco lo necesitaba ya que sabía a que piso debía dirigirse, por lo cual se encaminó en derechura al ascensor.

Éste era uno de los llamados de seguridad, con dobles puertas metálicas exteriores e interiores completamente compactas, lo que añadió un granito más a la montaña de su ya decididamente creciente desagrado. Jamás había tenido problemas de claustrofobia, pero prefería los modelos convencionales en los que las ventanitas de las puertas daban con su mortecina luz una impresión de libertad por etapas. Era una tontería, por supuesto, pero ese cubículo tan herméticamente cerrado le inspiraba un sentimiento instintivo de rechazo al parecerle inconscientemente que se encerraba en un bruñido y aséptico ataúd dispuesto a acogerlo en su seno.

Claro está que esta pequeña e instintiva repulsión no llegaba ni mucho menos a condicionarle hasta el punto de obligarlo a renunciar a su uso; amén de que quince pisos no

eran precisamente una fruslería para una persona como él que, aunque joven, jamás había destacado por su fervor hacia la práctica deportiva. Tomó, pues, el ascensor pulsando el botón que indicaba el décimo quinto piso, a la par que observaba con satisfacción que se había equivocado en muy poco al calcular a ojo la altura del edificio: el panel indicaba hasta el décimo séptimo, amén de dos entreplantas ocupadas por oficinas comerciales y, claro está, el bajo, junto con un par de sótanos que supuso estarían destinados a aparcamientos.

Mientras divagaba distraído, las puertas se cerraron al tiempo que su estómago comenzaba a sentir el ligero tirón de la inercia que indicaba el arranque del aparato. De forma instintiva fijó la mirada en el contador digital encargado de señalar el piso en el que el ascensor se encontraba en cada momento, pero descubrió que éste tenía varios diodos fundidos, por lo que su lectura se revelaba inútil. Al fin el ascensor se detuvo, o al menos así le pareció; en el panel luminoso la casilla de las decenas se encontraba apagada mientras la de las unidades mostraba una forma ilegible creada por la superposición de varios dígitos encendidos a la vez. Por el tiempo transcurrido supuso que ya habría llegado, pero las puertas no se abrieron.

José Luis no era una de esas personas que se amilanan ante el menor inconveniente, y hacía falta bastante más que un ascensor recalcitrante para conseguir ponerle nervioso. Momentáneamente desconcertado, tal como ocurre siempre que tiene lugar un pequeño fallo que trastorna el funcionamiento de la omnipresente tecnología actual, intentó pulsar el botón que abría las puertas.

La casualidad quiso que no llegara a alcanzar su propósito. Alguien llamó al ascensor desde alguno de los pisos inferiores, y éste comenzó a descender al tiempo que el borroso contador se ponía de nuevo en movimiento, esta vez en sentido inverso. José Luis tardó algún tiempo en reaccionar, pero a la altura del piso noveno (¿o era el octavo?) presionó el botón de parada para, a continuación, hacer lo mismo con el de la apertura de las puertas. El ascensor se detuvo fiel a su mandato, pero no se abrió; probablemente se había quedado detenido entre dos pisos, lo que bloqueaba el sistema automático.

Algunos segundos después éste reiniciaba el movimiento descendente; en esta ocasión tan sólo tardó un piso en volver a detenerlo, pero tampoco consiguió que se abrieran las puertas. Al tercer intento renunció a triunfar en la incruenta pugna mantenida con su desconocido adversario; sin ningún punto de referencia, le resultaba difícil hacer coincidir la detención del ascensor con el nivel de una cualquiera de las puertas exteriores.

A la altura de las entreplantas se reprochó no habersele ocurrido algo tan sencillo como retornar al piso décimo quinto en vez de intentar abrir las puertas en una planta intermedia; algo que ya no merecía la pena intentar estando como estaba prácticamente en la planta baja.

Allí aguardaban dos señores de mediana edad con aspecto de ejecutivos de empresa, y ambos se apartaron educadamente para dejarle salir. Balbuceando una rápida explicación sobre el fallo del ascensor, José Luis les invitó a entrar reafirmando su intención de subir de nuevo.

El primero de sus compañeros de viaje se apeó en la segunda de las entreplantas, mientras su acompañante lo hizo en el piso séptimo después de haberle comentado la facilidad con la que se averiaba ese ascensor. Por un momento estuvo tentado José Luis de imitarlo subiendo a pie el resto del camino; pero ocho pisos eran demasiados pisos, por lo que optó por seguir en su metálico encierro, esta vez en solitario.

El ascensor cerró silenciosamente sus puertas arrancando obediente en dirección al destino marcado, deteniéndose al llegar al lugar señalado por la nada y el chafarrinón en el panel indicador de los pisos. Y, como ya comenzaba a temer, tampoco en esta ocasión abrió sus puertas ni por propia iniciativa ni obedeciendo al mandato del botón correspondiente pulsado ahora casi frenéticamente por el cada vez mas irritado José Luis.

Podía tratarse de un falso contacto que inutilizara momentáneamente la puerta de este piso; de hecho, y además de en el bajo, sabía que funcionaban las puertas de al menos otros dos pisos. No obstante, ambas se encontraban demasiado lejos y, lo que era peor, bastante más abajo; por ello, y tras un rápido titubeo, José Luis presionó el botón correspondiente al piso superior.

La situación comenzaba a pasarse de castaño oscuro. La puerta del décimo sexto piso también se negó a abrirse al igual que lo hiciera su compañera. Es raro, pensó José Luis ya francamente nervioso; pero la lógica le impedía formular cualquier pensamiento que no culpara de todo una inoportuna cadena de fallos mecánicos. Al fin y al cabo, le bastaba con bajar, en el peor de los casos, hasta el séptimo piso.

No le dio tiempo a hacerlo. Reclamado de nuevo el ascensor desde la planta baja, éste inició el descenso con suavidad dejándole con el índice a menos de un centímetro del botón. Esta vez no se molestó lo mas mínimo en detenerlo; bien mirado, lo mejor sería bajar hasta el vestíbulo y preguntar al portero la manera de llegar hasta el piso de marras.

Se había equivocado. El ascensor se detuvo en la primera entreplanta llamado por una señora gorda -por decirlo sin tapujos llamativamente obesa- embutida en un aparatoso abrigo de malas pieles que contribuía a aumentar todavía más la sensación de agobio que emanaba de su rolliza persona. Completaban su atavío un maquillaje chillón que le daba a su rostro un aspecto de máscara, un perfume barato de olor penetrante y un pequeño chucho de mirada asustada que parecía ser aún mas minúsculo al lado de su oronda propietaria.

Fueron tan sólo unos segundos los que invirtió José Luis en estudiar a la inoportuna matrona, lapso de tiempo más que suficiente para que ésta le bloqueara el camino hacia la libertad, colándose en el habitáculo con una agilidad insospechada en alguien de su envergadura, arrinconándolo contra el fondo de la cabina, mientras el pobre chucho, tironeado ferozmente por su dueña, se acurrucaba en una esquina al tiempo que le contemplaba con ojos lastimeros.

-¡Huy, perdone! -exclamó poco convincentemente la arpía al tiempo que aplastaba el pulsador del sexto piso con su rechoncho dedo- A lo mejor había querido usted bajar a la calle...

-Da igual, señora, ya lo haré luego. -masculló resignado José Luis al tiempo que la asesinaba mentalmente- No tengo prisa.

Prisa, en efecto, no tenía; pero ganas de salir de allí sí, y todavía más de perder de vista al monstruo aquél que le robaba el aliento mareándole con los efluvios de su repelente perfume, al tiempo que le atontaba con una insustancial cháchara acerca de los peligros de los ascensores.

Para su fortuna el viaje fue corto. Una vez que el mamotreto hubo salido y, tras él y casi a rastras el infeliz perrillo, José Luis pudo respirar de nuevo, y no sólo metafóricamente. Estaba en el sexto piso, según pudo comprobar; ¿valdría la pena intentarlo de nuevo? Aparentemente al menos hasta el octavo las puertas parecían abrirse correctamente, y quizá los pisos comprendidos entre el noveno y el décimo cuarto también estuvieran accesibles, pero eso era algo que sólo podría comprobar intentándolo de uno en uno; lo cual, visto lo mal que funcionaba el dichoso ascensor, no le apetecía lo más mínimo.

Otra opción era bajarse allí mismo para subir por la escalera los nueve pisos restantes, algo que tampoco le atraía demasiado no sólo porque se vería obligado a seguir el rastro oloroso dejado por la gorda, sino también porque no se encontraba de humor para realizar ese ejercicio físico.

No mucho más agradable se le antojaba descender a pie las ocho plantas -contando las dos entreplantas- que le separaban del portal; pero puesto que aparentemente las puertas de salida del ascensor no habían ofrecido allí ningún problema, podría intentar bajar en el propio ascensor; una vez en el vestíbulo principal, sería cuestión de intentarlo en el otro ascensor, esperando que fuera más de fiar que el cacharro de su compañero. Así pues, se reafirmó en su frustrada decisión inicial pulsando con firmeza el botón marcado con el número cero.

Al menos en esto el ascensor obedeció con docilidad; cerradas de nuevo las puertas, el contador comenzó a desgranar lentamente los pisos que le faltaban para llegar a su destino:

seis, el manchón del cinco, cuatro, tres, apagado para el dos, uno, apagado de nuevo para las dos entreplantas, carentes al parecer de dígitos identificadores... el intervalo de tiempo comprendido en el paso por ambas entreplantas era breve, apenas unos segundos, pero a José Luis comenzó a antojársele eterno. La aprensión, sin duda, se dijo para sí mismo.

No obstante, por muy subjetivo que pudiera parecerle, lo cierto era que el cero seguía sin aparecer en la pantalla de cristal líquido, a pesar de que este número sí se había encendido en las anteriores ocasiones.

Miró el reloj: las diez y treinta y nueve minutos con diecisiete segundos. Aguardó y volvió a mirar: las diez y treinta y nueve con cuarenta segundos. Aguardó una vez más: las diez y cuarenta con cuatro segundos. Las puertas seguían cerradas, y el indicador apagado.

No podía ser. Tendría que haber llegado ya... ¿O acaso se habría detenido entre dos pisos? Desde luego José Luis no notaba ahora sensación alguna de pérdida de peso; el maldito vaivén a que había estado sometido, unido al azoramiento que por momentos sentía, habían embotado completamente su sentido del equilibrio.

Pulsó el botón que abría las puertas. No ocurrió nada. Pulsó el botón de la segunda entreplanta. Tampoco. El del séptimo, el del décimo quinto, todos a la vez... el ascensor se había convertido en un objeto inerte insensible por completo a su nervioso aporreo. El timbre de alarma estaba aparentemente mudo, aunque podía ocurrir que no sonara en la cabina del ascensor pero sí en la portería.

Estuvo dos minutos ininterrumpidos apretando el timbre de alarma. Aguardó otros cinco -¿o habían sido seis?- y volvió a insistir de nuevo. ¿Cómo era posible que nadie se enterara de que él estaba atrapado? El edificio estaba lleno de oficinas, y el trasiego de personas era continuo.

Despechado, recordó que los ascensores eran dos. Esto complicaba las cosas, pero no impedía su rescate. Tenían que darse cuenta, tarde o temprano, de que uno de los ascensores no funcionaba. El portero... ¿Dónde diablos se habría metido el portero? ¿Por qué no funcionaba tampoco la línea telefónica de emergencia?

Las once y catorce.

Llevaba alrededor de media hora encerrado. Le dolían los puños de aporrear inútilmente el metal, y comenzaba a escocerle la garganta por los gritos que había dado. Sentía calor, cada vez más calor. Se quitó el abrigo y se desabrochó la chaqueta. También aflojó el dogal de la corbata y soltó el botón que cerraba el cuello de la camisa. Se enjugó la frente con el dorso de la mano descubriendo que tenía ésta empapada de sudor frío, frío como la misma muerte. Dio una patada a una de las puertas. Esfuerzo inútil; tan sólo consiguió lastimarse el pie.

Las doce y cincuenta y dos. En mangas de camisa y sentado en el suelo José Luis Ortega meditaba lúgubrementemente sobre lo absurdo que a veces se mostraba el destino. Hacía como media hora había encontrado en uno de sus bolsillos un rollo de cinta adhesiva; ahora el botón de alarma estaba sujeto con la cinta y teóricamente debería estar sonando de forma insistente e ininterrumpida...

Las tres de la madrugada.

¿Es que nunca se iba a acabar este suplicio? El ascensor era algo muerto, inhóspito y frío como un ataúd. Una ominosa luz brillaba imposible en el techo a través de un panel traslúcido. Su blanco fulgor, duro como un cuchillo, le producía la sensación de estar prisionero no en un prosaico ascensor, sino en un sofisticado y tecnológico infierno. El hambre, y lo que era peor la sed, comenzaban a atenazarlo. La excitación inicial había cedido paso a la abulia, prólogo a su vez de la desesperación.

Habían pasado tres días según su reloj. ¿Tres días ya? Era imposible; nunca podría haber estado cerrado el ascensor durante tanto tiempo sin que alguien hubiera decidido investigar. No, no podía haber pasado tanto tiempo... Aunque su barba de varios días, el rincón maloliente que había convertido en forzosamente excusado y, sobre todo, la debilidad creciente producida por un hambre y una sed en constante aumento, se encargaban de convencerle de lo real de su disparatada situación.

Y la puerta no se abría... Junto a él yacían los restos de sus gafas, inútil palanca con la que había intentado puerilmente forzar a su cruel carcelero sin más resultado que el destrozo de su improvisada herramienta.

Abrumado por su insólita pero a la vez completamente tangible situación, José Luis Ortega contempló con ojos mortecinos el arrugado pingajo en que se había convertido su corbata de seda, péndulo burlón que colgaba flácido de su cuello. Por un momento pensó dar un uso digno a tan inútil prenda, ahorcándose con ella como manera rápida de acabar con sus sufrimientos; pero acabó desechando esta solución a causa, tanto de la inexistencia de saliente alguno que pudiera utilizar como soporte, como por su instinto de supervivencia que, aunque debilitado y adormecido, le gritaba aún alentándolo a resistir mientras pudiera. Aunque remotas, todavía alentaba algunas esperanzas de que tarde o temprano vinieran a rescatarlo.

¿Cuánto tiempo había pasado ya? Lo ignoraba. Sin fuerzas siquiera para alzar el brazo y mirar el reloj, José Luis Ortega se moría de inanición. En el delirio final sumamente calenturienta había creído atisbar sombras fantasmales que entraban y salían de su prisión, burlándose de sus desesperados e inútiles esfuerzos por seguirlos a través de las férreas mamparas que le separaban de la libertad. Ya no imaginaba, ya no veía nada que no fuera un círculo luminoso que se iba estrechando poco a poco...

* * *

Encontraron lo que quedaba de él a la mañana siguiente: un puñado de piel y huesos cubierto por un manojo de ropas caídos en un rincón del piso del ascensor. El macabro hallazgo movilizó rápidamente a policías y jueces que, a su vez, requirieron la ayuda de los forenses para tratar de desentrañar tan insólito caso.

En un primer momento se pensó que el misterioso cadáver pudiera haber sido trasladado al ascensor desde algún otro lugar de dentro o fuera del edificio, pero un rastreo minucioso no dio el menor resultado acerca de ese hipotético lugar. Su identificación fue inmediata gracias al carnet de identidad hallado entre las ropas, confirmándose que se trataba efectivamente de José Luis Ortega gracias al estudio de su dentadura y al análisis del ADN. También determinaron los forenses que la muerte se había producido aparentemente por causas naturales, según todos los indicios por inanición; un estudio detallado de los restos no había hallado el menor signo de violencia ni de sustancias venenosas que pudieran haber provocado el trágico desenlace.

Todas las piezas encajaban a la perfección a excepción de un detalle: José Luis Ortega había sido visto con vida apenas veinticuatro horas antes de que se descubriera su cadáver, lo que entraba en contradicción con la rotunda afirmación de los forenses de que el cadáver había sufrido una putrefacción natural que había durado, como mínimo, varios años.

Se sabía por varios testigos -los ejecutivos y la señora del perrito- que José Luis Ortega había utilizado el elevador aproximadamente entre las diez y las once de la mañana de la víspera. En su oficina informaron que había ido a recoger un paquete a una delegación técnica situada en el piso décimo quinto del edificio; a la cual nunca llegó tal como informaron los responsables de la misma.

El portero del edificio explicó que no había visto subir a ese señor, y eso que sólo había faltado cinco minutos durante los cuales había ido a tomar café a un bar cercano; bueno, puede que hubieran sido diez, pero en cualquier caso habían sido muchas las personas que habían utilizado el ascensor durante todo el día, tanto antes como después de la presunta hora de su muerte, sin que nadie viera nada extraño y sin que en ningún momento saltara la alarma. Además, aprovechando que todavía no estaban abiertas las oficinas él mismo había limpiado ambos ascensores apenas un par de horas antes de que fuera descubierto el cadáver, sin encontrar nada fuera de lo normal en ninguno de ellos. Por su parte, los empleados de la empresa de emergencias con la que estaba conectado el ascensor por línea telefónica corroboraron la afirmación del portero de que en todo el día nadie había solicitado ayuda desde el interior del mismo, y una revisión del mecanismo demostró que éste funcionaba perfectamente.

Se trataba, pues, de un problema en apariencia irresoluble. Durante algún tiempo los medios de comunicación serios se interesaron por el tema, mientras los sensacionalistas

hicieron su agosto explotando el fácil filón de la noticia hasta extremos tan exagerados como inverosímiles. Por su parte la policía, completamente desconcertada, acabaría por archivar el caso dictaminándolo como muerte natural.

Varios meses después de aquel frío y lluvioso mes de enero nadie, o casi nadie, se acordaba ya del “*Extraño caso del muerto del ascensor*”, como fuera bautizado por algún periodista avisado. Un año más tarde un programa de televisión especializado en parapsicología y temas afines publicó la teoría de un profesor extranjero de apellido impronunciable, según la cual existiría un conjunto de universos paralelos yuxtapuestos al nuestro pero mutuamente aislados entre sí; tan sólo de forma accidental se producirían entre ellos breves y discontinuos contactos, durante los cuales podría haber fugaces intercambios de materia y energía antes de volver a la situación original de aislamiento total. Especulaba también el autor con la posibilidad de que cada universo tuviera una frecuencia temporal diferente, lo que conduciría a paradojas cronológicas que darían así sentido real a la conocida frase de la Biblia que afirmaba que para Dios un día era como mil años.

Como es natural nadie prestó demasiada atención a esta teoría a excepción de los seguidores incondicionales del programa. Pero durante algún tiempo, fueron bastantes las personas que afirmaron haber visto en aquel mismo lugar al popularmente llamado *fantasma del ascensor*; un joven pálido y de aspecto demacrado que alzaba hacia ellos sus manos crispadas, implorando una ayuda que nunca llegaría, antes de desvanecerse en la nada...

LA MANSIÓN DE LOS UMBRALES INFINITOS

Desde hacía bastantes años, a Juan Mondéjar le gustaba dar largos paseos por el casco viejo. Amante de la historia en igual medida que aborrecía las grandes y asépticas metrópolis, Juan se encontraba a sus anchas dedicando horas y horas a recorrer las estrechas y olvidadas callejas que conformaban el corazón histórico de la ciudad, hoy prácticamente abandonado en beneficio de las nuevas torres de pisos en las que la gente, más que vivir, vegetaba enjaulada en una prisión de hormigón y asfalto.

A través de esta rutina motivada principalmente por la nostalgia, Juan había llegado a conocer hasta la última piedra de los decrepitos edificios que, víctimas de la desidia municipal, iban derrumbándose poco a poco hasta convertirse en informes montones de ruinas dominio de ratas y gatos callejeros. Pero Juan imaginaba a estos despojos en su prístino estado, cuando los arruinados blasones heráldicos pregonaban con orgullo el poderío de sus propietarios, y en los palacios se celebraban festejos y conmemoraciones. Y a su manera, Juan conseguía ser fugazmente feliz.

Aquella tarde de verano Juan se encontraba de bastante mal humor. El sol apretaba de lo lindo y su vivienda, un ático, no era precisamente el lugar más adecuado para soportar las tórridas horas del mediodía. Huido en busca del frescor de la calle, no había conseguido tampoco una mejora apreciable en su búsqueda de temperaturas más benignas; la ciudad entera era un auténtico horno y en las calles no se veía un alma capaz de afrontar un bochorno que parecía capaz de derretir hasta las propias piedras.

De manera impremeditada, Juan acabó encontrándose en el casco antiguo. No es que éste fuera sensiblemente más fresco que los barrios del ensanche, pero al menos las retorcidas callejuelas creaban pequeños rincones de sombra que contribuían en algo a paliar la sensación de asfixia. Amén de que Juan sabía que, hiciera lo que hiciera, sus pasos vendrían a acabar necesariamente en esta zona.

Doblando la esquina de un callejón, penetró por fin en una de las calles principales del barrio, una vía relativamente ancha que en siglos pasados debió de estar constelada de recios palacios a la sazón desmoronados o en estado de ruina inminente. De hecho, la mayor parte de las fincas sólo mantenían en pie los muros que hacían el oficio de tapias con puertas y ventanas cegadas que ocultaban los respectivos solares sepultados bajo informes montones de escombros.

Hacia la mitad de la calle se detuvo imbuido por la íntima sensación de que algo no andaba bien. Desconcertado, miró hacia uno y otro lado sin encontrar qué era lo que había lanzado la señal de alarma. Por fin, y cuando ya comenzaba a irritarse, descubrió algo que,

efectivamente, no acababa de encajar: en el otro extremo de la acera se alzaba un majestuoso edificio justo en el lugar que debería corresponder a un desvencijado y ruinoso solar apenas defendido por los últimos vestigios de lo que fuera en su día la fachada principal del edificio.

Recorriendo los apenas veinte metros que le separaban de éste, repasó sus recuerdos en un intento de conciliarlos con lo que veían sus ojos. Todo en vano, puesto que su memoria se empeñaba en mostrarse completamente disconforme con la tangible realidad que se alzaba ante él.

No cabía la menor duda; allí debería de haber se encontrado un muro destrozado y un árbol de regular porte alzando sus ramas por encima de lo que en tiempos fuera el alero. Recordaba, incluso, que una de las esquinas presentaba un antiguo derrumbamiento, groseramente reparado con ladrillo moderno, que contrastaba fuertemente con la obra de fábrica original.

Y sin embargo, burlándose de todos sus razonamientos lógicos, se encontraba con un recio caserón libre por completo de la menor muestra de deterioro o abandono, con el blasón heráldico campeando orgulloso en lo alto de la fachada y unas gárgolas de infernales figuras rematando el negro alero. Lo primero que pensó fue que se había equivocado de lugar; pero una rápida inspección del entorno más inmediato le convenció de que el sitio era el correcto. ¿Habrían reconstruido el edificio? Ciertamente ésta no era una suposición disparatada, pero tampoco se podía mantener en pie: apenas hacía un par de semanas que había pasado por allí sin ver el menor indicio de obras. Además, si bien el caserón daba muestras de estar habitado, conservaba al mismo tiempo una pátina de antigüedad que sólo podía haberle dado el paso de los siglos.

Cada vez más intrigado, Juan se acercó hasta el umbral, protegido por un recio portalón de madera claveteada que parecía estar en un excelente estado de conservación pese a tener todo el aspecto de ser bastante antiguo. Él sólo recordaba aquí un burdo tabi que de ladrillos tapando todo el hueco de la puerta.

Instintivamente empujó con suavidad una de las hojas y, para su sorpresa, ésta se entreabrió girando sobre sus goznes sin emitir el menor ruido. Desconcertado como un niño sorprendido en mitad de una travesura, Juan detuvo el movimiento de su brazo renunciando momentáneamente a abrir la puerta; pero el silencio absoluto que siguió a su acción y el soplo de aire fresco que, proveniente del interior del edificio, incidió sobre su rostro, le animaron al fin a dar rienda suelta a su curiosidad.

Estaba decidido. Abriendo la puerta apenas lo suficiente como para introducir la cabeza, miró en el interior del zaguán sin ver apenas otra cosa que una densa oscuridad velada por el deslumbramiento de la fuerte luz exterior. Pero si su vista se encontraba

momentáneamente cegada, no ocurría lo mismo con el resto de sus sentidos, todos alerta a lo que ocurría en el recinto en el que ahora resueltamente penetró.

Pasados algunos segundos, su vista, ahora ya adaptada, le confirmó lo que le habían anticipado su tacto y su olfato. Se encontraba en el interior de un amplio zaguán desnudo por completo de muebles y huérfano, al parecer, de cualquier forma de iluminación artificial. El ambiente era fresco y agradable, tal y como ocurre en los edificios antiguos, aunque al mismo tiempo parecía privado de las poco agradables sensaciones olfativas de las que suelen ir acompañados después de llevar algún tiempo abandonados. Evidentemente, el edificio debía de tener ocupantes, pero nadie se presentó en el zaguán para averiguar la identidad del visitante.

Bien, ya estaba dentro. Pero ahora, ¿qué? Una casa de tamaño empaque debía tener seguramente un patio porticado que, con toda probabilidad, se abriría al zaguán. La curiosidad volvía a picar de nuevo a Juan: ¿por qué no continuar con la investigación? Le entusiasaban los patios de las casas antiguas, y si salían a su encuentro los moradores de la vivienda, basta ría con pedirles disculpas. Probablemente esto los ablandaría, y si no, con volverse a disculpar y marcharse por donde había venido sería suficiente.

Abrió, pues, la puerta interior del zaguán, encontrándose como ya esperaba en un recoleto patio. Acomodada de nuevo su vista a la fuerte luminosidad, pudo comprobar que las crujías estaban sostenidas no por columnas sino por zapatas de madera complementadas con unos pies derechos del mismo material, todo ello soportando las cuidadas barandillas del piso superior. En el centro del patio, esmeradamente empedrado, se alzaba el brocal de un pozo.

Admirado por este nuevo hallazgo de la geografía interior de la ciudad, Juan se dirigió hacia el pozo, vivamente interesado por los relieves en piedra que resaltaban en el brocal. Se trataba de una representación mitológica de difícil identificación, con una serie de extraños seres presuntamente diabólicos orlando toda su la longitud. Después de haberle dado un par de vueltas, se irguió dirigiendo su mirada hacia el lugar por el que había entrado; al fin y al cabo, no sería educado continuar fisgando en una casa que no era la suya, y más cuando continua ba sin aparecer nadie.

Por un momento se sintió desconcertado. Las cuatro alas del patio eran exactamente iguales, y todas ellas contaban con una puerta entreabierta. El pozo, por estar justo en el centro, tampoco servía para identificar cuál de las cuatro entradas era la que conducía al zaguán y de allí a la calle. Bien, se dijo, en el peor de los casos sólo tendría que mirar en las cuatro puertas y, si encontraba a alguien en alguna de las estancias, siempre podría preguntarle el camino hacia la calle.

La primera de las puertas daba a una habitación completamente oscura. Puesto que el zaguán estaba levemente iluminado por la luz procedente de la puerta de entrada, Juan la

desechó sin necesidad de penetrar en ella. La segunda, situada a su derecha, sí mostraba una cierta penumbra incapaz de reflejar los detalles de su interior, pero suficiente para mostrar la existencia de una segunda puerta por la que entraba algo de luz.

Juan optó por ésta y, cruzando velozmente lo que supuso era el zaguán, atravesó con rapidez la segunda puerta, esperando verse en la calle. Para su sorpresa, se encontró en un segundo patio, esta vez sin columnas, con cuatro cipreses jalonando las cuatro esquinas... y con cuatro puertas idénticas, cada una de ellas en mitad de su correspondiente fachada.

Bien, sin duda debía de tratarse del patio trasero de la casa. Sólo tenía que desandar lo andado hasta llegar al primer patio y, una vez allí, tomar la puerta situada justo enfrente de la que equivocadamente había cruzado. Se dio la vuelta, pues, y se encontró mirando de frente a uno de los cipreses.

Vaya, al parecer por culpa del nerviosismo se había desviado ligeramente, de manera que, en vez de estar ahora frente a la puerta por la que había entrado, se encontraba ahora con dos, a su derecha y a su izquierda. La cosa, ciertamente, se complicaba de una manera absurda, pero al fin y al cabo no era nada grave. Si no era una puerta, sin duda sería la otra. No había más posibilidades.

Probó suerte con la de la derecha para comprobar que se había equivocado de nuevo. Se encontraba ahora en un pequeño vestíbulo, de no más de tres o cuatro metros de lado, con las consabidas cuatro puertas en sus cuatro idénticas paredes. Maldiciendo el sentido geométrico del arquitecto, Juan se dio la vuelta traspasando de nuevo el umbral de la puerta que le había traído aquí. Ahora sí que no había el menor atisbo de duda; debía de volver a estar en el patio de los cipreses.

Patio sí era, pero los cipreses brillaban por su ausencia. En su lugar, cuatro frondosos setos de rosales aportaban una nota de color, mientras en el centro una fuente de piedra lanzaba al cielo un rumoroso chorro de agua. Y, como cabía esperar, había otra vez cuatro puertas.

Al llegar a este punto, Juan no tuvo más remedio que confesarse que se hallaba completamente perdido. Él hubiera jurado que en el vestíbulo no se había equivocado de puerta y había salido por la misma por la que entró; pero la terquedad de los hechos le demostraba que, lejos de desandar lo andado, cada vez se internaba más en el interior de la casa.

Correspondía, pues, cambiar de estrategia; en lugar de buscar por sí mismo la escurridiza salida, sería más conveniente pedir a alguno de los habitantes de la casa que le indicase el acceso a la calle. Ciertamente, no había visto todavía un alma viviente desde que tuviera la malhadada idea de mirar en el zaguán, pero alguien tenía que haber; la casa

se veía bien cuidada, y los rosales que tenía ante sus ojos habían sido podados con esmero hacía muy poco tiempo.

Sin molestarse, pues, en intentar encontrar la puerta por la que había entrado, optó resueltamente por la de la izquierda, que le introdujo en un largo pasillo aceptablemente iluminado por unos altos ventanales de vidrios traslúcidos. El pasillo no tenía puertas a ninguno de los dos lados, pero sí en su otro extremo, que se abría a un patio octogonal de gran tamaño adornado con un conjunto de setos vivos que describían toda una serie de dibujos geométricos, realmente estéticos pero inútiles por completo como puntos de referencia.

Esto se pasaba ya de castaño oscuro. En primer lugar, por muy enrevesada que fuese la distribución interna del palacio, por fuerza tendrían que cruzarse los corredores. Además, por grande que pudiera ser el solar sobre el que se asentaba, era materialmente imposible que pudieran caber tantos patios no ya en él, sino incluso en la totalidad de la manzana. De repente, a Juan se le ocurrió que, dadas las amplias proporciones del patio en el que se encontraba, por fuerza deberían verse las agujas de alguna de las numerosas torres de iglesias que jalonaban el perfil del casco antiguo. La altura de los muros no era muy elevada, lo que debía de facilitar la búsqueda; pero en el limpio y terso cielo azul no se veía el menor accidente, natural o de origen humano, que pudiera servir para romper la exasperante simetría del lugar.

Ahora tenía siete puertas para elegir, ocho si incluía aquélla por la que había entrado. El problema no sólo no se solucionaba, sino que multiplicaba su complicación por dos. Y lo más exasperante, era que continuaba sin verse el menor rastro de persona alguna.

Optó por una cualquiera de las puertas sin molestarse en recordar cuál era su posición relativa con respecto a la que le había franqueado la entrada. En esta ocasión no había pasillo, por lo que se encontró directamente en el interior de un salón incongruentemente vasto profusamente iluminado por multitud de ventanales, debajo de cada uno de los cuales había una puerta entreabierta. Algo le decía a Juan que tal arquitectura era incompatible con el diseño del patio que había dejado atrás, que era imposible que pudieran coexistir ambas construcciones sin entremezclarse la una con la otra. Pero sumamente consciente se encontraba ya lo suficientemente agotada como para no prestar demasiada atención a las punzadas de la lógica mientras su vista barría con rapidez la vasta sala.

Aun cuando en esta ocasión tampoco había el menor rastro de mobiliario, Juan pudo divisar un bulto informe justo en el otro extremo de la habitación. Emocionado por la presencia de algo que relacionaba instintivamente con los misteriosos y ocultos habitantes de la enigmática casa, se dirigió a toda velocidad hacia el objeto para, una vez llegado, no poder contener una exclamación de horror.

Ante él tenía un esqueleto humano, cubierto aún por los jirones de lo que en tiempo fueron sus vestidos. Era algo completamente absurdo, pero ciertamente real. Y Juan, que ya había renunciado a la lógica, se vio impelido por el pánico hacia la puerta más cercana al macabro despojo.

Se trataba de un nuevo patio. De planta cuadrada y tamaño inferior al de los anteriores, mostraba en sus cuatro crujiás unas magníficas galerías renacentistas labradas en piedra, mientras su centro estaba ocupado por una fuente rodeada de bancos de piedra. Cercano ya a la desesperación, Juan se dejó caer en el más cercano de ellos mientras meditaba sobre la situación tan trágicamente absurda en la que se encontraba. Esto ya no era ninguna broma, y el hallazgo del esqueleto le había advertido del peligro de la situación en que se hallaba.

Por otro lado, era evidente que en aquel lugar no parecían regir las normas topológicas. La enrevesada distribución interna del laberinto de patios y habitaciones violaba continuamente las reglas más elementales de la lógica, colocando estancias en lugares en los que no podían haber. Era ridículo, pero espantosamente real.

De repente, una sacudida conmocionó su aletargado cerebro. El sol... ¿dónde estaba el sol? Hasta ahora no había reparado en que en ninguno de los lugares en los que había estado había sombras, a pesar de la intensa iluminación que recibían. Miró hacia el cielo. Era intensamente azul, sin el menor rastro de nubes que lo velaran, como correspondía a una calurosa tarde de verano. Hasta aquí todo era normal. Pero no había sol. Atónito, comprobó su reloj. Era aún media tarde, y el sol debería de estar todavía bastante alto. Pero no estaba... Miró hacia abajo, hacia la galería. Las cuatro alas mostraban una iluminación uniforme, como si todas ellas estuvieran simultáneamente alumbradas por un sol que no existía. Automáticamente, sus ojos se posaron en la fuente central. No proyectaba el más mínimo atisbo de sombra; la luz, uniforme, incidía por igual en todo su perímetro.

Nunca supo cuánto tiempo estuvo acurrucado en el banco, ajeno por completo a todo lo que no fuera las lacerantes protestas de su consciencia. Tampoco recordaba el momento en que decidió abandonar el patio, volviendo a internarse en el desesperante laberinto. Cuando al fin consiguió recuperarse de su enajenación, habían pasado dos días según su reloj, y se encontraba tendido en una habitación desnuda de forma hexagonal, con las consabidas seis puertas y una amplia claraboya en el techo por la que entraba a raudales la misteriosa luz que convertía en día eterno el extraño transcurrir del tiempo en su inabarcable prisión.

Tenía hambre y sed, y en su rostro, que imaginaba macilento, había comenzado a brotar una hirsuta barba. Levantándose penosamente del suelo que le había servido de duro lecho, Juan se dirigió hacia una cualquiera de las puertas, intentando luchar contra el dolor que le taladraba la cabeza. Recordaba fugazmente toda una sucesión de lugares por los que había pasado, siempre distintos y siempre inhóspitos, alejándole cada vez más, o al menos eso era lo que a él le parecía, de su esquiva meta.

Recobrada al fin la lucidez, evaluó por enésima vez sus posibilidades de salir con bien del atolladero. Que realmente eran muy pocas. Independientemente del problema del laberinto, sus fuerzas comenzarían a flaquear pronto. Y, si no parecía demasiado difícil encontrar una fuente en la que poder saciar su sed (muchos de los patios las tenían), no ocurría lo mismo con los alimentos. Un escalofrío recorrió su cuerpo al recordar los descarnados huesos que había dejado atrás; si ése iba a ser su final, más valía que sucediera cuanto antes.

La sorpresa le llegó en uno de los infinitos patios. Para empezar, en el centro crecía una espléndida higuera rebosante de frutos. Tampoco faltaba el agua en forma de un estanque que, alimentado por una multitud de pequeños surtidores, recorría todo el perímetro circular del patio, interrumpido únicamente por los cuatro puentecillos que, simétricamente distribuidos frente a sus respectivas puertas, permitían salvar el único obstáculo que se interponía entre él y el árbol tentador.

Pero, a pesar de la importancia de ver solucionados al menos momentáneamente sus problemas de agua y comida, todavía le quedaba por hacer un descubrimiento aún más trascendental. Velados por un espeso seto que se interponía entre el estanque y la higuera había cuatro espaciosos bancos intercalados con los senderos que partían de los puentecillos. Y en uno de ellos, concretamente el situado a su derecha, se encontraba acurrucada una figura humana.

Emocionado por su descubrimiento y olvidadas momentáneamente sus necesidades más perentorias, Juan se aproximó al banco temiendo encontrarse con un nuevo cadáver momificado. Pero, si bien el aspecto del desconocido personaje no era tranquilizador, pudo comprobar con alivio cómo el escuálido pecho subía y bajaba rítmicamente marcando la sosegada respiración del durmiente.

Sin decidirse a interrumpir su sueño, Juan le observó con detenimiento. Se trataba de una persona aparentemente anciana, si bien su cuerpo enteco y los largos y enmarañados cabellos de la cabeza y la barba contribuían a enmascarar su verdadera edad. Su vestimenta consistía únicamente en un ajado taparrabos cuya tela original parecía tener una gran antigüedad.

Repentinamente, aquel Robinsón (pues a ese personaje se le asemejaba a la vista del estupefacto Juan) entreabrió los ojos, contemplando a su visitante primero con parsimonia y luego con sorpresa, pero sin que la expresión de tranquilidad abandonase su rostro. Incorporándose ágilmente hasta quedar sentado, le interpeló con una voz de barítono en la que se traslucía un ligero y extraño acento:

-Bienvenido, caballero. Me alegra volver a tener visita.

-¿Quién es usted? -preguntó Juan con nerviosismo-. ¿Dónde estoy?

-En cuanto a la primera pregunta, le diré que mi nombre es Fernando López de Cepeda, aunque me temo que la respuesta no tiene aquí demasiada importancia. Y, por lo que respecta a la segunda, nos encontramos en uno de los innumerables patios de la que yo llamo la Mansión de los Umbrales Infinitos. Ignoro si con esto he respondido a sus preguntas.

-Bien, más o menos -respondió con embarazo-. Pero lo que yo quisiera saber es cómo se puede salir de aquí.

-¡Ah!, la eterna pregunta. Me temo que en este punto voy a poderle ayudar más bien poco. Pero supongo que estará usted hambriento; no puedo ofrecerle más que higos y agua fresca, pero esto será suficiente para calmar a su estómago.

Saciado por fin con los dulces frutos de la generosa higuera, Juan volvió a insistir a su compañero sobre la posibilidad de encontrar la salida del laberinto. Éste, moviendo dubitativamente la cabeza, comenzó a explicarle la dificultad de tal empeño.

-No sólo no es nada fácil, sino que me atrevería a calificarlo de imposible -explicó-. Supongo que ya se habrá dado cuenta de que nos encontramos reclusos en un extraño lugar en el que no parecen cumplirse ninguna de las leyes de la naturaleza, un sitio en el que es muy fácil entrar pero del que resulta imposible salir. Por más que deambule cruzando umbrales no encontrará sino nuevas estancias distintas a las dejadas atrás y, de vez en cuando, los despojos de sus predecesores muertos en el intento de abandonar esta extraña prisión. Y, por más que intente volver atrás, nunca conseguirá retornar a un lugar conocido. Una vez que se cruza una puerta desaparece para siempre la posibilidad de desandar lo andado.

-Sí, eso ya lo he comprobado -dijo Juan con amargura-. Pero usted parece llevar aquí mucho tiempo, y supongo que conocerá este lugar mejor que yo.

-Mucho, realmente -suspiró el anciano-. Tanto que ya he perdido la cuenta de los años transcurridos desde el maldito día en el que penetré en este extraño lugar en el que no existen ni los días ni las noches. Pero la mayor parte de tiempo lo he pasado en este mismo sitio que, si bien constituye mi prisión, al menos me provee de agua y comida.

-¿Pero usted no...?

-Sí, claro que deambulé por infinidad de patios y salones antes de llegar medio muerto de inanición a este jardín; pero desde entonces no me he movido de aquí, porque estoy seguro que de hacerlo me sería imposible retornar. Y, por otro lado, he contemplado demasiados cadáveres de personas que no fueron tan afortunadas como yo como para arriesgarme a explorar las infinitas posibilidades que se abren a partir de esas cuatro puertas, que yo sólo utilizo para deshacerme de mis desechos sin traspasarlas jamás.

-Luego, ¿no puede ayudarme? -gimió Juan posando su mirada en el suelo.

-Lo siento. Ya le dije que nos encontramos atrapados en una perfecta ratonera. Lo que sí que le ofrezco es la posibilidad de permanecer a mi lado. Aquí tenemos el sustento asegurado para ambos, ya que la higuera, al no tener que responder a los ciclos de las estaciones, proporciona frutos de forma constante, y el agua corriente tampoco falta en ningún momento, cosas que no le puedo garantizar fuera de aquí. Y además, siempre será más soportable esta maldición en compañía de otra persona. Por cierto -preguntó cambiando súbitamente de conversación-, ¿de cuándo es usted?

-¿Cómo dice? -preguntó a su vez Juan, sorprendido.

-Disculpe. Quería únicamente saber en qué año fue capturado usted por esta diabólica casa.

-Ah, ya entiendo. En el verano de mil novecientos ochenta y ocho. Supongo que esto le permitirá calcular cuánto tiempo lleva usted encerrado aquí. ¿Es mucho?

-Ya lo creo -respondió su interlocutor lanzando un hondo suspiro-. Nada menos que ciento cuarenta y seis años.

-¿Ciento...? -exclamó Juan, atónito.

-Ciento cuarenta y seis años -repitió tranquilamente López de Cepeda. Fue en mil ochocientos cuarenta y dos, durante la regencia del general Espartero. Paseaba un día por la calle cuando descubrí que una casa que siempre había contemplado en ruinas se encontraba reconstruida y con la puerta abierta. Me venció la curiosidad y... El resto se lo puede usted imaginar.

-Sí, a mí me ocurrió algo similar. Pero, ¿acaso el tiempo transcurre aquí más lentamente que en... el exterior?

-No puedo asegurárselo. Desde luego, yo he envejecido, puesto que cuando penetré aquí no tenía más que treinta y tres años y ahora no me echaría menos de setenta. Más bien, yo creo que este diabólico engendro aparece en distintas épocas capturando a las personas que viven en las mismas, que luego envejecen y mueren siguiendo sus ciclos naturales. Yo he conocido aquí a un contemporáneo de Felipe II y a una persona que combatió en una guerra que hubo en Cuba allá por los años finales del siglo en que viví, pero usted procede de lo que para mí es el futuro más lejano con el que hasta ahora me he encontrado.

-¿Y qué pasó con ellos?

-Prefirieron seguir buscando su libertad y abandonaron este patio. Como cabe suponer, no he vuelto a verlos. Pero desearía que respondiera a mi pregunta: ¿se quedará conmigo?

Aunque yo no era muy ilustrado, siempre me interesé por la historia. Imagínese todo lo que tenemos que contarnos.

-Acepto gustoso su hospitalidad, y me gustaría quedarme aquí durante un tiempo hasta que recupere las fuerzas, lo que podríamos aprovechar para relatarnos nuestras respectivas historias -respondió quedamente Juan-. Pero prefiero correr el riesgo de morir de inanición antes que enterrarme aquí de por vida.

-Quizá yo fui demasiado cobarde -musitó su interlocutor-. Quizá todos los demás fueron demasiado audaces. Pero su respuesta ha sido la misma que la que me dieron las ocho personas que antes que usted pasaron por aquí, y todos se atrevieron a hacer lo que yo temí. Le deseo la mejor de las suertes en su intento.

* * *

-Luego existe una salida.

-¡Oh, sí! Claro que la hay. Las ecuaciones matemáticas demuestran que el número de estancias es inmenso, quizá de un orden de magnitud de diez elevado a cuarenta o cincuenta... Pero en modo alguno infinito.

-Flaco consuelo -masculló Juan, mirando con odio a su interlocutor-. Yo lo que quiero saber es si existe una posibilidad real de salir de aquí.

Se encontraba en un amplio patio, el más extenso que había descubierto hasta ahora. Con al menos una hectárea de superficie, se hallaba sembrado con una densa capa de árboles y arbustos, muchos de los cuales eran frutales en sazón. El agua, por su parte, fluía generosa por la multitud de canalillos y conducciones que, formando el consabido diseño geométrico, drenaban la amplia superficie del pequeño bosque. Ciertamente, este oasis le había venido a salvar una vez más de morir de inanición cuando, agotada la provisión de higos con la que había cargado al abandonar su anterior escala, había cruzado por multitud de estancias que carecían de la menor migaja de algo que pudiera considerarse remotamente comestible.

Juan había perdido ya la cuenta del número de encrucijadas por las que había pasado, todas inhóspitas y alguna que otra salpi cada por los yertos despojos de alguno de sus antecesores. Agua había encontrado de vez en cuando sin que la sed hubiera llegado a suponerle un problema, pero la cuestión de la comida era distinta.

Finalmente, cuando la situación había comenzado a ser apurada, había tenido la suerte de encontrar este oasis que le había permitido reponer sus desmadejadas fuerzas. Y no sólo había encontrado aquí comida en abundancia, sino también a aquel demente que presumía de matemático y afirmaba haber desentrañado el enigma topológico que suponía la estructura interna del laberinto en el que ambos se hallaban prisioneros. Era algo tan

incongruente como absurdo, pero a estas alturas ya no había nada capaz de sorprender al atribulado Juan.

-Amigo mío -le respondió el loco-. Todo es posible mientras el infinito matemático no se nos introduzca en nuestras ecuaciones.

-Sí, pero de poco me sirve si el cálculo de probabilidades indica que me puedo pasar toda la vida abriendo puertas sin llegar a explorar sino una mínima parte de la superficie del laberinto; eso sin contar el problema de la comida.

-Eso ocurriría, efectivamente, si usted continuara como hasta ahora, abriendo puertas al azar. Pero ha de existir una sistemática que pudiera permitirle alcanzar su objetivo en un número no sólo finito, sino también limitado de pasos.

-¿Y usted sabe cuál es? -preguntó ansiosamente Juan, sintiendo a su corazón latir con alboroto.

-Venga conmigo -respondió su interlocutor levantándose del lugar en el que ambos estaban sentados-. Le enseñaré algo que probablemente le interesará.

El patio, que era de forma cuadrangular, estaba cerrado por cuatro porches, cada uno de los cuales contaba con diez puertas. La superficie de la pared situada entre ellas estaba enjalbegada y, al menos en la zona por la que entró Juan, completamente limpia. Sin embargo, el lugar hacia el que se encaminó el extraño era otro de los rincones fácilmente identificable porque, desde una altura de cerca de dos metros hasta casi tocar el suelo, las blancas paredes estaban garabateadas con multitud de apretadas ecuaciones matemáticas, sin más interrupciones que las correspondientes a los vanos de las puertas.

-¿Qué le parece? -preguntó con orgullo el autor de la extraña pizarra-. Esto que ve aquí representa varios años de trabajo exhaustivo... O al menos eso calculo, dado que en este extraño lugar no hay manera de contar el tiempo con precisión. Cuando llegué aquí sin saber cómo, tan sólo llevaba lo puesto. Carecía de papel y de cuanto pudiera sustituirlo, por lo que tuve que recurrir a escribir en la pared que, afortunadamente, resultó ser bastante amplia. Y no se crea; tuve que improvisarme los lápices carbonizando cierta cantidad de ramitas que cogí de los árboles del jardín.

-Bien, cierto es que su trabajo resulta admirable -respondió Juan-. Pero, aun cuando mi formación matemática es razonablemente sólida, no alcanzo a comprender la mayor parte de sus planteamientos. Por tal motivo, le ruego que me explique de una manera sencilla cuáles son las conclusiones a las que ha llegado.

-Conclusiones... -exclamó el matemático con visible despecho-. Amigo mío, quizá haya alcanzado el final de este desarrollo cuando las cuatro paredes estén repletas de fórmulas. Y, como puede usted apreciar, no he llenado todavía ni la primera de ellas.

Entonces podré explicarle con detalle cuál es la distribución topológica y multidimensional de este interesante problema. Pero por ahora...

-Escuche -le interrumpió Juan, recurriendo a todo el tacto del que era capaz-. Yo lo que quiero saber es si ha establecido ya un algoritmo capaz de permitirnos encontrar la salida.

-La salida... ¿Quién piensa en la salida cuando uno se encuentra ante la mayor maravilla matemática jamás creada?

-Bien, yo admiro su trabajo, pero también tengo mis obligaciones... allá afuera.

-No tiene por qué justificarse -respondió al fin el demente, pasando con rapidez de la irritación a la afabilidad-. Ya sé que no es usted matemático, y por lo tanto no es de extrañar que sea incapaz de apreciar las maravillas que se esconden tras estas fórmulas. Pero no se preocupe; le explicaré todo cuanto sé.

* * *

-La cuestión es conceptualmente sencilla. Los constructores del laberinto tuvieron que ser mentes racionales, aunque muy superiores a nosotros en lo que respecta al nivel de inteligencia. Por ello es por lo que nos desorienta tanto la distribución de esta creación suya, igual que le ocurre a un humilde ratón introducido en un laberinto construido por unos psicólogos humanos.

-Luego usted insinúa... -comentó Juan al tiempo que mordisqueaba una pera. Habían retornado de nuevo al interior del jardín y estaban sentados tranquilamente frente a un regular montón de fruta recién cogida.

-Que somos objeto de una investigación por parte de unos seres intelectual y técnicamente muy superiores a nosotros, los cuales desean saber cuál es nuestro nivel de inteligencia. Realmente no lo sé, y además no me interesa; yo soy matemático, no psicólogo ni filósofo -respondió su interlocutor encogiéndose de hombros-. Pero es la única hipótesis que se me ocurre para explicar esta singularidad. Por cierto, ¿sabía usted que esta distribución geométrica es totalmente incompatible con un espacio de tres dimensiones?

-Vayamos al grano -interrumpió Juan, temiendo encontrarse frente a una nueva disquisición matemática-. Si es como usted dice, cabría esperar que existiera alguna manera de salir de aquí; sería el premio correspondiente a aquéllos que se conduzcan acertadamente por el laberinto. Y de ser así, debería resultar factible encontrar la ruta apropiada.

-Amigo, me parece que usted no hubiera sido un mal matemático. Lástima que no se dedicara a esta noble ciencia, la única que verdaderamente sirve para ejercitar el intelecto.

Eso que ha dicho usted, yo lo he desarrollado mediante ecuaciones matemáticas, buscando la simetría de este interesante problema topológico, y...

-¿Y lo ha encontrado? -exclamó Juan- ¡Dígame que lo ha encontrado!

-Bueno, yo no diría tanto -respondió con flema el matemático-. Lo que sí he hallado es una pauta que permite moverse con un nivel de incertidumbre mucho menor que el correspondiente al simple azar. No le puedo prometer nada con total seguridad, pero las probabilidades de alcanzar la salida se verían acrecentadas notablemente.

-Con esto me conformo. Pero, dígame, ¿por qué no abandona usted este lugar conmigo? En el exterior cobraría fama internacional exponiendo estas teorías matemáticas.

-Sí que me gustaría, sí, reírme de aquellos que me despreciaron... Pero mire dónde están mis apuntes -añadió extendiendo la mano hasta el porche más cercano-. ¿Cómo podría llevármelos? Además, ¿no comprende que me queda aún mucho por investigar?

* * *

Corredores, patios, habitaciones... Aparentemente, nada había cambiado. Pero Juan ya no abría las puertas al azar, sino que seguía la extraña sucesión numérica que le había proporcionado el viejo matemático. Contaba con ella, y también con la suerte. Pero cada vez que traspasaba el umbral de una puerta le esperaba una nueva decepción. Cuando se le acabaron de nuevo las provisiones, comenzó a temer que jamás podría llegar con vida a su destino... Si es que éste, verdaderamente, existía.

Se encontraba ya al límite de sus fuerzas cuando se vio en el interior de una pequeña habitación triangular con una puerta en cada una de sus tres paredes. Esto suponía una ruptura total del orden de simetría par que hasta entonces había encontrado en los recintos por los que había pasado, con un número mínimo de cuatro puertas en cada ocasión. También suponía la ruptura del algoritmo que había seguido para buscar su meta, algoritmo que no contemplaba en ningún momento una solución impar.

Sin embargo, también señalaba una alteración en la secuencia que no se podía interpretar sino como una antesala del éxito... O del fracaso definitivo. Lo cierto era que contaba con un cincuenta por ciento de probabilidades de acertar, y sólo la suerte podía ayudarle en su empeño. Cuidadosamente, sabiendo que de franquear un umbral ya no podría volverse atrás, atisbó la oscuridad que se escondía detrás de las dos puertas. Nada en claro sacó de ello, puesto que ni el menor rayo de luz parecía rasgar las tinieblas. Armándose de valor optó por la de la izquierda... Y la cruzó con paso decidido.

El lugar era oscuro, pero sus ojos acabaron acostumbrándose a la penumbra, al tiempo que su cerebro le enviaba una desesperada llamada de atención. ¡Ya había estado allí! No podía ser, pero todo indicaba que se encontraba en el zaguán de la casa. Miró a un lado y a

otro, descubriendo tan sólo dos puertas: la trasera, por la que había entrado, y la delantera, por cuyo quicio se colaba un retazo de luz.

A partir de ese momento, Juan no fue ya dueño de sus actos. Posteriormente recordaría vagamente cómo había abierto la puerta, salido a la calle (porque, efectivamente, daba a la calle) y echado a correr como alma que persiguiera el diablo hasta acabar cayendo exhausto varias manzanas más allá.

Recogido por un policía que pasaba por allí, la excitación frenética del pobre Juan y lo poco tranquilizador de su aspecto hicieron que fuera a dar con sus huesos en la comisaría, donde, una vez calmado, intentó explicar a sus captores su inverosímil aventura. Cosa vana, por cierto, pues sólo consiguió ser tomado por un desequilibrado.

Realmente no se podía culpar a los funcionarios de su manera de actuar, máxime cuando Juan mostraba claras muestras de incoherencia, tales como la confusión temporal (afirmaba haber estado perdido en una casa durante semanas, mientras la fecha que daba como inicio de su odisea correspondía al día anterior), al tiempo que juraba una y otra vez que había sido retenido en un edificio de infinitas habitaciones situado en un lugar en el que sólo existía un solar desde hacía ya muchos años.

Por otro lado, su documentación estaba en regla, y tanto sus vecinos como sus compañeros de trabajo atestiguaron que Juan era un ciudadano respetable que jamás se había visto involucrado en el menor altercado. Como conclusión, Juan fue internado en un centro hospitalario donde le trataron con éxito tanto de la desnutrición como del desbarajuste mental que padecía.

Juan nunca se atrevió a volver a acercarse a la calle en la que sucedió su infortunio, aunque transcurridos varios meses desde que tuviera lugar su extraña experiencia se atrevió a confesármelo todo, rogándome que lo hiciera por él. Accedí a la petición de mi amigo, descubriendo que la casa objeto de su curiosidad no era más que un montón informe de ruinas que no reunían las menores condiciones de habitabilidad. Ahí debería haber quedado zanjada su historia, y así ocurrió en lo que a él se refiere, puesto que poco después cambió de trabajo, trasladando su domicilio a una capital de provincia situada al norte de España. Allí se casó y tuvo dos hijos, y por lo que yo sé (él se niega a hablar del tema), no ha vuelto a pisar nuestra ciudad a pesar de que han transcurrido más de diez años desde entonces.

Huelga decir que en un principio pensé que todo este desquiciado relato era producto de una momentánea enajenación mental suya; pero el destino quiso que un día, mientras husmeaba entre los amarillentos periódicos antiguos de una hemeroteca, me encontrara con una noticia que me llamó vivamente la atención. Estaba fechada hacía cuarenta años, y narraba la extraña desaparición de una mujer, sin dejar el menor rastro, en las cercanías de la calle en la que se alzaba (o no) la fantasmal vivienda. Este hallazgo estimuló mi

curiosidad, por lo que olvidé el motivo original de mi investigación y decidí recabar más datos sobre la mansión.

Y los encontré. Consultados los archivos policiales gracias a mi amistad con un comisario, descubrí que el caso de la mujer desaparecida no era el único, ya que constaban al menos otros cuatro o cinco casos similares que jamás habían sido resueltos. Más significativo aún era el dato recogido en un periódico de finales del siglo XIX, en el que se relataba la historia de un hombre de mediana edad que había sido encerrado en un manicomio tras diagnosticársele una locura incurable; al parecer, estaba obsesionado con una casa provista de infinitas habitaciones de la que había conseguido escapar tras varios años de encierro.

Pero el dato más significativo lo obtuve del registro de la propiedad y de los propios archivos municipales. Por más que busqué, me resultó imposible encontrar el registro de esa finca, cuyo propietario, legalmente, no existía. Tampoco hallé en el ayuntamiento el menor documento que pudiera informarme acerca de ella, pese a que la factura de la ruinoso fachada indicaba bien a las claras su naturaleza de antiguo palacio. Las distintas historias de la ciudad, incluso las más minuciosas, la ignoraban por completo, y las consultas que hice a varios historiadores locales resultaron completamente infructuosas. Al parecer, nadie sabía nada acerca de ella y, aunque mostraban sorpresa, no parecían sentir la menor curiosidad por investigarla.

Aparentemente, yo era la única excepción que rompía este muro de silencio. ¿Por qué razón? Lo ignoro. Pero lo cierto es que la casa, aún en ruinas, existe realmente, y todo el mundo recuerda haberla visto siempre así aunque, de todos los que habitamos en la ciudad, solamente yo he sido capaz de apreciar siquiera un atisbo de su extraña naturaleza. Por esta razón escribo este relato, que muchos tomarán por pura literatura, pero que refleja fielmente los hechos que he reconstruido excepto en dos detalles puntuales: la identidad verdadera de mi amigo, y el nombre de la ciudad en la que se encuentra la mansión de los umbrales infinitos.

LA ESCALERA

Aquella mañana, ignoraba por qué razón, el vagón de metro estaba todavía más atestado que de costumbre, lo que se traducía en unas apreturas que traían completamente magullados tanto a su cuerpo como a su maltrecha dignidad. Pero lo peor de todo era que cualquier otra alternativa posible de transporte resultaba ser todavía más incómoda... Lo que no dejaba de ser francamente difícil. Maldiciendo, pues, las presuntas y para él de todo punto inexistentes bondades de las grandes ciudades, se limitó a resignarse una vez más tal como lo hacía cotidianamente, al tiempo que aprovechaba para maldecir mentalmente a la gorda que acababa de incrustarle el bolso en el hígado con una habilidad producto sin duda de una larga y fructífera práctica.

Le quedaba el consuelo, eso sí, de que la tortura sería corta... Exactamente seis estaciones contadas a partir del trasbordo, a las que había que sumar otras ocho más en una de las líneas más desvencijadas de la red junto con los diez minutos largos de caminatas por los pasillos que enlazaban a ambas. Todo esto sin contar, claro está, el viaje previo en autobús desde su casa -un cubículo de setenta metros cuadrados mal medidos, perdido en los recovecos del piso duodécimo de una mole de hormigón y ladrillo erguida en un anónimo lugar de la periferia metropolitana- hasta la más cercana -es un decir- boca de metro...Claro está que aún podría ser peor; al fin y al cabo, él solamente tardaba hora y media algo largas -eso sí, cuando el tráfico no estaba demasiado mal, todo hay que decirlo- en llegar de su casa al trabajo, lo que no era mucho comparado con el tiempo invertido por algunos de sus compañeros en realizar idéntico trayecto.

La doble apertura de las puertas del vagón le sacó bruscamente de su ensimismamiento devolviéndole a la cruda realidad matutina. Luchando frenéticamente por liberarse de las morbideces sin fondo de la gorda que poco antes le clavara inmisericordemente el bolso, se fue abriendo trabajosamente camino en dirección al andén al tiempo que meditaba con ironía acerca de las ventajas que, pese a todo, tenían las aglomeraciones de cara a amortiguar los efectos desagradables de los frenazos bruscos... Y también las de salir casi en volandas del tren, arrastrado por las feroces fuerzas de convección que ponían en movimiento la ciega marea de viajeros deseosos de apearse en dicho lugar. Claro estaba que, si su destino no era ese sino otro posterior, las cosas podrían ser bastante más incómodas.

Pero como no era ese su caso, se limitó a dejarse arrastrar por la muchedumbre hasta descubrirse finalmente en el andén central de la estación saboreando con agrado el feroz codazo que poco antes había infligido al borrico -había que haberle visto la cara- que se había empeñado en entrar justo en el momento en el que él intentaba salir... Lástima que le escociera bastante el pisotón que le diera la rubia que se le cruzó en el camino

aprovechando su momentánea distracción; pero no todo iba a ser perfecto, se consoló filosóficamente antes de continuar su camino.

Abandonó el andén tal como lo hacía siempre, por la escalera mecánica la cual, como cabía esperar, estaba completamente congestionada aunque libre, cuanto menos, de torpes que pudieran venir de frente... Pero no de imbéciles fumando y, con un poco de suerte, quemando la espalda al de delante, como comprobó con desagrado que ocurría dos o tres peldaños por debajo de él. ¿Es que la compañía no iba nunca a arbitrar los medios necesarios para erradicar esta plaga?

Una vez arriba llegó a la conocida bifurcación de pasillos que distribuía el flujo de viajeros por las distintas líneas y las asimismo diferentes salidas. Como siempre, y de una forma completamente automática fruto de la rutina acumulada en los muchos años que llevaba realizando este mismo trayecto, encaminó sus pasos hacia el pasillo que se abría a la derecha, el cual era con diferencia el menos transitado de todos debido a que conducía únicamente a una salida secundaria y no a la principal o al andén de alguna otra de las líneas que allí se cruzaban.

Aunque la inercia de tantos años había acabado por volverle completamente insensible a su entorno más inmediato, no por ello dejaba de recordar veladamente cómo en un principio había acogido con suma extrañeza la brusca disminución del flujo humano que discurría por aquel preciso pasillo... Y es que, por mucho que aborreciera las aglomeraciones, su habituación a las mismas había acabado por hacerle sentirse incómodo muy a pesar suyo en aquellos lugares en los que bruscamente éstas desaparecían.

Pero esto era algo que hoy ya no le importaba en absoluto. Siguió, pues, su camino enfrascado en sus propias meditaciones, las cuales saltaban erráticamente de las brumas del último sueño -interrumpido como siempre por el maldito despertador- al problema que se había quedado pendiente la víspera en su trabajo, todo ello salpicado con fugaces incursiones a la última discusión habida con su mujer -todavía no zanjada, por cierto-, los planes para el próximo fin de semana -era martes, por desgracia- o el libro que leería una vez que hubiera conseguido terminar el que ahora llevaba en el bolsillo.

Llegado al fin a la primera de las escaleras mecánicas -eran tres en total-, la abordó de manera automática sin prestar más atención en ello que la estrictamente necesaria para evitar un tropezón que no habría sido el primero. Para su disgusto no pudo hacer lo mismo en el siguiente tramo ya que éste se encontraba parado por avería; así que, farfullando calificativos de grueso calibre que tenían como destino tanto a los empleados del servicio de mantenimiento como a sus sufridos progenitores, se vio obligado muy a su pesar a subir fatigosamente unos peldaños que comenzaban a ser alarmantemente incómodos para sus sedentarias piernas. Afortunadamente la última escalera sí funcionaba normalmente, lo que le permitió recuperar, siquiera parcialmente, el momentáneamente perdido resuello.

Apoyado en la banda del pasamanos y recuperando poco a poco el ritmo normal de respiración, miró de reojo hacia arriba constatando cómo un viajero que en ese momento llegaba al final de la escalera desaparecía bruscamente de su campo visual. Esto era algo totalmente normal debido al reducido ángulo visual del que disfrutaba desde el lugar en el que se encontraba, pero le divirtió durante un instante pensar que tras la escalera pudiera haber un pozo sin fondo en el cual fueran cayendo los desprevenidos viajeros. Sí, ésta sería sin duda una buena manera de acabar con las aglomeraciones del metro.

Un segundo viajero llegó arriba y, asimismo, desapareció. ¡Otro más al bote! -se dijo traviesamente-. Detrás venía un tramo de escalera vacío y el tercero era él, que en aquel momento rebasaba la línea imaginaria que marcaba la mitad del trayecto. Sería divertido, se dijo de nuevo, que cayera en un agujero negro, un desgarró del espacio-tiempo o algo por el estilo; al menos, así se libraría definitivamente tanto de su mujer como del cretino de su jefe. Lamentablemente esta circunstancia no tenía demasiados visos de llevarse a efecto: frente a él comenzaba a vislumbrarse la pared que formaba el pasillo al doblar en ángulo recto apenas rebasado el rellano de la escalera. No pasaría nada excepcional, eso era evidente, y él acabaría saliendo al marmágnun de la calle exactamente igual que lo hacía todos los días. ¡Qué se le iba a hacer! -se lamentó, jocoso.

Por el tacto, ya que seguía encerrado en sus pensamientos, notó que los peldaños se aplanaban anunciando el final del recorrido. Apartó, pues, la mano del pasamanos al tiempo que maquinalmente levantaba el pie izquierdo para apoyarlo en el suelo del pasillo... Encontrándose con el vacío allá donde debería haber estado el esperado pavimento.

Lo demás fue desconcertantemente rápido. Sin posibilidad material de recobrar el equilibrio perdido, extendió maquinalmente los brazos en un intento de frenar un choque que preveía inminente y que, para sorpresa suya, nunca llegó a producirse. Lo que sí sucedió, en contra de toda lógica, fue la aparición de un pozo negro y sin fondo que se le tragó sin que pudiera hacer el más mínimo intento por evitarlo.

Nunca supo si estuvo cayendo durante un tiempo infinitesimal o si, por el contrario, el proceso duró toda una vida. Tampoco llegaría a conocer la razón que pudiera explicar tan inverosímil incidente... Ni tan siquiera pudo alcanzar a pensar qué era lo que le estaba ocurriendo: Porque, mientras caía por el abismo sin fin, ya no estaba vivo... Aunque tampoco muerto. Mientras tanto, el túnel sin fondo por el que caía continuaba mostrándose eterno; ¿o había acabado, acaso, antes incluso de empezar?

EL APARCAMIENTO

-¿Qué te ha parecido la película?

-No ha estado mal, pero el protagonista se encontraba un tanto estirado. Y en cuanto al final...

La joven pareja descendía por las escaleras mecánicas -rampas en realidad- que conducían al aparcamiento subterráneo del vasto centro comercial. Era bastante tarde -la película había sido muy larga- y el recinto estaba ya prácticamente desierto a excepción del algunos pocos trasnochadores que mataban el tiempo en los pocos establecimientos, bares o cafeterías, que todavía permanecían abiertos.

-Mira que si nos sale algún atracador... -exclamó ella manifestando en voz alta sus temores.

-No seas aprensiva -respondió él al tiempo que manipulaba la expendedora automática de tarjetas de aparcamiento-. Este sitio está vigilado.

-Sí, déjate...

Pero sus miedos resultaron ser completamente infundados ya que no les ocurrió el menor percance. Una vez obtenida la tarjeta de salida bajaron una planta más -habían dejado el coche en el segundo sótano- y entraron finalmente en el enorme aparcamiento que, prácticamente vacío en hora tan tardía, mostraba un poco tranquilizador aspecto bien diferente del anárquico bullicio existente en ese mismo lugar tan sólo varias horas antes, justo cuando dejaron aparcado allí el coche.

-¿Te fijaste en la letra?

-Sí, era la P.

-Pues estamos en la C; así que... Me temo que no hemos elegido la entrada buena.

-No podíamos hacer otra cosa. ¿No viste los cierres que había echados en las galerías de arriba? La única entrada que quedaba abierta era por la que hemos bajado.

-Bueno -se resignó ella-. Andemos.

El sótano no era en realidad exageradamente grande, pero su disposición interna repleta de columnas, su vacía soledad y el reverbero de los más insignificantes sonidos se combinaban entre sí produciendo una sensación de inquietud en la pareja que ninguno de los dos quería reconocer pero que ambos, en diferente medida, sentían. Cogidos de la

mano, avanzaban lentamente por una de las calles centra les escrutando con avidez las letras que rotulaban los pasillos transversales al tiempo que, con el rabillo del ojo, atisbaban furtivamente los fantasmagóricos juegos de luces y sombras que la poco intensa iluminación existente producía en torno suyo.

-La I, la J, la... -iba desgranando nerviosamente ella cuando un ruido inesperado que atronó como un cañonazo le hizo volver bruscamente la cabeza interrumpiendo su anterior línea de pensamiento.

-No es nada -tranquilizó él a su compañera descubriendo con sorpresa que la mantenía estrechamente abrazada-. Son sólo unos que se van... -rió nerviosamente- Igual que nosotros.

-Sí, pero ellos tenían el coche más cerca -objetó la chica a modo de excusa desasiéndose de los brazos protectores-. Por cierto -añadió en un pueril intento de justificar su reciente turbación-; ¿viste cómo retumbaron las puertas del coche?

-Es normal; en medio de este silencio, cualquier ruido se hace sentir mucho más. Pero apártate y déjalos pasar, que estamos interrumpiendo su camino.

Ella obedeció mirando con envidia, casi con odio, cómo los ocupantes del turismo -otra pareja- los rebasaban con el vehículo desapareciendo rápidamente en la lejanía. ¡Y esa caminata que parecía no quererse acabar nunca!

Sin embargo, se acabó; y así, poco después alcanzaban finalmente su destino. Llegaron a la altura de la deseada letra P, se introdujeron en el pasillo correspondiente y alcanzaron finalmente su coche el cual, por cierto, semejava un islote solitario en mitad del desierto aparcamiento.

-Bien, ya ves cómo hemos llegado enteros -ironizó él al tiempo que abría las puertas-. Y sin el menor percance.

Claro está que se calló su inconfesado temor a tropezar con alguien mal encarado apostado detrás de una columna con una navaja en la mano, o bien a descubrir que el coche había sido desvalijado por manos anónimas aprovechándose de su ausencia... Tenía que quedar bien, por supuesto, y dárse las de cobarde no le hubiera ayudado precisamente a ello.

El habitáculo del coche los acogió en su seno con calidez, casi con ternura. Y si siempre se ha dicho que el coche es psicológicamente una armadura protectora y su interior un útero maternal, en esa ocasión se reveló también como un refugio seguro.

Era él quien conducía. Desconectó el antirrobo, encendió el motor, dio las luces... Y arrancó. Gracias a la inexistencia de coches aparcados enfrente suyo se evitó las maniobras que hubiera precisado hacer en condiciones normales; simplemente salió hacia adelante

atravesando los vacíos aparcamientos, giró en el pasillo vecino y, finalmente, enfiló la calle central en busca de la salida más próxima.

La calle era larga ya que atravesaba el aparcamiento en toda su longitud, y la falsa perspectiva producida conjuntamente por el bajo techo y las dos hileras de columnas contribuía a hacerla aún más interminable dándole una apariencia de túnel sin fin. El coche que les precedía, engullido por algún invisible recodo del camino, había desaparecido definitivamente de su vista convirtiéndolos en los únicos protagonistas del desierto escenario.

-Mira que si nos pasa como en la película... -comentó ingenuamente la muchacha.

Un gruñido fue la única respuesta de su compañero, atento por lo demás a la conducción. Una de las escenas cumbres de la película que acababan de ver consistía precisamente en una espectacular persecución, muy a la americana, por los desiertos pasillos de un aparcamiento subterráneo, con la consabida parafernalia de choques, atropellos y la inevitable colisión final del coche del malo contra una columna, con explosión e incendio incluidos, por supuesto. Una simple coincidencia, claro está, pero no obstante incómoda.

-¡Juan, mira! -exclamó ésta chillando histéricamente al tiempo que señalaba unas luces que acababan de surgir repentinamente a su derecha-. ¡Vienen a por nosotros!

-¿Quieres dejar de decir tonterías? -le espetó ásperamente una vez repuesto del susto que le había dado el grito de su compañera ayudado, eso sí, por los temores no reconocidos de su propio subconsciente-. ¿No ves que son otros que salen igual que nosotros?

-Lo siento -murmuró avergonzada bajando la vista-. No volveré a hacerlo.

-No tiene importancia -masculló él apaciguando su irritación ante la perspectiva de una noche divertida-. Pero otra vez ten más cuidado; podríamos habernos estrellado.

Arrancó el coche -el brusco frenazo había calado el motor- o, al menos, intentó hacerlo; la batería estaba ya vieja y se negó en redondo a responder a sus requerimientos.

-Vaya hombre; lo que faltaba -rezongó al tiempo que reprimía una mirada asesina hacia el asiento de al lado-. ¡Maldito coche!

Pero el susto se quedó sólo en eso; en susto. Tras apagar las luces e intentarlo dos o tres veces, el discolorado motor acabó obedeciendo a sus nerviosos requerimientos permitiéndoles continuar su camino detrás del segundo coche -el culpable del sobresalto- que mientras tanto había asimismo desaparecido. Poco después, alcanzaban el final del pasillo.

-Y ahora, ¿por dónde? -preguntó la chica.

-No lo sé -respondió su novio mirando al frente al tiempo que reducía la velocidad-. Pero supongo que aquí lo pondrá.

Y lo ponía: Una flecha indicaba a la derecha bajo un rótulo en el que se leía la palabra **SALIDA**. Giró pues obedeciendo la señal y se introdujo en una calle lateral que circundaba el sótano. Ésta doblaba a su vez en ángulo recto algo más allá, al llegar a la esquina, para continuar finalmente discurriendo paralela a la central que acababan de abandonar.

-Por aquí debe de haber alguna salida. -comentó el conductor atento al camino que se abría ante él.

En efecto; la había. Pero estaba cerrada a cal y canto por una cadena.

-¡Vaya por Dios! -exclamó con enfado-. Por aquí no podemos salir.

-Había un letrero colgando de la cadena -apuntó tímidamente la chica-. Pero no me ha dado tiempo a leerlo.

-Es igual. No será la única.

No lo era. No mucho más allá encontraron otra, también cerrada. Eso sí, en esta ocasión pudieron leer el rótulo sin problemas.

SALIDA POR LA PRIMERA PLANTA

Decía. Así que, comenzaron a buscar la rampa que servía de enlace entre los dos niveles del aparcamiento.

-¡Juan...! Me temo que te has pasado.

-Eso me temo yo también -gruñó-. Bien, no me apetece volverme. Supongo que habrá otra.

La había, pero justo en el otro extremo. Por ello, se vio obligado a recorrer en su totalidad lo que quedaba -aproximadamente la mitad- de ese corredor, el perpendicular que lo continuaba, que era más corto, y la mitad del otro largo, dejando atrás varias salidas más que, como era de esperar, estaban todas cerradas. Fue un recorrido bastante tedioso, pero finalmente encontraron la rampa sin que, afortunadamente, se la volvieran a dejar atrás.

La planta superior era similar en todo a la recién abandonada y, al igual que ésta, estaba completamente desierta. Avisa do de la distribución de las salidas -al parecer todas ellas se encontraban repartidas regularmente a lo largo de los cuatro corredores laterales- Juan optó por no abandonar éstos renunciando a atajar por los pasillos centrales.

Una, dos, tres... También aquí, las salidas continuaban clausuradas. Todo parecía indicar que debería de haber tan sólo una abierta y, como era natural, ésta se empeñaba en estar justo al otro lado. Bien, ya aparecería...

Pues no. Una vuelta, dos... O, al menos, eso le parecía, ya que le resultaba sumamente difícil orientarse en aquel lugar. Claro está que pasó por delante de muchas -¿o eran siempre las mismas?- pero todas sin excepción tenían la cadenita de marras. Ciertamente, comenzaba ya a dudar de lo que veían sus ojos.

-Juan, ¿es que esto no se va a acabar nunca? -gimió su compañera-. Quiero salir de aquí.

Y yo. -estuvo a punto de responder mandando a hacer gárgaras su orgullo masculino. Pero logró interrumpirse a tiempo cuando vio un coche que, saliendo de un pasillo lateral, se colocó delante de ellos.

-Bien, éste parece saber por dónde va -dijo finalmente-. Bastará con que le sigamos.

-Oye, ¿no es el que nos adelantó cuando íbamos por el pasillo?

Demonios, ése era... Se trataba de un modelo muy poco frecuente y bastante llamativo, por lo que no cabía la menor duda. Era el mismo coche que les había asustando -bueno, a ella- al cerrar las puertas y al que luego habían tenido que cederle el paso apartándose del pasillo por el que caminaban buscando el suyo. Habían salido mucho antes que ellos -por lo menos cinco o diez minutos- y todavía seguían dando vueltas... Allí había algo que no acababa de cuadrar, se dijo.

-No te lo sabría decir -mintió-. Pero en cualquier caso, voy a seguirle. O acertamos los dos, o nos ponemos a bailar juntos.

El coche que les precedía rodaba a una velocidad moderada, tal como era de esperar. Ajustó, pues, su velocidad a la de éste dejando entre ambos una distancia suficiente para que el otro conductor no se sintiera atosigado; y, por supuesto, no le perdió ojo.

Justo en aquel momento llegaba al final del pasillo; un fugaz destello indicó que estaba doblando la curva; había sido a la izquierda. *“Hasta ahora -pensó él a su vez- siempre había girado a la derecha. Voy a probar”*.

Y probó. Alcanzó a su vez la pared, dobló el volante tomando el pasillo que se abría prometedor a su izquierda... Y tuvo que frenar en seco para evitar estrellarse contra unos grandes contenedores.

-No puede ser... -musitó atónito-. No puede ser.

Porque allí no había ningún pasillo, sino tan sólo un pequeño hueco utilizado al parecer como depósito para los cubos de la basura. Más allá de éstos, un sólido muro de hormigón cerraba completamente el camino.

-¡Giró a la izquierda...! -balbuceó desmayadamente al tiempo que se bajaba del coche-. ¡Tú lo viste!

-Quizá nos hayamos fijado mal. -apuntó quedamente su compañera.

-No -rebatío él con energía a la par que describía nerviosos círculos en torno al imprevisto obstáculo-. Torció para este lado.

-Pero cariño, eso es imposible -insistió ella asiéndole del brazo-. Aquí sólo hay una pared, y dime tú cómo pudo atravesarla. Anda, ven, volvamos al coche.

-Está bien -se rindió con aire abatido-. Saldremos por el otro lado.

Volvieron al coche. Él se equivocó al dar la marcha atrás en un claro síntoma de azoramiento, cosa que no quiso reconocer respondiendo agriamente a la exclamación de sorpresa que se le escapó a la muchacha. Poco después, hecha ya la pertinente maniobra, el coche volvía a introducirse por el pasillo de la sempiterna derecha.

Las salidas continuaban estando cerradas. Esta situación desafiaba a toda lógica, pero no por absurda ni por irritante dejaba de ser real. Debía de existir alguna manera de salir de allí, por supuesto, pero no era menos cierta su incapacidad para encontrar la.

Poco a poco la intranquilidad de ambos fue dando paso a la preocupación, y ésta condujo a su vez al temor. Ella, más expresiva y menos inhibida, estaba ya al borde mismo de la histeria. Él, crispada las manos sobre el volante, luchaba por no dejarse arrastrar por sus propios y resurgidos fantasmas. No podía ser... Pero era.

-Voy a bajar al otro sótano -dijo al fin en un arranque de audacia-. Quizá desde allí podamos salir por algún lado.

-Pero si ya dimos varias vueltas... -objetó inútilmente su compañera.

-¡Algo tendremos que hacer! -estalló al fin, incapaz ya de soportar por más tiempo la tensión que había ido acumulando en su interior-. ¿O prefieres que nos pasemos toda la noche dando vueltas y vueltas como unos imbéciles?

-No las vamos a dar de menos aquí -se rebeló ella-. Ya leíste el cartel que nos mandaba hacia arriba.

La tormenta amenazaba con estallar de un momento a otro. Afortunadamente para la pareja, algo vino a distraerlos de la inminente disputa.

-¡Mira ese coche! Quizá puedan ayudarnos.

-Estará aparcado. ¿No ves que tiene las luces apagadas?

-¿Aparcado en mitad del camino? Además, hace un momento no estaba; lo hubiéramos visto cuando íbamos en dirección contraria.

-Está bien -refunfuñó-. Pararé.

Así lo hizo, apeándose con desgana y acercándose al otro vehículo. A pesar de la tenue luz reinante le fue fácil descubrir el bulto del conductor, su único ocupante al parecer, inmóvil en su asiento.

-Oiga, amigo, ¿podría decirnos cómo se puede salir de aquí?

No hubo respuesta, y el interpelado pareció no haberle visto siquiera. ¿Estaría dormido? Era fácil salir de dudas. Se acercó hasta la puerta, golpeó con los nudillos el cristal, abrió ésta al no recibir contestación... Y se apartó de allí como si le hubiera mordido una serpiente venenosa, volviendo al coche con el semblante demudado. Por fortuna, la escasa iluminación del recinto dificultaba que su compañera se percatara de ello.

-¿Qué tal, Juan? ¿Qué te ha dicho?

-Vámonos de aquí -fue su única respuesta-. Vámonos ahora mismo.

-¿Por qué tanta prisa? ¡Oye... estás lívido! ¿Qué te ha pasado? ¿Es algo malo?

-Nada. No me ha pasado nada. -denegó al tiempo que arrancaba precipitadamente en un intento de huir de allí de la forma más rápida posible.

Pero sí pasaba algo... y extremadamente grave, además. El ocupante del coche al cual se dirigiera en demanda de ayuda era tan sólo un cadáver; y a juzgar por su avanzado estado de putrefacción y el nauseabundo olor que hirió su olfato apenas entreabrió la puerta del vehículo, ni tan siquiera aparentaba llevar muerto poco tiempo sino, cuanto menos, un buen puñado de meses. No cabía, pues, la menor duda. Pero, ¿cómo podía ocurrir esto en un aparcamiento abarrotado de coches a todas horas excepto a las nocturnas? ¿Cómo nadie había descubierto el cadáver a la mañana siguiente de su fallecimiento? Esto era imposible; pero ahí estaban las pruebas palpables de que había ocurrido.

Sumentemente era un hervidero de ideas encontradas. ¿Qué estaba sucediendo allí? ¿Por qué no podían salir de esa ratonera? ¿Estaban condenados a acabar sucumbiendo de hambre, o de desesperación, como quizá le había ocurrido a ese pobre desgraciado, sin poder volver a ver la luz del sol? La situación en que se encontraban era tan aberrantemente ilógica que le había dejado totalmente inerte impidiéndole reaccionar... salvo en convicción de la necesidad imperiosa de huir lo más rápido posible de ese lugar maldito. El pánico le calaba hasta los huesos, era un terror animal ajeno a cualquier intento de análisis mínimamente racional. No podía ser, era imposible que eso les estuviera ocurriendo... pero les ocurría.

-Juan, aquí está pasando algo raro. -hipó la chica, intentando arrancarle de su mutismo.

-¿Qué va a pasar? -gruñó sin desviar la mirada, intentando mentir sin demasiada convicción.

Tengo miedo -gimió- y quiero salir de aquí. ¿Qué te dijo el conductor del coche?

-Nada -fue la escueta respuesta; y no mentía.

Ella desistió de seguir insistiendo, convencida de la inutilidad de sus esfuerzos. Su novio se había encerrado en sí mismo y sólo prestaba atención al manchón de luz de los faros, en un intento baldío de alejar de sumamente el macabro espectáculo que acababa de vislumbrar, pregonero quizá de su propio futuro. El camino que se abría ante ellos no presentaba la más mínima variación en su aspecto ni, aparentemente, ofrecía la menor posibilidad de escape. Eso sí, y esto resultaba todavía más incomprensible aunque por fortuna tranquilizador, a la siguiente vuelta del carrusel el fúnebre vehículo había desaparecido tal como si se lo hubiera tragado la tierra. ¿Acaso se había tratado de un simple espejismo? A esas alturas comenzaba a dudar de la información que llegaba a su cerebro, pero dentro del caos que bullía en el interior del mismo este fenómeno suponía un débil hálito de esperanza, no por irracional, menos tranquilizadora.

-¿Saldremos de aquí alguna vez? -sollozó su compañera, incapaz de soportar la tensión durante más tiempo.

-No lo sé -mordió las palabras-. Ya no estoy seguro de nada. Ni siquiera de que no estemos viviendo una pesadilla en vez de la realidad. ¿Pero qué es esto? ¡Maldita sea tu estampa, so borrico! -exclamó iracundo al tiempo que esquivaba a duras penas al coche que, con las luces apagadas, se le había echado repentinamente encima, a toda velocidad y en sentido contrario.

-Ha desaparecido -musitó quedamente la muchacha.

-¿Qué dices? -preguntó él con irritación al tiempo que, tras frenar con brusquedad, se volvía para mirar por el parabrisas trasero.

-Que ha desaparecido -corroboró apenas con un hilo de voz-. Igual que el otro.

-Y también iba al contrario que nosotros... -completó, él imbuido en una repentina lucidez.

-¿Qué tiene que ver eso?

-Puede que nada... -masculló-. Pero puede que mucho.

-No te comprendo. ¿Pero qué vas a hacer? -se alarmó la chica al ver que volvía a arrancar el coche.

-Dar la vuelta y circular en sentido contrario.

-¿Y qué más da? -protestó.

-Quién sabe; ningún trabajo nos cuesta probar, y peor que ahora no vamos a estar.

Rápidamente dio la vuelta al coche y, desafiando todas las indicaciones de sentido único que constelaban paredes y suelo, comenzó a discurrir a gran velocidad por el desierto pasillo. Salvó airoosamente el primer recodo, esquivó con dificultad el segundo y entonces...

-¡Mira! -gritó en el paroxismo de la excitación-. ¡La salida!

Y allí estaba, tentadora como la puerta del Paraíso. Irrealmente iluminada por una fantasmagórica luz que parecía provenir del centro mismo de la Tierra, temblorosa y frágil, semejando desaparecer en cualquier momento, allí se abría la puerta de su salvación. Pero había que franquearla antes de que se cerrara, quizá para siempre; porque intuía, aunque hubiera sido incapaz de decir como, que se trataba de un fenómeno temporal susceptible de desvanecerse en cualquier momento.

-¡Juan! -exclamó ella lívida de terror-. ¡Nos vamos a estrellar!

No le dio tiempo a terminar la frase. Hubo un pálido titilar a su alrededor, una momentánea sensación de ahogo, quizá una pérdida momentánea de sus sentidos...

Y un brusco frenazo para evitar estrellarse contra la barrera que controlaba la salida.

POR FAVOR, DEPOSITE SU TICKET EN LA RANURA

Decía el mensaje que campeaba en el artefacto. Todo era normal, exasperantemente normal...

-¡Otra vez! -se derrumbó ella-. ¡Otra vez!

-No -denegó él con vehemencia, ignorante de nuevo de dónde le podía venir la certeza-. Hemos pasado.

Obedeció las instrucciones y la frágil barrera, ¡oh maravilla! se alzó con docilidad dejándoles el camino expedito. Instantes después, el fresco ambiente nocturno del exterior les acariciaba los sudorosos rostros cual bálsamo redentor.

* * *

A la mañana siguiente ambos despertaron atormentados por el recuerdo de lo sucedido la noche anterior, vívido a la par que nebuloso pese a estar parcialmente velado por las brumas que suelen acompañar a las peores pesadillas; pero lo coincidente de sus experiencias les convenció prontamente de que *algo* había ocurrido en realidad. Angustiados por esta certeza visitaron, no sin reluctancia, el centro comercial sin obtener más resultado de sus prudentes pesquisas -no era cuestión de ser tomados por locos- que una suspicaz incredulidad por parte del escéptico encargado del aparcamiento, poco dado a dar crédito a su poco verosímil historia de fantasmas. Por idéntico motivo evitaron ir con su relato a la policía, lo que no les impidió devorar con avidez toda la información que, sobre sucesos de todo tipo, vomitaba diariamente la gran urbe. Como era de esperar, no obtuvieron el menor resultado positivo.

Casi habrían llegado a convencerse de lo imaginario de su experiencia de no mediar un detalle, aparentemente nimio, que se cruzó en su camino varias semanas después de ocurrida ésta. En un reportaje publicado en un periódico nacional de gran tirada acerca de las personas desaparecidas sin dejar rastro, figuraba como uno de los casos sin resolver el de un viajante de comercio desplazado desde una provincia del sur por motivos profesionales, del cual no se había vuelto a tener la menor noticia -ni de él ni de su vehículo- desde hacía ya más de un año. Nada hubiera tenido de particular este hecho de no haber mediado una inquietante circunstancia: la matrícula del coche que éste conducía en el momento de su desaparición coincidía con la de aquél en cuyo interior descubrieran el cadáver.

Una vez repuestos de la sorpresa, resolvieron de común acuerdo no informar a nadie, y mucho menos a la policía, de lo que les había sucedido, ante la certeza de que jamás serían creídos. Eran muchas las preguntas que ellos mismos se hacían, para ninguna de las cuales consiguieron encontrar una respuesta mínimamente racional y coherente. Era preferible, pues, limitarse a olvidar prudentemente lo ocurrido, intentando borrar de sus mentes el recuerdo de lo cerca que estuvieron de quedar atrapados para siempre en esa trampa mortal, tal como le había ocurrido al infortunado viajante, sin intentar profundizar más en ello.

Por esta misma razón rechazaron consultar, pese a sus dudas iniciales, a cualquier posible *experto* en cuestiones paranormales, renunciado deliberadamente a cualquier tipo de explicación para su experiencia, por muy fantasiosa que ésta pudiera resultar. Todo parecía indicar que existían en el universo misterios inescrutables que era preferible no intentar desvelar, so pena de sufrir las consecuencias de su irresponsable curiosidad. Eso sí, como medida de precaución, a partir de entonces decidieron no volver a pisar ningún otro aparcamiento subterráneo... por si acaso.

EL ÚLTIMO TREN

Tan inflexible y cruel como siempre, el despertador comenzó a aullar arrancándole violentamente del nebuloso mundo de los sueños. Siempre le había desagradado sobremanera tan brusca forma de ser despertado, pero en esta ocasión la molestia fue aún mayor dado que se había acostado tarde y además, cosa rara en él, había dormido francamente mal.

Intentó luchar contra las últimas brumas que inundaban sumente, aunque sin demasiado éxito: el sueño le atenazaba con tesón al tiempo que le impedía escalar el profundo y oscuro pozo que le separaba de las luces de la vigilia. No podía, ni tampoco en el fondo quería, acabar de despertar, lo que añadió un nuevo punto de desagrado a su ya incipiente malestar.

Al fin lo consiguió, como todas las mañanas; pero a costa de invertir cerca de diez minutos más del tiempo que se tenía auto asignado como colchón. Consciente al fin de que iba con la hora muy justa, se tiró de la cama y realizó a toda prisa el ritual matutino, para salir por fin a la calle con el fundado temor a perder el tren que tomaba habitualmente rumbo a la gran metrópoli, lugar en el que desarrollaba bien a su pesar su cotidiano trabajo.

La noche era oscura y cerrada, y una espesa niebla contribuía aún más a investirla de un fantasmagórico aspecto. En contrapartida no había helado, por lo que el frío era mucho más soportable que en mañanas anteriores. De todas maneras la estación estaba cercana, apenas a diez o quince minutos a paso normal, por lo que el trayecto era siempre corto y tranquilo a pesar de lo espeso de la oscuridad que le envolvía por todos lados.

Aunque no le gustaba correr, y menos a horas tan intempestivas como aquéllas, le molestaba no obstante perder el tren; nada le ocurriría, por supuesto, por llegar al trabajo unos minutos más tarde, amén de que la frecuencia de trenes era muy alta y el retraso, por lo tanto, nunca sería demasiado grande; pero no le agradaba ver alterados sus hábitos, amén de que el siguiente tren era uno de los nuevos, a los cuales aborrecía a causa de su incomodidad.

Apretó, pues, el paso con la esperanza de llegar a coger el suyo aunque fuera por los pelos; llegó al fin a la estación, la cruzó como una exhalación sin detenerse siquiera a comprar el periódico al comprobar que el tren estaba ya detenido en el andén, atravesó el paso subterráneo maldiciendo mentalmente a los torpes viajeros con los que se tropezó en su camino (¡ellos no tenían prisa, él sí!) y salió finalmente al andén justo cuando el tren cerraba sus puertas e iniciaba la marcha.

Volvió malhumorado a la estación; en el andén hacía frío, y además quería comprar el periódico. Bien, al fin y al cabo el problema no era tan grave; todo quedaría en cinco o diez

minutos de retraso y en un viaje algo más incómodo en un maldito vagón diseñado por alguien que evidentemente no era usuario habitual del mismo.

Compró el periódico, sin prisas por una vez (¡era tan lento el dichoso quiosquero!), y comenzó a hojearlo distraídamente. Las noticias no tenían nada de particular, eran las mismas de siempre: Los tradicionales conflictos bélicos ya enquistados, la preocupación de todos por la crisis económica, los chismorreos políticos...

Terminó de hojearlo con una imprecisa sensación de desagrado. ¿Qué era lo que pasaba? De pronto se dio cuenta: Habían pasado ya cerca de diez minutos y el tren no sólo no había llegado aún, sino que ni tan siquiera había sido anunciado por megafonía. Desgraciadamente los retrasos no eran nada excepcional, pero siempre resultaban molestos. Esperó, pues, unos minutos más hasta completar los quince: El tren seguía sin ser anunciado. Evidentemente, algo extraño pasaba.

Inquieto y enfurruñado se dirigió a la cabina del jefe de estación para preguntarle cuando vendría de una dichosa vez el siguiente tren; que él supiera no había convocada huelga alguna, por lo que de haber retraso éste habría de deberse a cualquier imponderable... Circunstancia ésta, por cierto, desagradablemente frecuente.

Entró, pues, en la cabina y realizó su pregunta. El jefe de estación le miró con extrañeza respondiéndole a su vez con otra.

-¿El próximo tren? ¿Es que usted no sabía que el que se acaba de ir era el último? Ya no hay más trenes.

-¿Cómo no va a haber más trenes? -preguntó irritado- ¿Es que se han vuelto a sacar de la manga otra huelga sorpresa?

-¿Huelga? -el jefe de estación no captó, o no quiso captar, su ironía- Claro que no. ¿Por qué iba a haber huelga un día como hoy? Simplemente, el tren anterior era el último, ya se lo he dicho.

-¿El último? -insistió- ¿Cómo va a ser el último si apenas ha empezado la mañana? Es absurdo.

-Lo absurdo sería que no lo fuera. -le contestó secamente su interlocutor- ¿Acaso hay algo en el mundo que no tenga nunca una última vez?

Y le cerró la puerta. Maldiciendo a todo el gremio de ferrocarriles y asimilados al tiempo que sopesaba la idea de interponerles una nueva denuncia (aunque, se decía, ¿para qué?), abandonó airadamente la estación; al fin y al cabo siempre le quedaba la opción de viajar en autobús, cuya estación no quedaba demasiado lejana.

Nunca lo hubiera hecho. La niebla era ahora infinitamente más espesa. Diríase, casi, que se podría cortar con un cuchillo, y la luz desprendida por las farolas apenas si podía esbozar un pálido borrón de difusa claridad extinta mucho antes de llegar al suelo. Poco más allá -calculaba que no habría caminado más de unos cincuenta metros- la oscuridad era ya tan absoluta que tuvo que detenerse ante el peligro cierto de tropezar con cualquier cosa que se interpusiera en su camino.

Precipitadamente, tan deprisa como pudo teniendo en cuenta que se vio obligado a tantear las paredes, retornó al refugio familiar brindado por la estación. Sin embargo, él no quería quedarse allí; así que, armándose de valor, se asomó por la otra puerta en un intento de volver a su casa.

Como cabía esperar, este nuevo intento de huida resultó tan infructuoso como el anterior; de hecho, no consiguió llegar a trasponer siquiera el umbral de la puerta al comprobar el manto de oscuridad absoluta -tan absoluta como jamás en su vida había tenido ocasión de contemplar- que se cernía como un grueso y opaco telón ante sus ojos. Nada podía hacer, pues, salvo guarecerse en el inmediato vestíbulo.

Esto no era normal, se dijo para tranquilizarse; esto no podía ser, se repitió. Así que, en un denodado esfuerzo por auto controlarse, se volvió sobre sus pasos, firmemente decidido a esperar que la pesadilla desapareciera. Al fin y al cabo estaba a punto de amanecer, y con la luz del sol acabaría este absurdo problema.

Se sentó, pues, y esperó pacientemente intentando leer, sin demasiado resultado, el inútil periódico. De pronto, una indescriptible sensación sacudió su cuerpo. Tenía la instintiva impresión de que allí dentro estaba pasando algo raro, aunque no acababa de saber de qué se trataba. Repentinamente la luz se hizo en sumente, y le bastó apenas un rápido vistazo para constatarlo: El era el único ocupante del amplio vestíbulo, que se mostraba ante sus ojos absurdamente vacío y silencioso. Teniendo en cuenta el continuo trasiego de viajeros que habitualmente solía tener lugar a esas horas, el hecho no podía ser más insólito a la par que extraño e incómodo.

Nerviosamente miró a su alrededor buscando las figuras familiares en ese entorno: Los taquilleros charlaban relajadamente detrás de su parapeto de cristal mientras el quiosquero se afanaba en manipular unos paquetes de periódicos. El estanco, por contra, permanecía cerrado, aunque en esto no había nada de excepcional, puesto que siempre se encontraba así cuando llegaba por las mañanas.

Levantándose de su asiento se asomó a la vecina cantina; privada asimismo por completo de usuarios, los cantineros se afanaban en esas imprecisas tareas que suelen desempeñar todos los camareros del mundo cuando carecen momentáneamente de clientes.

Todo parecía tan normal... Y a la vez tan anormal. Volvió una vez más al vestíbulo y, sin detenerse, salió de nuevo a los andenes o, al menos, al lugar donde deberían estar los andenes, ya que la oscuridad era tan completa que había hecho desaparecer todos los puntos de luz, no pudiéndose ver absolutamente nada a menos de un metro de distancia.

La situación no podía ser más absurda. De repente recordó algo y miró precipitadamente su reloj: eran casi las ocho y media, tiempo sobrado para que hubiese ya amanecido. La claridad debería ser la suficiente para ver con claridad aun sin la ayuda de las farolas, y sin embargo la negrura no podía ser más absoluta. Además, ¿qué era lo que había pasado con el alumbrado exterior de los andenes? Aunque por alguna extraña circunstancia no hubiera aparecido aún la luz natural, al menos debería brillar la artificial... Cosa que no ocurría en absoluto.

Alarmado, si no aterrado ante lo insólito de tan extraño fenómeno, retornó una vez más al interior de la estación, único lugar en el que aún se sentía medianamente protegido, derrumbándose sobre uno de los bancos. Algo muy extraño estaba ocurriendo, algo que se escapaba por completo a cualquier explicación racional pero que no obstante era tan tangible como la pavorosa oscuridad que envolvía su frágil refugio. Desplomado su intelecto tan sólo quedaban en él los instintos puramente animales, y éstos le infundían exclusivamente un pánico cervical ante lo desconocido que se cernía sin fisuras en torno suyo.

Armándose de valor abandonó su asiento asomándose de nuevo a la puerta que le separaba de la cantina, sólo para comprobar que ésta había desaparecido engullida por la oscuridad junto con los camareros indolentes que tan sólo unos minutos antes mataran el tiempo lustrando impolutos vasos. Sintiendo cómo le flaqueaban las piernas volvió renqueado hasta el acogedor banco para no levantarse ya de él; ahora intuía qué era lo que el jefe de estación le había querido decir al asegurarle que ése había sido el último tren... El último de ver dad.

Sabía qué era lo que iba a seguir, y por eso no se extrañó cuando comprobó que tras el cristal de las taquillas se extendía el opaco cendal de oscuridad. El quiosco de periódicos tardó algo más, pero también acabó siendo engullido por la nada. Su mundo se iba estrechando cada vez más, y poco después -ignoraba cuánto tiempo había transcurrido, pero eso ya no importaba lo más mínimo- había quedado reducido al limitado universo del banco en el que estaba convulsamente sentado... Ni el mismo suelo veía ya, ni por supuesto tampoco el techo, lo que no impedía que su mínima burbuja de luz continuara alumbrada normalmente aun cuando no pudiera discernir de dónde proce día ésta. El, el banco... Y nada más, salvo la espesa negrura que le envolvía tan estrechamente por todos lados.

Su instinto animal, lo único de sumente que continuaba vivo todavía, le hizo aferrarse de forma convulsa a la mínima superficie que aún se le ofrecía tangible y familiar; era como un náufrago asido a su frágil balsa mientras el embravecido océano le agitaba por

doquier; aquí la oscuridad, por el contrario, no podía ser más inerte, pero precisamente eso era lo que le hacía parecer aún más pavorosa.

El resto fue rápido, para fortuna suya. El muro de oscuridad se fue cerrando inexorablemente sobre su cabeza, al parecer el epicentro de la burbuja vital, dejando fuera las piernas, el cuerpo, los brazos. Colapsando finalmente en el momento del triunfo definitivo de las tinieblas sobre la extinta luz... Para siempre.

LA NOCHE DE TODOS LOS SANTOS

Antes de comenzar mi narración he de confesarles que, quizá por vez primera en toda mi vida, me encuentro completamente perplejo frente a algo que siempre había considerado carente por completo de importancia. Yo, escéptico militante y agnóstico convencido; yo, que toda mi vida he despreciado a todos aquellos que mostraban públicamente sus creencias religiosas tachándolos automáticamente de supersticiosos, veo ahora turbado cómo las que yo creía eran mis sólidas convicciones se han derrumbado como un frágil castillo de arena sometido al embate de las mansas olas de un playa cualquiera.

¿Por qué escribo esto cuando es mi firme voluntad la de no mostrárselo jamás a nadie mientras viva? ¿Por qué, cuando he jurado (sí, ante el mismo Dios en el que nunca he creído) no confiar mi secreto a persona alguna? Bien, supongo que será por la necesidad de desahogo que todos llevamos dentro, por el deseo íntimo de poder sincerarme con alguien aunque ese alguien sea tan sólo una aséptica hoja en blanco que sólo habrá de ver la luz cuando yo haya desaparecido de este mundo. Pero esto, o al menos eso creo, ya no me importará entonces.

Pero centrémonos en el relato. Somos, o por hablar con mayor propiedad, éramos, un grupo de cinco amigos todos de la misma edad y similares hábitos y aficiones. El hecho de que todos nosotros nos mantuviéramos solteros y sin deseos de abandonar nuestra cómoda libertad, rebasada ya con creces la barrera de los treinta años, hacía que lleváramos una vida peculiar en comparación con nuestros antiguos amigos ahora convertidos en respetables -y alienados- padres de familia. Todos nosotros estábamos bien situados profesionalmente, teníamos dinero de sobra y ganas de disfrutarlo, y nos sentíamos sumamente cómodos en brazos de nuestra prolongada juventud. Hacíamos lo que queríamos, y no nos arrepentíamos de ello.

Por lo demás, y esto es importante destacarlo, mis cuatro amigos eran tan indiferentes en materia religiosa como yo mismo... Si no lo era aún más; y en especial Raúl, protagonista principal de nuestra aventura. Raúl era exactamente igual que el resto de nosotros pero corregido y aumentado; de hecho, presumía frecuentemente de ser la persona más escéptica del mundo en lo que a cuestiones religiosas se refería. Aun para nuestro nivel el bueno de Raúl era un exaltado, y donde nosotros sólo mostrábamos una elegante y despectiva indiferencia, nuestro amigo se revelaba como un furibundo militante antirreligioso... Lo que no dejaba de producirnos evidentes incomodidades, dada su palmaria carencia de tacto en lo que a su trato con personas creyentes o religiosas se refería.

Esta aclaración es importante para entender suficientemente lo que sucedió. Todo comenzó una noche de verano en un acto social al que estábamos todos invitados; lo que comenzó como una conversación trivial entre él y un desconocido (luego supimos que se

trataba de un *afamado* -es un decir- parapsicólogo) acabó degenerando en una áspera discusión acerca de las almas y de la vida después de la muerte... Huelga decir lo que nuestro amigo defendía, con una vehemencia dignamente emulada por el airado y presuntamente entendido en estos espinosos temas parapsicólogo de marras. Raúl no tenía, nunca los había tenido, pelos en la lengua, y a poco acabó expresando, en voz manifiestamente alta, su opinión acerca de la capacidad mental de su airado interlocutor.

No llegaron a las manos, pero les faltó poco. No sin esfuerzo los separamos llevándonos al furibundo Raúl a un lugar menos conflictivo, lo que se tradujo en que la fiesta se chafó también para todos nosotros. Teniendo en cuenta que mientras él discutía yo había estado tirando los tejos, con bastante buen resultado por cierto, a una rubia bastante despampanante que daba inequívocas muestras de no estar todavía comprometida para esa noche, puede suponerse sin riesgo a incurrir en ningún error que me supo a cuerno quemado la inoportuna metedura de pata de mi fogoso amigo.

Pero el mal ya estaba hecho y no tenía remedio, por lo que procedimos a llevarnos a Raúl a un sitio lo suficientemente tranquilo para que pudiera calmarse antes de acompañarle hasta casa. No, no se crean que Raúl había bebido de más; me consta que ese día, fuera de una o dos cervezas, no había probado el alcohol; pero sus *borracheras sobrias* -así llamábamos jocosamente entre nosotros a sus arranques de ira- no tenían nada que envidiar a las más soberanas *tajadas* del bebedor más impenitente que imaginarse pudiera.

Transcurridos algún tiempo y varios generosos *lingotazos*, se calmaron al fin tanto el enfado de Raúl con el parapsicólogo como el del resto de nosotros con Raúl por habernos chafado la fiesta. Al fin y al cabo la cosa no tenía ya remedio, por lo que poco habríamos ganado manteniendo nuestra actitud. Así pues, decidimos pasárnoslo lo mejor posible eligiendo, eso sí, a Raúl como el merecido objeto de nuestras pullas.

No merece la pena, por supuesto, relatar aquí todo lo que pudimos hablar a lo largo de varias horas, pero sí resulta necesario contar el final de la tertulia. A pesar de lo desenfadado de la conversación y del acoso en tercer grado al que jocosamente teníamos sometido al bueno de Raúl, éste seguía en sus trece acerca de lo que él denominaba *estupideces supersticiosas*, postura que de hecho no era otra cosa que su total y absoluta crítica a todo cuanto se relacionara de cualquier forma con los muertos o con la vida después de la muerte.

Bien, esto tampoco es demasiado importante. Lo cierto es que Juan, otro de mis amigos y con diferencia el más zumbón de todos nosotros, acabó retando a Raúl a que demostrara públicamente sus teorías... Lo cual en lenguaje llano venía a decir que no se creería sus baladronadas hasta que no le viera afrontar impertérritamente cualquier situación -con muertos por medio, por supuesto- que fuera capaz de atemorizar o, cuanto menos inquietar, a cualquier otro de nosotros. ¿Cómo? Se podría discutir, por supuesto, pero se le ocurría algo divertido. Puesto que la festividad de Todos los Santos estaba ya

muy próxima, ¿qué nos parecía pasar toda una noche -esa noche- dentro del cementerio viejo?

Al oír tan pintoresca propuesta Raúl no tuvo por menos que echarse a reír. ¿Con tan poco se conformaba? Bien, no sería él quien se opusiera, aunque encontraba demasiado fácil la apuesta como para aceptarla. ¿No podía pensar en algo más complicado?

No, con eso sería suficiente, rebatió Juan. Todos los demás nos sorprendimos también por lo absurdo de la petición, pero conociendo como conocíamos a nuestro amigo optamos prudentemente por callarnos a pesar de que lo único que encontrábamos desagradable en la misma era la necesidad de pasarnos una noche en vela y pasando frío. Algo tramaba, de eso estábamos completamente seguros, por lo que los tres aceptamos rápidamente el invite a la espera de tener una oportunidad para enterarnos de lo que en realidad se cocía.

Fue al día siguiente cuando Juan nos citó en su casa a todos excepto a Raúl con objeto de explicarnos su triquiñuela. Su plan era sencillo: La noche de la cita él se disculparía alegando cualquier excusa al tiempo que nosotros tres nos encargaríamos de acompañar a Raúl al cementerio. Mientras tanto él, convenientemente disfrazado, entraría subrepticamente saltando el muro por la parte trasera para aparecer ante ellos simulando ser la Muerte que llegaba a reclamar el alma de nuestro intrépido amigo. Y si éste conseguía mantener el tipo después del susto, habría que quitarse el sombrero ante tan inaudita flema... Flema que estaba evidentemente por demostrar.

El plan fue aprobado por unanimidad; todavía estábamos dolidos por los resultados de su última batallita, por lo que no se puede decir que nos disgustara precisamente la idea de hacerle sufrir una buena gamberrada. Así pues, perfilamos los detalles del plan y un día más tarde nos reuníamos de nuevo los cinco para organizar definitiva y oficialmente nuestra excursión nocturna.

El programa era sencillo: A las doce menos cuarto teníamos que estar todos en la puerta del cementerio viejo (bueno, todos excepto Juan, pero esto Raúl no lo sabía) de forma que a las doce en punto pudiéramos encontrarnos ya en su interior. Y a partir de entonces, lo que fuera sería lo que tuviera que ser.

Fuimos puntuales y a la hora estipulada estábamos ya los cuatro en el lugar designado; Andrés, tal como estaba previsto, dijo que Juan le había llamado media hora antes para decirle que se retrasaría debido a que había sufrido un pequeño accidente casero y necesitaba ir a la casa de socorro a que le hicieran una cura. Ignoraba cuánto podía tardar, pero llegaría allí en cuanto pudiera para sumarse al grupo. Luis y yo, que éramos el resto de los conspiradores, fingimos creérnoslo al tiempo que Raúl se limitaba a refunfuñar algo acerca de la *casualidad* del accidente; pero -añadió- puesto que contaba con suficientes testigos, no veía la razón por la que hubiera que aplazar la visita.

Entramos, pues, en el viejo cementerio tras forzar sin demasiados problemas la oxidada cerradura. Éste llevaba ya bastantes años abandonado y completamente desasistido, por lo que se prestaba estupendamente para nuestros fines tanto por la carencia de vigilancia como por el estado ruinoso de sus tumbas, hecho este último que contribuía y no poco a incrementar la lobreguez del recinto.

A decir verdad la situación era para impresionar al más templado. Caminábamos prácticamente a oscuras, sin más luz que la producida por nuestras pequeñas linternas, ya que la noche carecía de luna y una densa niebla velaba incluso el tenue resplandor de las estrellas. Debíamos tener cuidado para no tropezar con ninguno de los numerosos obstáculos que se interponían en nuestro camino, amén de que corríamos también el riesgo de caer en alguna de las fosas abandonadas que, sin ninguna protección, abrían sus negras fauces en torno nuestro.

El ambiente no podía ser más fantasmagórico. Sabíamos perfectamente, pues habíamos visitado anteriormente el cementerio en varias ocasiones, que muchas de las tumbas estaban abiertas y vacías por haberse procedido al traslado a otros cementerios de los restos que contenían sin que nadie se hubiera molestado después en taparlas convenientemente; sabíamos también que la mayor parte de las que seguían ocupadas presentaban un deplorable estado de conservación al estar abandonadas y con las lápidas rotas o desaparecidas. Pero lo que durante el día era tan sólo una ruina romántica, se convertía de noche en algo siniestro e inquietante incluso para espíritus tan poco sensibles como los nuestros.

Lo confieso: Hubo un momento en el que lamenté muy seriamente haber aceptado tomar parte en el juego. Pero como lo último que hubiera hecho sería reconocerlo ante mis amigos, vencí a duras penas mis escrúpulos intentando convencerme de que eran completamente ridículos y carentes de sentido. Así pues, seguí adelante apretando los dientes y en silencio al tiempo que procuraba centrar toda mi atención en el estrecho sendero luminoso que la linterna abría ante mis pies. Mis amigos guardaban asimismo silencio, lo que mueve a sospechar que ellos también tropezaban con los mismos escrúpulos; pero entonces no era apenas consciente de ello absorto como estaba en mi camino como forma de no ver nada de lo que se alzaba alrededor.

-Bueno, ya hemos llegado. -la voz de Raúl sonó como un cañonazo en mitad del, en todos los sentidos, sepulcral silencio- Acomodémonos y dejemos pasar tontamente el tiempo hasta que amanezca.

El lugar elegido para detenernos era una pequeña rotonda formada por la intersección de dos paseos perpendiculares. Unos bancos destartalados ofrecían un misérrimo descanso que fue rápidamente aceptado por nuestros fatigados -¿cómo era posible, si sólo habíamos andado durante unos pocos minutos?- cuerpos. Y de esta manera, dando la espalda a las tumbas más cercanas y sintiendo sobre nosotros la ominosa sombra de los altos cipreses

que, negro sobre negro, semejaban ser pilares que ascendieran hasta el mismo cielo, nos preparamos lo mejor que pudimos para pasar allí la gélida noche.

¿La noche? Bueno, por un momento había olvidado que Juan debía estar ya a punto de organizar su *numerito*; a las doce concretamente según habíamos planeado, y para que dieran faltaba todavía...

No tuve tiempo siquiera de mirar mi reloj cuando supe que en ese mismo momento era medianoche. No, no había ninguna torre cerca que hiciera sonar sus campanadas como si de una película de terror se tratara; la realidad fue mucho más prosaica, al ser la alarma del reloj de pulsera de uno de mis compañeros la que nos advirtió de ello. Y cuando apenas habían transcurrido unos escasos segundos desde que el corto zumbido se interrumpiera, una voz lúgubre y cavernosa sonó a nuestras espaldas llamando por su nombre a Raúl.

Era Juan, pensamos todos excepto, claro está, el interpelado pero no por esperara dejó de sobresaltarnos su brusca aparición. Por ello, no tuvimos necesidad alguna de fingir nuestra turbación cuando, atraídos por el reclamo, todos nosotros nos volvimos precipitadamente en busca del portador del mensaje. Mi susto, puedo asegurarlo, era completamente real, y creo no equivocarme demasiado si afirmo que al resto de los confabulados debió de ocurrirles algo muy similar.

Pese a tan irracional reacción sabía positivamente que tenía que ser Juan, por lo que rápidamente conseguí controlar mis desbocadas emociones dedicándome a observar con una inquieta curiosidad el resultado de su trabajo. Verdaderamente lo había hecho bien, recuerdo que me dije a mí mismo; y es que su caracterización resultaba soberbia. Surgiendo espectralmente del estrecho hueco existente entre dos lápidas contiguas e iluminado por una tenue luz que no procedía de nuestras linternas y que debía de ser producida por algún tipo de pintura fosforescente, Juan semejaba ser la viva encarnación de la Muerte tal como acostumbra a ser representada habitualmente: el sudario en cuyas sombras se escondía la cara (hubiera sido muy chusco que se le identificara a las primeras de cambio), las manos transfiguradas en huesos gracias a un maquillaje excelentemente logrado, la inevitable guadaña... No, no faltaba ni el más pequeño detalle.

Y sobre todo la voz; porque si bien su timbre normal era más bien atiplado, Juan había conseguido fingir un vozarrón que pudiérase decir procedía de ultratumba y que hubiera bastado por sí solo para helar el ánimo de cualquiera. Unido esto a su perfecta caracterización daban un resultado que era, más que estremecedor, francamente espeluznante.

-¿Quién eres? -preguntó al fin Raúl con voz opaca- ¿Qué quieres?

-En cuanto a quién soy, eso salta a la vista. -le respondió la aparición al tiempo que emitía un siniestro chirrido que quizá pudiera interpretarse como una macabra risa- Y en

cuanto a qué quiero, está también meridianamente claro: Tu alma. Tu hora ha llegado, y he venido a buscarla para llevarla conmigo.

Aunque no le estaba mirando ya que mantenía mis ojos fijos en la fantástica representación de Juan, supongo que la faz de Raúl debió de pasar bruscamente de la palidez mortal al rojo de la ira, pues sólo así se puede explicar su repentino estallido de cólera. Gritando como un poseso al tiempo que hacía escabrosos comentarios acerca de nuestras bromas, nuestro amigo arremetió contra todos nosotros -Juan incluido, por supuesto- al sentirse tan humillantemente burlado.

Era evidente que había descubierto nuestro plan antes de lo que nosotros esperábamos, pero a pesar de todo intentamos mejor o peor -más bien peor, puesto que estábamos tan sorprendidos como él- seguir adelante con la farsa.

Todo fue inútil; Raúl seguía en sus trece exaltándose cada vez más a pesar de todos nuestros intentos por calmarlo. Ahora centraba su rabia en el pobre Juan que, tan perplejo como nosotros, -al menos así nos lo pareció entonces- se mantenía inmóvil y en silencio ridículamente erguido entre las dos lápidas que le servían de escenario. Este mutismo irritó todavía más a Raúl dado que interpretaba, y no le faltaba razón, que el mismo no era sino la confirmación de sus acusaciones.

Creo haber comentado ya la gran facilidad con la que Raúl perdía los estribos a poco que se le incitara a ello; no es de extrañar, pues, que reaccionara como reaccionó agarrando lo primero que encontró en el suelo -si no recuerdo mal era el brazo oxidado de una vieja cruz de hierro hecha pedazos- para blandirlo a modo de arma contundente al tiempo que se encaminaba directamente hacia donde Juan se encontraba.

Sus intenciones eran tan evidentes, y tan poco tranquilizadoras, que Andrés, Luis y yo nos lanzamos hacia él intentando evitar que la broma acabara en una catástrofe. Lo logramos sólo a medias ya que Luis mordió el polvo al ser esquivado ágilmente por Raúl mientras que Andrés y yo apenas si podíamos sujetarlo -él de una pierna, yo de la mano que tenía libre- dado que su fuerza, incrementada por su furia, era superior a las nuestras conjuntadas, lo que motivó que a duras penas consiguiéramos sujetarlo. Arrastrados los dos por nuestro furibundo amigo -con Luis no había que contar, pues se había torcido un tobillo y no podía incorporarse- veíamos impotentes cómo Raúl seguía adelante sin atender lo más mínimo a nuestros gritos cegado como estaba por sus deseos de vengarse.

Mientras tanto, ¿qué hacía Juan? Allí estaba, inmóvil como una estatua, sin moverse un centímetro de su posición y sin decir esta boca es mía. Entonces supusimos que estaba manteniendo el tipo en la creencia de que nosotros dos seríamos capaces de calmar a Raúl de forma que pudiera mantenerse la farsa durante algún tiempo; ahora, por el contrario... Pero no adelantemos los acontecimientos.

Gracias a sus bruscas sacudidas Raúl logró al fin zafarse de nuestra presa recorriendo con toda rapidez los escasos metros que le separaban de Juan. Éste reaccionó al fin saliendo de su estupor para, tras lanzar un cavernoso “*volveré*”, escabullirse como alma que llevaba el diablo. Impotentes para detener a nuestro amigo, Andrés y yo nos detuvimos jadeantes contemplando cómo ambos, perseguido y perseguidor, desaparecían de nuestra vista tragados por la densa oscuridad reinante más allá del reducido círculo iluminado por nuestras linternas. Desconcertados por completo, pero sin atrevernos a adentrarnos en las sombras, ambos decidimos volver sobre nuestros pasos para ayudar a Luis, que seguía quejándose de su lesionado tobillo. Realmente no sabíamos qué hacer, pero tampoco éramos capaces de reaccionar ante una situación no esperada que se nos había escapado por completo de las manos.

Mientras discutíamos entre los tres sin alcanzar ninguna decisión, Raúl apareció de nuevo sudoroso y jadeante y, y esto era lo fundamental, aparentemente bastante más calmado. Nos dijo, al tiempo que tiraba al suelo con rabia su improvisada arma, que el pillo de Juan se le había escapado amparándose en la oscuridad y que ya le ajustaría las cuentas convenientemente cuando le encontrara, pero que en ese momento lo único que deseaba era abandonar aquel lugar. Puesto que nada dijo de nuestra complicidad en la gamberrada callamos prudentemente en evitación de males mayores, limitándonos a acompañarlo a la salida del cementerio.

Volvimos en silencio a la ciudad sin saber muy bien qué hacer. Alguien propuso, quizá por romper el hielo, que fuéramos a tomar una copa al lugar que solíamos frecuentar habitualmente y, por extraño que pueda parecer, todos aceptamos incluyendo al malparado Luis, que afirmó que nada le iría mejor a su tobillo que un rato de descanso en un lugar tranquilo.

Llegamos, pues, a la cafetería en cuestión, donde nos aguardaba una desagradable sorpresa. El dueño de la misma, que nos conocía desde hacía mucho tiempo, nos encargó nada más llegar que llamáramos urgentemente a cierto número de teléfono que nos proporcionó. Su insistencia, unida a su actitud esquiva a la hora de responder a nuestras preguntas, nos sorprendió primero y nos intrigó después, pero nos incitó a cumplir con toda rapidez con lo solicitado.

Fui yo personalmente quien marcó el número, encontrándome con que me respondían del servicio de urgencias del hospital. Tras identificarme como amigo de Juan y explicar que éste carecía de familia, recibí el mazazo: Nuestro amigo había sido ingresado allí tras ser víctima de un grave accidente. Posteriormente sabríamos que los responsables del hospital, tras registrar sus pertenencias en busca de algún documento que permitiera identificarlo, había encontrado tan sólo una tarjeta de la cafetería y a ella habían llamado pensando que quizá allí pudieron conocerlo, como efectivamente ocurría; pero en ese

momento tan sólo acertamos a salir atropelladamente del local en busca de noticias acerca de nuestro amigo.

Una vez en el hospital recibimos la fatal noticia: Juan había fallecido prácticamente en el acto debido a las gravísimas heridas sufridas en un choque frontal con un coche conducido por un estúpido borracho. Voy a evitar por innecesario comentar aquellos trágicos momentos en los que, por ser las personas más allegadas a él, fuimos nosotros los que tuvimos que afrontar el duro trago de reconocer y hacernos cargo del cadáver; pero lo que sí me veo obligado a reseñar, por ser imprescindible para esta narración, es un detalle que nos heló literalmente la sangre: Según el parte de los policías llegados al lugar del siniestro apenas unos minutos después de ocurrido éste, el accidente había tenido lugar en la carretera que conducía de la ciudad al cementerio exactamente a las once y treinta y siete minutos... Es decir, casi media hora antes de la hora de nuestra cita. Juan no había llegado, pues, al cementerio cuando tuvo lugar el accidente, y de hecho su coche circulaba en el sentido de salida de la ciudad y no en el de entrada, como hubiera sucedido de haberle ocurrido a la vuelta del mismo. A modo de broma macabra que nadie excepto nosotros fue capaz de comprender, en el asiento trasero del destrozado vehículo fue encontrado un lío de ropa que contenía un disfraz completo de Muerte incluyendo a la guadaña... Disfraz que evidentemente el infortunado Juan no llegó a tener oportunidad de vestir.

Eso es todo, o casi todo. Pasados los primeros días de desconcierto y con Juan yaciendo para siempre bajo un fría losa de mármol, comenzamos a preguntarnos cosas que hasta entonces sólo habíamos sospechado o temido. Si Juan nunca pudo llegar al cementerio, ¿quién era entonces el que había ocupado su lugar en la farsa, desempeñándola por cierto con toda perfección?

Han pasado ya varios años desde aquella trágica noche y todavía no he conseguido saber la respuesta... Aunque puede que en realidad no desee saberla. Sí puedo decir que el grupo se ha desintegrado por completo: Aparte del infortunado Juan, Luis tuvo que ser internado en un centro psiquiátrico mientras Andrés era objeto de una súbita conversión que le llevó a ingresar en una orden religiosa; creo que ahora está de misionero en Centroamérica, pero la verdad es que nada concreto sé de él desde hace mucho tiempo. Raúl, por último, fue víctima de una grave crisis nerviosa que a punto estuvo de llevarle por el mismo camino que a Luis; recuperado finalmente tras un largo período de tratamiento médico, lo único que me dijo al despedirse de mí antes de emprender un viaje al Tíbet, era que se sentía como Lázaro tras haber burlado a la muerte y que debía ser consecuente con su nuevo estado. Tampoco he vuelto a saber nada de él.

Y en cuanto a mí... Bien, teóricamente soy el único de los cinco que superé la prueba sin secuelas aparentes, puesto que sigo haciendo mi vida normal; pero lo cierto es que desde aquella maldita noche no cejo de hacerme preguntas. ¿Qué ocurrió en el viejo cementerio mientras mi amigo Juan agonizaba? ¿Fue un simple broma de alguien que

suplantó a Juan, o fue algo mucho más serio que, lo confieso, no me atrevo a mencionar? Lo cierto es que mi antigua seguridad en estos temas saltó hecha pedazos esa noche y desde entonces ya no soy el mismo... Aunque lo cierto es que tampoco puedo saber lo que soy.

LA VERDADERA HISTORIA DE JUAN GARCÍA

-En unas declaraciones a nuestra emisora el ministro del Interior ha desmentido categóricamente las acusaciones vertidas por el portavoz de la oposición...

El despertador, cumpliendo con su irritante cometido, le arrancó del sueño lanzándolo a las garras de la cruda realidad. Era lunes, por lo que la siempre desagradable obligación de madrugar se le puso todavía más cuesta arriba.

El ritual cotidiano se cumplió sin desviarse un ápice de lo habitual: Se duchó, desayunó, se encaminó a la estación, compró el periódico, montó en el tren sentándose en un rincón alejado de las puertas... Y se adormiló apenas llegado a las páginas de *nacional*.

Dos o tres estaciones más allá apareció el revisor. Cuando llegó a su altura sacó maquinalmente la tarjeta de transportes y se la enseñó con el gesto cansino de quien todavía no está demasiado despierto. Habitualmente el revisor, no mucho más despierto que los viajeros, solía comprobar de forma somera que la tarjeta estuviera en orden, pero en esta ocasión se quedó mirándola con detenimiento. Desconcertado por su reacción interrumpió el gesto ya iniciado de volverla a guardar, esperando una reacción de su interlocutor que no tardó en llegar.

-Disculpe, señor. ¿Le importaría mostrarme su carnet de identidad?

Era algo insólito, pero el revisor estaba en su derecho. Molesto por la alteración de la rutina sacó la cartera y la abrió, mostrando el documento sin molestarse en sacarlo de la misma.

El revisor se quedó mirando el carnet con la misma atención con que antes lo hiciera con la tarjeta de transportes, para acabar finalmente mostrando su disconformidad con la documentación presentada.

-Lo siento, señor, pero su título de transporte no es válido. Tengo que cobrarle el billete.

-¿Cómo dice?

-Que su tarjeta no está en orden. ¿Sería tan amable de decirme a dónde va?

No era precisamente el momento del día en el que estaba de mejor humor, por lo que no pudo evitar el estallido. Al principio pensó que se le hubiera podido olvidar comprar el cupón mensual, pero inmediatamente recordó que estaba a mitad de mes y había usado sin problemas ese cupón durante toda la semana anterior. No había ningún motivo que justificara las reticencias del revisor, pero la forma en la que le exigió explicaciones no fue precisamente la más diplomática.

-He de recordarle, señor, -fue la glacial respuesta del empleado- que está terminantemente prohibido utilizar la tarjeta de transportes de otra persona. Así pues, me veo obligado a retirársela y a imponerle la multa estipulada por la ley para los viajeros sin billete. Son cinco mil pesetas.

¡De otra persona! Esto era absurdo. Miró perplejo la fotografía de la tarjeta... Era él, evidentemente.

-Me está usted tomando el pelo. -gruñó con una voz lo suficientemente elevada como para que sus vecinos más inmediatos volvieran la cabeza.

-Es usted el que está intentando tomármelo a mí. -contestó el revisor- Me presenta una tarjeta de transportes y un carnet de identidad que no son los suyos, y todavía me monta un numerito. ¿Me va usted a pagar?

-¡Por supuesto que no!

Entonces tendrá que acompañarme a la estación más próxima.

-Me parece estupendo. De paso, dígales que vayan preparando el libro de reclamaciones.

El jefe de estación no se mostró mucho más razonable que el revisor. Tras mirar y remirar ambos documentos, le comunicó que éstos no eran válidos y que tendría que pagar la preceptiva multa. Él protestó airadamente con la seguridad de quien se sabe poseedor de la razón, pero de nada le sirvió; ante su rotunda negativa a pagar nada por lo que él consideraba una absurda mascarada, se vio humillantemente retenido por un par de vigilantes a la espera de la llegada de la policía.

Los policías fueron amables, pero cuando le requirieron que se identificara y él les contestó desabridamente que empezaba a estar harto de imbéciles, optaron por llevárselo a la comisaría. El comisario, a su vez, intentó convencerle para que obrara con sensatez; puesto que él respondió mandándole a hacer gárgaras (en realidad fue algo más obsceno), acabó finalmente enfriando sus ideas en el calabozo.

No había pasado una hora cuando fue sacado del calabozo y llevado de nuevo al despacho del comisario, donde descubrió con sorpresa la presencia de su mujer. Intentó hablarle, pero el comisario se le adelantó con la pregunta de rigor.

-¿Le conoce?

-No le he visto en mi vida. -respondió ella con gesto turbado- Ni sé quien es, ni lo que pretende.

-Está bien. Llévenselo. -ordenó a sus subordinados sin dejarle abrir la boca- No quiero que nos monte un escándalo.

No lo llegó a montar, pero intentarlo sí que lo intentó. Gritando una y otra vez una mezcla de súplicas y maldiciones tanto dirigidas a su mujer como a los funcionarios, fue materialmente arrastrado de nuevo hasta su encierro. Esta vez sería más largo el período de tiempo que tuvo que aguardar hasta que uno de los policías de servicio le comunicó que el comisario quería hablar con él siempre que prometiera guardar la compostura y se mostrara razonable.

Aceptó; ¿qué iba a hacer? Poco después, se encontraba sentado frente a su captor intentado mantener la serenidad frente a una situación que se le antojaba kafkiana.

-Le confieso que no sé qué hacer con usted. -fue su fatigado saludo- Y únicamente quiero que haga algo tan sencillo como identificarse... De verdad.

De repente le pareció encontrarse prisionero en un mundo de locos. ¿Que se identificara? Bien, les seguiría la corriente.

-¿Me hace el favor de devolverme el carnet de identidad? -preguntó suavemente a modo de respuesta.

-Sí, ¿cómo no? -el comisario estaba haciendo verdaderos esfuerzos por parecer amable; no cabía la menor duda de que su actuación resultaba magnífica.

Cogió el carnet, lo miró detenidamente y llegó a la única conclusión razonable: Era el suyo. La fotografía, el número, los datos personales... Todo estaba en orden a excepción del empecinamiento cerril de los que le rodeaban.

-¿Qué le hace pensar que no sea mío? -inquirió al fin.

El comisario le miró perplejo tal como lo hubiera hecho de haberle preguntado por qué la Tierra era redonda y no plana. Enarcó las cejas, reprimió un gesto de disgusto apenas esbozado en su rostro, y haciendo un visible esfuerzo por contenerse enumeró con lentitud sus razones.

-La fotografía no coincide con usted, la fecha de nacimiento evidentemente tampoco, la esposa del titular no le ha reconocido... ¿Continúa?

-A mi mujer -respondió- ya le arreglaré yo las cuentas en cuanto vuelva a casa. Y en lo que respecta a lo demás, no sé cómo decírselo; este carnet es el mío de siempre, y a no ser que me haya cambiado la cara por la noche...

-Convéncase por usted mismo. -suspiró el policía abriendo un cajón y alargándole un espejo.

Cogió el espejo con aprensión, casi con miedo, y tras titubear unos instantes se miró la cara... Era la de siempre, sin más diferencia que unas inequívocas muestras de cansancio. Comparó la imagen del espejo con la fotografía de marras; eran idénticas.

-¿Y bien? -se burló el policía- ¿Qué me dice ahora?

-Esto es absurdo -musitó con un hilo de voz-. Completamente absurdo.

-Escuche, amigo, le voy a contar mi problema. Me encuentro con un indocumentado que porta una documentación que no le corresponde, perteneciente además a una persona desaparecida...

-¿Cómo desaparecida? -protestó vivamente.

-Desaparecida. -insistió el policía- Hemos llamado a su trabajo y nos han dicho que no fue a trabajar; de su casa salió normalmente como todas las mañanas, por lo que su mujer decidió denunciar su desaparición.

¡Maldita zorra! Ahora lo entendía todo... O creía entenderlo, al menos. Pero era consciente que montando un escándalo no iba a conseguir nada, por lo que optó por seguir con la vía diplomática.

-¿De qué se me acusa? -le espetó aparentando una frialdad que estaba muy lejos de sentir.

-¿Acusarle? De nada.

-Pero estoy detenido.

-Detenido no; simplemente retenido hasta que podamos comprobar su verdadera identidad... Y también -dudó el comisario- hasta que descubramos su relación con el desaparecido.

¡Otra vez insistiendo en esa estupidez! Conteniendo la irritación, continuó con su estrategia.

-¿Puedo hacer una llamada?

-¿A quién? -se sobresaltó su interlocutor.

-A mi abogado.

No era ningún farol. Su mejor amigo era abogado de profesión y acostumbraba a encargarse de sus asuntos legales; pero en esta ocasión, más que al abogado capaz de sacarlo del brete necesitaba al amigo que le ayudara a sobrellevar tan aberrante situación. Luis -éste era su nombre- nunca le fallaría.

-Bueno, en principio no tengo nada que objetar. -concedió el policía- Aquí tiene el teléfono.

Su amigo se sorprendió cuando le dijo que estaba retenido en una comisaría, pero le prometió acercarse tan pronto como pudiera. La espera no fue larga, apenas llegó a una hora, pero se le hizo eterna a pesar de que no fue encerrado en el calabozo al haberle sido permitido aguardar en el propio despacho del comisario.

Cuando el abogado llegó llevaba más de veinte minutos sumido en un hosco silencio, agotado ya todo el repertorio posible de banalidades y frases de conveniencia. Esto no le impidió, no obstante, levantarse como impulsado por un resorte apenas vio entrar a su amigo.

-¡Luis, por fin has venido!

El abogado, para sorpresa suya, no sólo no respondió a su vehemente saludo, sino que además retrocedió protegiéndose tras el quicio de la puerta.

-Disculpe, caballero... -balbuceó confuso- Me temo que se ha equivocado.

Iba a replicar de forma airada cuando el comisario terció con un notable sentido de la oportunidad.

-¿Conoce usted a esta persona? -preguntó al recién llegado al tiempo que le mostraba el controvertido carnet de identidad.

-Sí, claro; es mi amigo... mi cliente. -se corrigió- He venido a reunirme con él.

-Pues lamento decirle que este hombre ha desaparecido y le estamos buscando. -se apresuró a decir el policía sin darle tiempo material para abrir la boca.

-¿Desaparecido? -exclamó incrédulo su amigo- No puede ser; no hace ni una hora que hemos estado hablando por teléfono; fue él quien me pidió que viniera aquí.

-Con quien habló fue con este individuo. -explicó el comisario señalándole a él con un ademán- Pretende ser el titular del carnet de identidad que le he enseñado.

La perplejidad de su amigo era tan evidente como auténtica. No fingía, de eso estaba completamente seguro.

-Pe... pero. -balbuceó- ¡Usted no es mi cliente!

El mundo se desplomó sobre su cabeza. ¿Cómo era posible que pudiera pasarle lo que estaba ocurriendo? El universo entero se había vuelto repentinamente loco... O bien el único loco era él.

-Está bien. -sollozó derrumbándose en el sillón- Hagan ustedes lo que mejor les parezca.

* * *

Una semana después la situación no había mejorado en absoluto, sino más bien al contrario. Los policías le habían tratado correctamente, eso era cierto, pero también lo era que de nada podía ser acusado salvo de poseer una documentación perteneciente a alguien - ¡él mismo!- que seguía en paradero desconocido... ¿Cómo no iba a estarlo?

Evidentemente, bajo el punto de vista policial era un indocumentado. Que no era un inmigrante ilegal era algo que saltaba a la vista, pero el hecho de que no pudiera ser identificado ni por su fotografía ni por sus huellas dactilares -que según ellos tampoco coincidían con las del carnet de marras- traía de cabeza a la policía. Por si fuera poco ésta no pudo encontrar el menor vínculo entre él y el *desaparecido* a excepción de la documentación del mismo que le fuera intervenida, y como además él se empeñara en seguir dando su verdadero nombre o, cuando se aburría, simplemente en no dar ninguno, se encontraron finalmente en un inevitable callejón sin salida.

Las pruebas psiquiátricas a las que fue sometido resultaron concluyentes: Sumentemente era completamente normal a excepción del tema concreto de su identidad, lo que en opinión de los expertos se debería a un grave trastorno de la personalidad que le hacía rechazar su verdadero nombre, probablemente a causa de un trauma de origen desconocido, habiéndolo así cambiado por el de otra persona cuya documentación habría conseguido de forma accidental. No creían los médicos que de él se ocuparon que hubiera tenido nada que ver con la *desaparición* de esta persona, por lo que recomendaron que le fuera retirado todo posible cargo al respecto al tiempo que apuntaban la necesidad de que fuera internado temporalmente en un centro hospitalario donde pudiera ser tratado convenientemente de su dolencia mental.

* * *

Varios años después continuaba encerrado en el manicomio. La necesidad de ser identificado de alguna manera había llevado a los responsables del centro a asignarle el nombre circunstancial de *Juan García* con el que ahora era conocido; aunque lo cierto era que a él ya todo le daba igual. Su conducta no podía ser más correcta ni más *normal*, por usar criterios convencionales; pero puesto que nadie le había reclamado y él no tenía a dónde ir, se llegó a la pragmática decisión de dejar las cosas tal como estaban.

¿Estaba loco? Ni él mismo lo sabía; pero se había rendido a la evidencia. Él no sabía que a instancias de su mujer había sido dado por muerto, ni que ella se había casado de nuevo rehaciendo de esta manera su vida; a decir verdad, esto no le importaba lo más

mínimo. A fin de cuentas, si el mundo se había vuelto repentinamente loco, ¿qué mejor refugio para él que un manicomio?